

METEOROS

LIBRO EN VERSO Y PROSA

ORIGINAL DE

TOMÁS GUTIERREZ.



BUENOS AIRES

Imprenta del «MERCURIO», Alsina

1881.

METEOROS

LIBRO EN VERSO Y PROSA

ORIGINAL DE

TOMÁS GÜTIERREZ.



BUENOS AIRES

Imprenta del «MERCURIO», Alsina 270 á 274.

1881.

A sus leales amigos y favorecedores dedica este libro, con toda la gratitud de su alma.

EL AUTOR.

A DIOS

Unica esencia, inagotable fuente
de cuanto alcanza á percibir la idea,
si un rayo de tu luz brilla en mi mente,
en tí, señor, mi pensamiento sea;
quiero aspirar el perfumado ambiente
que en tu dosel de soles se clarea,
y orgulloso de amor y gloria tanta
un grano ser del polvo de tu planta,

En el combate de la vida cruento
en donde cae la débil criatura,
jamás á mi alma le faltó tu aliento,
lo mismo en el placer que en la amargura;
que, cuando alcé con infautil contento
mi voz á tí, creyéndote en la altura,
siempre y doquier, del firmamento al lodo,
te ví señor, resplandecer en todo.

Desde entonces el espíritu impalpable
cárcel dura á su ser halla en la tierra,
y, huyendo la materia deleznable,
por los espacios infinitos erra;
y en el vacío inmenso, imperdurable,
que otros mundos de espíritus encierra,
el fuego santo que tu amor difunde
estático contempla y se confunde.

Yo, señor, te comprendo, yo te alcanzo
con la intuición celeste que me anima,
por eso á tí con humildad me avanzo
desde esta oscura y cavernosa sima,
por eso á tí mis esperanzas lanzo
buscando luz que del error me exima.
Señor, tu que eres justo y eres bueno
levanta á este guzano de su cieno!

Inspirame, señor! De tu grandeza
envíame una chispa, solo una,
para ensalzar la mística belleza
que de tus obras al poder se aduna;
y olvidando la mísera flaqueza
que acompaña al mortal desde la cuna,
hundir el mal en su profundo abismo
luchando por el bien, que eres tu mismo!

No importa que en el Gólgota del mundo
hasta el martirio la pasión me lleve,
y la envidia soez, chacal inmundito
clave sus dientes en mi pecho, alevite;
No, porque siento que en placer me inundo
si al sacrificio la virtud me mueve,
y pienso y creo que *el no ser* del suelo
es la existencia perennal del cielo.

Inspírame, señor! Alza piadoso
este átomo servil de su elemento,
y purifica el fuego misterioso
que arder en mi alma y mi cerebro siento;
inspírame, señor! Deseo ansioso
probar la fé que anima mi ardimiento,
y al fulgor sacrosanto de tu lumbre,
para amarte mejor, trepar la cumbre!

FINIS CORONAT OPUS

A mi noble amigo José P. Murature.

Todo es finito en la terrestre esfera;
eterno solo Dios rige en el Orbe,
sin que á su idea omnipotente estorbe
el espacio, ni el tiempo en su carrera.

El placer y el dolor, opuestos polos
de la vida mortal, nacen y mueren,
y si acarician la ilusion ó hieren,
se hieren ó acarician ellos solos.

Porque la creencia en la pasion colmada;
porque el ensueño de perenne dia,
no viven, ni en la ardiente fantasía,
la perdurable nada de la nada!

Todo, en fin, todo, hasta la fé radiante:
guia en la tempestad ó en la bonanza,
huye del corazon con la esperanza,
á un golpe rude de la suerte errante.

Así, yo creo, que en el campo abierto.
y siempre estéril de mi triste vida
ha de brotar la calma bendecida,
cual oasis delicioso en el desierto.

Y, entónces, en el pecho lacerado;
su cóncava region iluminada,
al reposar de la cruel jornada,
la tumba se abrirá de mi pasado!

CANTO

Al General Don José de San Martín en su primer centenario

Reviva el númen santo
que á la lira argentina.
los himnos inspiró de cien victorias;
venga otra vez el poderoso plectro
á poblar con sus gratas armonías,
el templo augusto de las viejas glorias
que abre sus puertas á mejores días.

Canto á Lavalle.

Salve, siglo de luz! Luz de la idea,
salve inmortal! Yá en el subido espacio,
sentada está en su trono de topacio,
cabe la Libertad, la noble Astrea.

Abre, oh diosa, tu templo soberano;
cerrado está el de Jano!

Y vuele, de su fama precedido,
del Plata al Orinoco,
el nombre del titán á quien evoco
por la América libre bendecido.

Y el éco de mi canto sonoro.
mensajero de gloria,
traspase el tiempo añoso
en las fulgentes álas de la Historia.

Corrido hán veinte lustros, Patria mia,
Dés que en el vírgen seno
De la antigua Misiones,
núncio feliz de portentoso día,
el ástro apareció de lumbre lleno
que á iluminar venía tus regiones.

Y alzándose esplendente,
aunque de Ibéria coloró la frente,
en Bailén y Albufera,
con su divino rayo,
los rayos mas brillantes de su disco,
siguiendo su profética carrera,
desde el pueblo de Mayo
los pueblos alumbraron hasta Pisco,

Quién, ay! pensara un día,
que el foco colosal de esa lumbrera,
en estraña ribera,
como fuego falaz se extinguiría!

Mas ¡no! que aun vive su inmortal memoria,
fúlgida y libre de mundana escória!

Y, al través de los tiempos, sobrehumano,
circuido de ígneos resplandores,
yo te veo, cual hoy, espada en mano,
caballero en tus bronces tronadores,
Oh, San Martín, invicto YAPEYUANO!

Y aun mas allá, cuando la lucha homérica
del águila rapáz y el leon hispano.
do hidalgo te batistes, castellano;
y, al grito sacrosanto de la América,
volastes á la lid, americano.

Ya Caliópe sus himnos preludiaba,
y el cincel de diamante se pulia
de Fídias, que ya el ruido se sentia
de la férrea cadena que limaba
el siervo que ser libre presentia.

Y no tardó la deseada hora;
y, de un día en la aurora.
del Paraná sobre la verde orilla,
del tirano opresor saltó la gente,
creyendo, en su soberbia, impunemente,
clavar el asta que arrancó á la quilla.

Mas ya estaba en acecho
el valiente jaguar de la llanura.
Ya, conteniendo su genial bravura,
luchaba el paladin, midiendo el trecho,
que ancho le parecia,
para caer sobre la hueste osada;
y á sus fieles guerreros dirigia
el fuego inspirador de su mirada.

Y la hora sonó. La negra cohorte
del enemigo audaz avanza fuerte,
que alegre desafía así la muerte
al creerse escudada por Mavorte.

Oh, rápida centella!
oh, fúria del torrente
que, cuanto halla á su frente,
mata, destroza, huella!

San Martin és y son sus granaderos
que, en medio á la metralla,
rompen la ígnea valla
al pujante golpear de sus aceros;
y, en rudo torbellino,
envueltos opresores y patriotas,
saltan al aire las espadas rotas,
cual frá-giles astillas de vil pino.

Y aquí un héroe tendido;
y allí, muerto el vasallo;
y el hórrido estampido
del bronce; y del caballo
el relinco perdido.

Y, entre humo y fuego y bélica algazara,
victoriosa se alzó nuestra bandera;
no antes; suerte rara!
cual en otro Albufera,
que un humilcê soldado
la vida con la suya le salvára
al bravo vencedor. Su estrella era,
que el nombre de Cabral dejó laureado!

Y el pincel de la Historia, en ancho lienzo,
el cuadro comenzó de sus proezas,
con los tintes de sombras y clarezas
de la acción inmortal de San Lorenzo.

Corrió el tiempo veloz y, al tiempo mismo,
de adversa suerte la sangrienta bruma,
velaba en Vilcapujio y Ayouma
de Salta y Tucuman el heroísmo.

Y el que, ha poco, en las márgenes del Plata
del león en la cerviz posó la mano;
voló á encontrar á la fortuna ingrata,
con la intuición del genio que desata
los nudos misteriosos del arcano.

Y en su cara Mendoza, al pié los Andes,
ordenó las legiones debeladas
del modesto campeón de ideas grandes,
del ínclito Belgrano comandadas.
hasta ese triste entonces,
que hizo plegar su corazón de bronce.

Y uniendo los dispersos de Rancagua,
bajo el celeste pabellón de Mayo;
fundido de su mente en la áurea frágua
de la victoria el prepotente rayo,
la mansión de las nieves trasponiendo,
sol de la libertad, desciende al valle
donde dieron renombre á Putaendo
el bravo Necochea, el *león* Lavalle.

Y mas altos de asombro
los gigantescos Andes
débil sintieron su turgente hombro
só la planta viril de tantos grandes
adalides, y hervir con roncós sones
la lava de sus cóncavos pulmones.

Ahí están!...allí van!...allá se vieron!...
Qué, mas que verlos, San Martín, te resta;
sí, en confuso tropel, bajan la cuesta
y en ignominia hundieron
la regia enseña de la estirpe goda?

Sí O'Higgins denodado,
mas que por tí inspirado,
inspirado por Dios, el casco enloda
de su brioso corcel en sangre estraña.

Y Crámer y las Héras y Zapiola
y Plaza y Alvarado y Necochea,
de los trofeos que abandona España
para avivar la aureola
que tu frente clarea,
orlada con relámpagos de su ira,
que mas la préz de tu victoria abona,
te rinden radiante la corona
que en Chacabuco al continente admira?...

Yá, alijera la fama bulidora
por llanos, por bosques y montañas,
la noticia llevó de las hazañas
de la brillante hueste triunfadora!

Nada hay que se asimile,
en justo orgullo y férvido alborozo,
al indecible gozo
con que embriagado festejara Chile
el primer paso dado en el camino
dó libre hallar debía su destino.

Y, tú, reina del Sud, de amor emblema,
tú, Buenos Aires, la invensible fuistes
de Chacabuco al campo y te ceñistes
la gloria de tus hijos por diadéma;
para mostrar al mundo que, en tu trente,
tenia ya la libertad su Oriente!

Salve, siglo de luz! Del pensamiento
salve, inmortal ó númen sacrosanto!
Prestadme vuestro fuego y vuestro aliento
para que vaya, hasta el confin del viento,
el éco retumbante de mi canto!

Y sigue el tiempo su carrera alada,
y del héroe la mente creadora
combina y traza su mision sagrada.
jurando, sobre el puño de su espada,
la independendencia del país que mora.

Mas vuelve el leon herido
y afila ya sus garras por el llano,
que, cual Fénix, renace en Talcahuano,
lanzando su fatídico rugido.

Y, en su noble bridon, el férreo atleta,
de nuevos brios y potencia armado,
la casa empieza del audaz que, osado,
torna á pasar la correntosa meta
que habia á su esterminio prefijado.

Oh! que tiemble el cobarde,
que ya la sangre entre las venas arde
del gran patricio, al recorrer el campo
que ocupan sus legiones!

Mañana al primer lampo
y al tronar de sus fúlgidos cañones,
la victoria será. Hurrah, patriotas!
Ya *el ruido* suena de *cadenas rotas!*

.
Silencio!...qué gemidos!...
que gritos temerarios!
que horribles estallidos!..
qué roncós alaridos!...

.
Será qué, funerarios
por la sombra cubiertos,
han dejado los muertos
sus cóncavos osarios?
y, al choque de sus huesos,
la médula se enciende?...
ó, entre humos espesos,
la lava cual torrente se desprende
y....? No!! ¡negra fortuna, infausta suerte!
Es el vencido ibero,
que, á favor de la noche, traicionero,
dá y recibe la muerte;
siembra la confusion y huye el guerrero!!

Ah, por siempre cubramos con el velo
de eterno olvido, la memoria ingrata;
y, desde él Maule al anchuroso Plata
cúbranse el mar y el cielo!

Ilustre, San Martín, alza la frente,
que la *borrasca llevaráte al puerto* (1)
en donde tomarás el rumbo cierto
que el triunfo te dará más esplendente.

Ahí están Alvarado y la Quintana,
Balcarce y el intrépido las Heras,
y tantos bravos. Reune tus banderas,
y, al sonar del clarín la ardiente diana,
revivirá el espíritu abatido
del pueblo pusilámene y sentido.

Y así fué. San Martín el grande hombre,
el gran americano, entre los grandes;
el cóndor poderoso de los Andes
de escelsa gloria y eternal renombre,
después de haber librado su existencia
en la noche fatal, jamás llorada,
dejó la libertad asegurada,
de Maipú en la llanura celebrada,
al grito universal de la conciencia!

Mas no había cumplido
su brillante misión. En la frontera
de Chile redimido,
flameaba, aunque abatida, la bandera
del sórdido tirano; y generoso,
mas que argentino. hidalgo americano,
lanzóse al mar undoso
á romper la cadena del hermano;
Y á su grandiosa obra dando cima,
militar y político prudente,
la nación de Atahualpa, independiente,
la proclamó, su protector, en Lima;

(1) Según sus biógrafos, el General San Martín, en medio de los dolores de su enfermedad, dijo estas palabras á su hija:
“C'es l'orage qui mène au port.”

Y al tremolar en ella sus pendones,
arriando el estandarte de Pizarro,
á sus laureles, enlazó, bizarro,
de América feliz las bendiciones.

Ah, bien las merecía
el ínclito soldado,
de quien tan largo tiempo fué olvidado;
por quien, ingrata, la calumnia impia
de la envidia soez ha soportado.

La envidia torpe, con su torpe hija
la calumnia servil y roedora:
sierpes que, en mala hora,
la ineptitud aguija
y la pasión renombra,
en pró de su fantástica grandeza.
hasta que húnden, cobardes, la cabeza,
murciélagos malditos, en la sombra!

Salud, campeón de la gigante idea
que hizo temblar al opresor rehácio!
Salud! Ya está en su trono de topacio,
cabe la Libertad la augusta Astrea!

Abre, oh, diosa, tu templo soberano;
cerrado está el de Jano!

Febrero 25 de 1878.

LA ULTIMA IDEA

Foco inmenso de luz, de titilante
radiacion la superna inteligencia,
en la órbita que alcanza poderosa,
en destellos chispeantes,
esparce las ideas luminosas.

En la edad en que empiezan las pasiones
á germinar lozanas, de la mente
el vasto cielo límpido platean,
cual vívidas y puras
coronan á la noche las estrellas.

Y en veloz, en eterno movimiento,
brotan y vuelan del cerebro humano
perdiendo en su carrera el claro brillo,
como fugaz meteoro
que luce y desaparece en el vacio.

Y cuando el hombre, en su fatal descenso,
el límen pisa de la muerte fria,
en una las ideas se condensan;
arcano impenetrable
que siempre se ignoró: la última idea.

El alma misma és; ó con el alma,
inerte la materia, tiende el vuelo
del infinito á la region ignota,
llevándose el secreto,
tal vez, de la inmortal, perfecta obra!

Buenos Aires, Marzo 28 de 1878.

¡NI EN LA GLORIA!

(*Correspondencia de ultra-tumba.*)

“Estoy en el limbo, querido amigo, como si te dijera: en la prevencion.

“Despues de haber dejado en esa mi capa de carne, que, la verdad sea dicha, estaba como la del estudiante, merced á los hijos de Hipócrates y de Galeno, tomé el vuelo hácia estos destinos en compañía de mi sastre y un diputado por Jujuy.

“El viaje no ha sido fatigoso, no sé si por lo divertido, ó por los aires puros que he respirado.

“Figúrate que mi sastre, con quien, gracias á Dios, habia saldado cuentas ántes de salir, ha venido, durante todo el viaje, cobrándole un saldo al diputado; saldo que, segun él, proviene desde la primera representacion que hizo este de su provincia natal.

“Qué alma habian tenido los sastres!

“Ni porque el Señor diputado le espetó un largo discurso sobre la igualdad, la fraternidad y la libertad de que ibamos á gozar per in eternum, discurso que bien valia la pena de escuchar, como lo hice yo, con asombro, por ser el primero que pronunciaba, segun mis noticias, ni por esas, amigo mio, ni por esas, lo dejó mi antiguo marchante, hasta les mismas puertas del purgatorio.

“Aquí hubo un cambio completo en mis dos compañeros, almas tan largas y tan escuálidas, que me hacian recordar la caña con que, en mis ratos de ocio, solia pescar mojarras en las riberas toscosas del Plata.

“Ninguno de los dos queria entrar primero, hasta que yo, que, como tú sabes, he sido un bendito toda mi vida terrestre, me avancé resueltamente hácia el centinela, que lo era en ese momento, el espíritu de un fabricante de hesperidina falsificada, el cual despues de lla-

mar al cabo de guardia, que me tomó el santo y seña que me dió ahí mi confesor, me dejó penetrar en esta mansion tétrica y silenciosa.

“Y ¿quieres creer? ni mi sastre, ni el diputado cedieron en su porfia: entraron, pero juntos, juntitos, lo mismo que desunidos habian andado en ese planeta.

“Mas, volviendo al principio, y, como te decia, estoy en el limbo, apesar de tener mi pasaporte en regla, y mi pasage gratis para la gloria.

“Te parecerá extraño, no lo dudo, pero tengo motivos tan poderosos, como vas á saber, que creo que no me moveré de aquí, per secula seculorum.

“Aquí las causas se despachan con mas rapidez que en esos tribunales, merced á que la Justicia está á todas horas al servicio del público gratis et amorem, sin soltar la temible balanza.

“No hacian dos minutos que estaba descansando del viaje (calculo, porque mi reloj pasó á manos de mis herederos en cuanto guiñé un ojo) cuando fui llamado ante el Juez á quien no ví, por mas señas, aunque sentí su voz, parecida al trueno, cuando me llamó por mi nombre de pila, empezando así el interrogatorio:

“—Cómo te ha ido por la Tierra, hijo mio?

“—Muy bien, Señor; mas bien dicho, regular.

“—Lo sabia; y te he mandado venir porque allí estas demás.

“—Tambien eso lo sabia yo, Señor.

“—Culpa mia fué, que remediaré otra vez, si te preciso en otro planeta: encarnarte debí en cuerpo de pollino.

“No sé porque no me ofendí, amigo mio.

“Atribuyo mi exuberante mansedumbre á que, indudablemente, el Juez Supremo no miente, como «La Pampa.»

“—Vamos, ahora, á cuentas, hijo mio.

“Acabo de recibir, de mis enviados sobre la tierra, todos los informes necesarios sobre tu vida aparente: la vida de tu carne.

“Por ella veo que, verdaderamente, me equivoqué al encarnarte en cuerpo de racional; pero esto te vale mucho, en descargo de un cúmulo de pecadillos que has cometido.

“Vengan los testigos!—gritó el Señor Juez, y una mul-

titud de ánimas se pusieron á derecha é izquierda de la Justicia, que levantó con espantosa frialdad, la férrea balanza en que se iban á pesar mis culpas.

“Te aseguro, amigo mio, que no sabia de donde y porque habian venido allí tantos antiguos conocidos de los dos sexos, que yo los hacía por ahí todavía, en comision del Padre Eterno.

“Y, á propósito de los sexos, te diré que, en lo que aquí se diferencian, es en el tamaño, pero á la inversa de ese mundo: aquí el alma de la mujer es mas grande que la del hombre; es decir: tiene mas volúmen. ¡Vé tu á saber el porqué!

“Pero sigamos con mi juicio.

“.—Vamos con órden—dijo el juez—Empecemos por vosotras—y se dirigió á las almas grandes.

—“Que teneis que deponer contra este espíritu?”

“Aquello tomó el carácter de una tormenta con sus relámpagos y sus truenos bramadores.

“Una dijo: que yo la habia martirizado largos años, haciéndola concebir una inmensa pasion, que no correspondí, por haberla dicho !qué lindos ojos tienes!

“Otra: que habia padecido suplicios horribles con mi indiferencia, pues durante mucho tiempo que fuí su vecino, jamás la hice un cumplimiento, ni la regalé una flor.

“Otra: que con una palabra mia habria sido feliz, y no hubiera desobedecido á sus padres, cuando la quisieron casar; pues por el único que hubiese hecho ese sacrificio, en el altar del deber, habria sido por mí.

“Y así, por el estilo, hasta veinte pesados cargos que iban inclinando la balanza en contra de mi tranquilidad eterna.

“Tocóles el turno á las almas chicas, y no fué ménos grande mi sorpresa, cuando supe que habia sido un rival afortunado, un Tenorio, al mismo tiempo; pero un mal amigo.

“A uno, le habia conquistado su chica.

“A otro, estuvo en un trís que se la conquistase.

“A este le negué un favor que lo habria librado del suicidio.

“A aquel no le presté cien pesos, por lo cual tuvo que apoderarse de lo ageno, contra la voluntad de su dueño.

“Héme aquí, siendo yo la causa inconsciente de mil fragilidades y crímenes, de que, si no es por la fiebre amarilla, hubiera ignorado hasta el día de la fecha que es en esa mansion de escondidas calamidades.

“Qué te puedo decir de la balanza!

“Una línea, calculo, que le faltaria para tocar el límite prefijado, cuando un tropel espantoso se oyó á la entrada del Tribunal.

“Qué era!

“No lo adivinas?

“Aquí, como allí, el público se atropella cuando se presenta una causa célebre, sobre todo, el público vago, el público haragan.

“Y ¿sabes lo que aquí se llama una causa célebre?

“Pues sino lo sabes, escucha y horripílate.

“—Una suegra! ¡una suegra!—decian las voces que dominaban el tumulto.

“Un frio glacial corrió por toda mi alma.

“El Juez Supremo enmudeció, airado; me supongo y creo que la Justicia tembló.

“Pero, ah!

“Yo, mudo, hasta entónces, para hacer mis descargos; sin abogado, sin un amigo, en fin; recordé, apesar de los horribles sufrimientos que me habia hecho soportar la mia en ese planeta, qué, con ella, jamás habia tenido un sí ni un no, porque sabia de antemano que me hubiera despedazado en sus garras, y loco, desesperado, salvando todas las conveniencias, corrí al encuentro del espíritu que habia estado en el cuerpo de una suegra, para pedirle que depusiese en mí favor, pues todas las suegras deben conocerse en la tierra y todas deben saber que he sido el modelo de los yernos.

“Casi vuelvo á morirme, amigo mio!

“El espíritu recién llegado era el de mi misma suegra!

“Y me conoció.

“Y supo el apuro bárbaro en que me hallaba.

“Y ¿quieres creer? su sola declaracion de que, durante mi embajada en el mundo terráqueo, no habia hecho sino complacerla en sus menores deseos, sin causarle jamás la mas mínima pena, me valió un cambio tal en la posicion de la balanza fatal, que quedé

espedito para emprender inmediatamente el camino de la gloria.

“Pero, ¡ah! ténme compasion, amigo mio, porque no gozaré jamás de las delicias del Paraiso Celestial!

“No sé porqué: si de miedo, ante tal fenómeno: luna suegra enalzando á su yerno! todos los espíritus la prodigaron elogios imponderables, incluso yo, aunque en mi era perdonable, dado mi contento, al verme salvado, y el verla á ella allí, á mi lado, entre sus uñas, se puede decir; y... ¡oh dolor! ¡oh tremendo infortunio! ¡Mi suegra iba á ser mi compañera, por los siglos de los siglos!

“Pero nó, mil veces nó!

“He apelado contra el fallo Supremo!

“He pedido que ántes que tener que soportar tan horrendo suplicio, se me destine al cuerpo que ha dejado el diputado por Jujuy; y, en último caso, al de mi sastre; y, último por último, al de cualquier puerco de los que andan por ese planeta!

“Yo con mi suegra?

“¡Ni en la gloria!

Cornelio.

Noviembre de 1878

A MIMADRE

Arbol de vida es el amor materno
al que jamás doblega la borrasca,
siempre sus flores esparciendo en torno;
fecundo manantial de venturanza.

Arbol tan bello;
de aroma tanta,
que el hombre lleva hasta su fosa oscura
ese destello celestial del alma.

Nécio de mi! De mis primeros días
lento, á mi fan, el tiempo resbalaba;
y, hoy, los años, crueles, cual meteoros
apénas lucen en mi frente y pasan!

hoy, madre mia,
cuando deseara
guardarte á las que aspiro dulces dichas,
como te tuve á mi fatal desgracia.

Y...¿porqué no? La fé, lumbre bendita
es el brazo de Dios que nos levanta;
acento de su voz que nos alienta
y hace que el fuego del valor renazca,

y...¿entónces?...¡Madre!
¡brille la calma!
Gocemos del presente, sin zozobras,
y sea el *mas allá* ¡Fé y esperanza!

Buenos Aires, Agosto 30 de 1878.

ELEGIA

Á DOLORES LEGARRETA DE MURATURE

Insondable misterio,
cuya revelacion está en la mente
del Supremo Hacedor, yo te venero
y, resignado, espero
el dia eterno de la paz bendita
que el amor de la tierra necesita.

El corazon humano lacerado
por intensos dolores,
no comprende tus altas decisiones.
y, confundido, olvida
que, inmortal, infinita, hay otra vida.

La labor de la tierra que, constante,
consume nuestros dias,
es el nuncio severo que preságia
de la existencia eterna
el conjunto de gloria y de armonías

El que duda de Dios y no venera
sus divinos mandatos;
ay! impío blasfema,
y las verdades que la fé despeja
del propio corazon borra y aleja.

Si la pena es cruenta,
si el dolor es terrible,
al separarse de la tierna esposa,
la dulce compañera
siempre á los ojos del amor visible,
quedan sus hijos, y el recuerdo amable,
fuente tambien de amor, inagotable!

Oh, el recuerdo bendito,
es la presencia viva
de los séres que amamos y perdemos
en la tierra maldita.
El se unifica con el alma y llega
á ser el alma misma
de la que en santa pena nos abisma!

Y...Dolores no ha muerto; es la materia
que frágil se rompió; su ánima pura
flotante espera en la celeste altura,
libre de la miseria
conque cubre el espíritu en el suelo,
los séres de su sér: su amante anhelo.

El dolor de la tierra es necesario:
es el crisol porque fulgente pasa
el alma, de este mundo de mentiras
A la vida inmortal de la esperauza!

Y allí en union perenne,
olvidando esta vida transitoria
que tanto amargo sin sabor contiene;
allí, belta Dolores,
de indeleble memoria,
irán á confundirse tus amores,
en la escelsa armonía de la gloria.

Perdona, si un instante el peregrino
suspende su camino
anté tus frios miseros despojos:
aun no está seco el llauto de mis ojos!

Abril 16 de 1878

SUSPIROS DEL ALBA

Escucha, vírgen mia,
Los plácidos cantares
que con la luz del alba
modula el ruiseñor,
en tanto, por tus sienes
de blancos azahares,
resbalan los suspiros
de mi encendido amor.

En esta bella hora
de bíblica armonía:
en este dulce lapso
de aromas y color,
los ángeles nacieron
cual tú, paloma mia;
ay! oye los suspiros
de mi encendido amor.

Las ondas cristalinas
del diáfano arroyuelo,
de ricos tornasoles
y místico rumor,
contempla como ruedan
por el florido suelo,
cual vuelan los suspiros
de mi encendido amor.

Ah, mírame lucero
de dulces resplandores
y eclipsa con tus ojos
el matinal fulgor;
y mueran en tu seno,
como perdidas flores,
los púdicos suspiros,
de mí encendido amor.

Su cálicé de espuma
desplega ya la rosa,
y exhala la azucena
su desmayado olor;
respira el grato ambiente,
mi tórtola amorosa,
que en él ván los suspiros
de mi encendido amor.

Mas ay! por el oriente
perdióse él alba bella,
y el rey de los espacios
fulgura su esplendor;
huyamos, vírgen pura,
porque se ván con ella
los tímidos suspiros
de mi encendido amor.

Buenos Aires, 1878.

EL POETA

Ay! del poeta el canto mas fecundo
es aquel que entre lágrimas espácia:
la dicha mata el génio; en este mundo
solo se canta bien en la desgracia.

M. Sanchez Pesquera.

I.

En ondas de perfumes vaporosas
la ténue brisa en los vergeles vaga,
cual náyade mecida en las espumas
que bordan el cristal de la fontana.

En el idioma del amor pristino,
lenguaje de perfumes y de música,
trinan las aves su cancion; las flores
abren el broche de su cáliz, púdicas.

El rayo tibio de la luz divina
las hojas dora de la verde selva,
y entre su seno de esmeralda, líupido,
el argentado arroyo juguetea.

Y en la pradera de flotante lino
triscan graciosos, de contento llenos
cabe la madre, el crespo corderillo
y el cervatillo de luciente pelo.

II.

Era el oásis de la edad primera.
del mundo terrenal. Aprisionadas,
dormian las pasiones en las grutas
de odorífero trebol y de malva.

Al soplo de los céfiros alados;
á los eflúvios del pensil, balsámicos,
el gérmen de la idea se nutria
en el fanal del pensamiento humano.

La atmósfera sonora al balancearse
en el vacío inmenso, murmuraba
cantos, como suspiros apagados,
écos, como susurros de las auras.

Y señora gentil de las delicias
de aquel Eden, divina, inmaculada,
en éxtasis eterno se' adormia
Eva, en los brazos de su Adán, vasalla.

III.

Vago murmullo como el ruido vago
del manso viento entre las tiernas ramas
las armonías turba del concento,
el espejo rizando de las aguas.

El murmullo en rumor tórñase, y luego
diáfana nube por el éter cruza,
y un rayo de la lumbre celestina
en su seno blanquísimo se oculta.

Crece el rumor y el aire revoltoso
levanta en espiral las leves hojas,
y, al revolar en el espacio iniquito,
despiertan las pasiones tumultuosas.

La primer noche del mortal descende
y envuelve de Eva la primer congoja,
que libre yá de su prision perpétua
voló la idea á la region ignota.

IV.

Alma de dos pasiones encontradas;
luz y sombra, á la vez, el pensamiento,
lucha entre sí, sin traspasar la meta
que divide la tierra de los cielos.

Y allí, flotando cual planeta errante,
á su destino incierto replegado,
absorve los suspiros de las brisas
y el destello quemante de los astros.

Del empíreo celeste peregrino
las radiantes claridades llama,
y, en llanto de la tierra humedecidas,
atornasola las ligeras álas.

Y, cual nube que dora el sol lejano
y el suelo con sus hálitos sombrea,
llora su bien y canta su desgracia
el desterrado del Eden: el poeta!

Febrero de 1878.

EL JUEGO

(DOLORA)

A mi amigo Agustín Suñer.

«Acércate á mi lecho, hijo querido,
«que me siento morir. La historia escucha
«de la pasión que me venció en la lucha
«y á esta carcel inmunda me ha traído.

«Oh, plegue al cielo que jamás tu planta
«huelle la senda que conduce al vicio:
«horrendo y tenebroso precipicio
«que á la razon y á la virtud espanta.

«Nací de ilustres padres y heredero
«ay! prematuro fuí de sus blasones,
«y, opulento y señor de mis acciones,
«todo en torno de mí ví lisongoro.

«No sentí mi orfandad un solo instante,
«pues brotar de la tierra parecían
«amigos que, á millares, me venían
«á consolar, en mi dolor punzante.

«Lloré es verdad, pero, lloré tan poco,
«que, el llanto que guardé lo lloro ahora;
«y lanzándome al mundo en mala hora,
«las memorias borré, que, tarde evoco.

«Fuí avaro del placer doquier lo hallaba,
«y nada á mis deseos resistía;
«en la impureza la inocencia hundía,
«y el corazón y el alma encenagaba.

«No respeté la virgen candorosa,
«ni escuché los acentos de sn ruego,
«y en fango inmundo, delirante y ciego,
«arrastré los azahares de la esposa.

«En medio á la vorágine hechicera
«de tantas dichas lúbricas y vanas,
«escarnecí insensato, de las canas
«la majestad que la virtud venera.

«Pero ay! tras los placeres sin medida;
«tras de tanta maldad y crimen tanto;
«el repugnante hastío con su manto
«cubrió las horas de mi infausta vida.

«No hallé á mis ojos el bendito sueño
«con que cierra sus párpados el justo,
«y el sinsabor amargo y el disgusto
«vertieron en mi alma su beleño.

«Tendí mi vista, en torno devorado
«por la sed que produce la vigilia,
«y solo ví á la desgraciada Ercilia:
«la santa que en su seno te ha llevado.

«Hubo un raptó de amor en que el sosiego
«me hizo cobrar aliento y nueva vida;
«mas ay! tomé la senda maldecida
«que del hastío nos conduce al juego.

«Oh, tu no sabes ni jamás permita
«el Sér Supremo que lo sepas, hijo,
«el pensamiento roedor y fijo
«con que nos mata esa pasión maldita.

«Es un fuego voraz que ardiente cunde;
«un deseo infernal que nada sácia,
«y que su fuerza misteriosa espácia
«á cada golpe que en el mal nos hunde.

«Ah, yo jugué, y al impetuoso brío
«de necío orgullo y frenesí sin nombre.
«de vil tahur me conquisté el renombre,
«escarneciendo y mancillando el mio.

« Jugué y jugué, con loco desenfreno,
« hasta las joyas de tu madre pía,
« y, en negra noche de continua orgía,
« hasta las heces apuré el veneno.

« Pero nó: no le habia aun apurado!..
« ¡deja que el pecho mi dolor tu madre!
« ¡Hijo mio! ¡perdon! ¡Maté á tu madre.
« para jugar el tálamo sagrado! ».....

.....
Un ¡ay! desgarrador con todo el fuego
que anima el corazón, se oyó estridente;
y el eco repitió, con voz doliente,
el nombre de otra víctima del juego.

Junio de 1678.

EL SEPULCRO DE BRANDSEN

Aquí yace el guerrero! . . . La rodilla
dóblase humilde ante su tumba helada,
y, al extender sobre ella la mirada,
cúbrese de rubor nuestra mejilla.

Ni en mármoles, ni en bronces la luz brilla;
en el verdoso musgo és apagada,
que á su ilustre memoria levantada
fué por la Patria en deleznable arcilla.

¡Oh vergüenza! ¡Oh sarcasmo! ejemplo insano
de rara ingratitud y triste olvido,
con que se humilla el sentimiento humano:

Quiroga! en letras de oro, allí esculpido,
y el nombre, aquí, del bravo veterano
con el mísero barro confundido!

Buenos Aires, Junio de 1879.

LA CASTA INÉS

I.

Vive en nuestra hermosa villa,
en la calle de Numancia,
calle tortuosa y oscura
como una cueva de ratas,
Inés la de ojos velados
y voluptuosa mirada,
que ha dado en llamar el pueblo,
Inés la virtuosa y casta.
Es ejemplo que las madres
presentan á las muchachas;
modelo de las solteras
y envidia de las casadas.
Tiene veinte y cuatro abriles;
mas bien es alta que baja,
una pintura, en las formas,
y en sus colores, el alba.
Rizado y rúbio el cabello,
delgado el lábio de grana;
y la voz, como las aves,
pura, melodiosa y blanda.
Tiene un pié tan leve y fino
que, si las flores pisara,
las flores con sus perfumes
volverian á llamarla.
Su mano es mano de nieve,
de rosa y azul pintada:
tan finísimo es su cútis
y su transparencia tanta.
Cuando abre su linda boca,
en vez de hablar, solo canta;
y muestra que, en vez de dientes,

tiene perlas engarzadas.
Si se sonrie ó suspira
¡para qué pensar en alma!
si el alma busca su esencia,
cual su libertad la esclava;
y cuando, en noche de luna,
su enanito pié resbala,
parece una blanca nube
mensajera de bonanzas.
¡Quien pudiera en ese pecho
guardar su amor y esperanza,
para que brotasen fuentes
de dichas no imaginadas!

II.

De su linaje escondido
nadie conoce las ramas,
mas hay alguien que lo sabe,
y quien lo sabe lo narra.
Es hija de un zapatero
y facedor de alpargatas,
que remienda si remiendos,
por casualidad le mandan.
Come en el dia un puchero
sin arroz y sin patatas;
pero en sus trages se observa,
al par de gusto, elegancia.
Diz que con un Capitan
en noches lóbregas habla,
mas dice el pueblo irritado,
que no es sino sombra vana;
y cuando el pueblo lo dice,
que es otro que el de la Barca,
bien sabido tendrá el pueblo
que el Capitan es fantasma.
Ella vá siempre á la misa
primera de la mañana,
y largo tiempo en la iglesia
reza y está arrodillada.
Se confiesa, por lo menos,
una vez en la semana,
aunque el cristal de su espíritu

esté nítido y sin mancha;
que Inés no prueba las dotes
que Dios la dió, con palabras;
sino con hechos palpables,
es decir, con obras prácticas.

III.

Corrióse el nocturno velo
y por el oriente, pálida
asomó la luz que envuelve
la frente de la alborada:
luz indefinible y bella
como un sueño de la infancia,
como la aureola que ciñe
la sien de la virgen casta.
Fugaz el céfiro vuela
en torno á las rosas blancas,
besando al leve jazmin
y á la embalsamada malva.
Las aves, fuera del nido,
saludan la lumbre grata
con un concento de notas
que los sentidos extásian;
y el rio, el lago, la fuente
de lecho y ondas de plata,
lamiendo la verde orilla,
écos de amores levantan;
y la voz trémula y triste
de la sonora campana
llama á los fieles del pueblo
á continuar sus plegarias.

IV.

Inés, el rostro velado
y envuelto su cuerpo en gasa,
desliza su enano pié
pensativa y cabizbaja.
Entró á la iglesia, cual entran
al cielo las puras ánimas:
cual un meteoro de luz,
cual una esperanza alada;

y persignándose luego
con las bendecidas aguas,
al pié de un confesionario
detuvo su leve planta.

No habia aun, al parecer,
quien pudiera confesarla,
y para *matar* el tiempo,
sacó del seno una carta;
carta que debia ser,
pues tanto le interesaba,
ó una misiva de amores,
ó una invitacion de páscoa.

Y leyendo y releyendo
aquellas misticas páginas,
á tal llegó su entusiasmo,
que las leia en voz alta:
«Prenda de mi corazon,
«perla la mas uacarada,
«mas bella y resplandeciente,
«mas, que el lucero del alba;
«á tí, consuelo divino,
«de los pesares de mi alma,
«á tí voy á confesarme
«con la contricion mas sanal
«Pequé primero en mirarte
«cada vez que te encontraba,
«y en hablarte pequé luego
«de la pasion que me inflama.
«Pequé cuando te pedí
«una cita en tu ventana
«y reincidí en el pecado
«con tantísima constancia.
«Pequé sosteniendo el fuego
«de tu amorosa mirada,
«y respirando el aliento
«que tu boquita exalaba;
«y mas pequé cuando un dia
«me dijistes, muy turbada,
«que te gustaban los trages
«y las joyas te gustaban,
«y, solícito y amante,
«en vez de correr, volaba
«á colmar el *pedidillo*

«que tu gusto me indicaba.
«Y pequé y seguí pecando,
«y siguiera, vírgen cara;
«sino fuese por la *crisis*
«que me ha dejado sin plata.
«Pero no dudes, mi bien,
«por Dios, no dudes ingrata
«de que he de seguir amándote
«con inextinguible llama!
«Y ya que te he confesado
«tantas culpas, culpas tantas,
«Absuélveme, vida mia.»

—*Ego te absolvo* ¡marrana!—
dijo con voz cavernosa
un fraile que la escuchaba,
dejando á la casta Inés
con una boca tamaña.

Ya por esto se verá
que la voz no era muy hueca
de que á un capitán hablata,
por la noche horas enteras;
pero en este mundo todo
se juzga por la apariencia,
y es cosa de crearse fama
y dormir á pierna suelta.

Buenos Aires, Enero de 1878.

A LA SEÑORITA MARÍA ALVAREZ

(EN SU CUMPLE AÑOS)

No pasa el tiempo, nó ; del ser mundano
es la servil materia la que pasa ;
el tiempo inmóvil en su templo augusto
tan solo mide la existencia humana,
cuenta sus días
y los señala
en el libro infinito de las horas
que ruedan presurosas á su planta.

Solo el alma es eterna, y de su esencia
es parte el sentimiento en que se inflama
el corazon del hombre, siempre abierto
á la luz de la fé y de la esperanza :
el sentimiento
de dulce mágia
que animan los recuerdos bendecidos,
y brilla del amor en la mirada.

Son tantas las memorias que bendigo,
como la estrella el náuta en la borrasca ;
tan inmenso el amor que bulle ardiente
dentro mi pecho, con eterna llama,
que los instantes
que ráudos pasan,
si el cabello platean de mi frente ;
el sentimiento avivan de mi alma.

Así es, María, espiritual creatura,
á quien predige el bien en lontananza,
que si el relox del tiempo inexorable
un año mas á tu existencia marca,
es otro año,
que por mi pasa,
aumentando el caudal de mi cariño
como la lumbré que el cent alcanza.

Y él te predica en tus futuros años,
agorero feliz, días de calma,
resbalando entre flores de venturas
y tierno amor, cual perfumadas auras ;
y la corona
de azahares blanca :
guirnalda que á su sien la vírgen ciñe
tejida por el fuego de su alma.

Abril 7, 1878

¡GUIDADO CON EL ENGAÑO!

INTRÓITO.

Había en esta populosa Villa (no coronada) allá por los años de 18... un matrimonio de los mas distinguidos entre los que medraban en la sociedad elegante.

El era un rico comerciante.

Ella la heredera de *un nombre* ilustre.

El un buen hombre.

Ella una *buen moza*, coquetona y vanidosa un poco; y un tanto engreida por el apellido que llevaba.

Tuvieron hijos, cosa muy natural y muy en uso; y entre ellos, dos ó tres del sexo de la excelentísima madre.

Crecieron las tales doncellas entre los halagos del *dolce far niente*, y los mimos y caprichos del fausto, es decir: del lujo, es decir: de la moda, es decir: de las banalidades é inutilidades dañinas del derroche sin freno.

Diz que en cuanto á educacion, la madre que era la encargada de darla con su ejemplo y sus virtudes, les inculcaba los mas modernos principios del bien hablar, andar, bailar, y todo lo que acaba en *ar*, como haraganear, pasear y gastar.

En lo que se refiere á instruccion, allá se las habían con ellas, y muy gordas, las maestras y profesores de los diversos *ramos* del saber humano; que en esto no se metía la madre, la única que algo podia haber observado, pues su buen esposo, tenía bastante con sus números y todas las tareas anexas al comercio de una casa introductora de primera fuerza.

Pasaron los años, y en medio al torbellino de la sociedad eternamente cancanera, para delicia de todos los

que saben bailar al son que mejor les tocan; Semiramis, la mayor de las hermanas, se chocó con un jóven inocente, pero lleno del fuego vírgen de las primeras pasiones.

Buen mozo, elegante y rico, ¡zás! ¡trás!: entre la hija y la madre, quieras que no quieras, lo hicieron ingresar á la cofradía de San Márcos, y lo iniciaron en el secreto de poderse dar, con el tiempo, á todos los diablos, como vamos á ver, no sin que, mas tarde, la justicia del cielo y de la tierra, le ofrecieran el triste consuelo de verse vengado.

LA LUNA DE MIEL

Cielo sin nubes; brisas tibias y perfumadas, sangre de veinte años; salud y pesetas y... son las nueve de la mañana de un dia del mes de Mayo.

Semiramis está casada desde hacen quince dias.

Su esposo Juan... Lanas el mismo tiempo, aunque hay alguien que se atreve á decir que estaba ya casado desde ántes de nacer: cosa que bien puede ser, por aquello de que: *era un predestinado*.

—Lanas! Lanas!

—Voy, mi adorada Semiramis: voy *volando!*

--Quieres tener el gusto de ajustarme el corsé?

—Ya te lo he dicho, vírgen mia, que yo solo quiero ser tu esclavo!

—Que noble eres! Incomodarte....

—Cállate, hija mia! ¡pero si esa es mi delicia! ¡si quisiera estar siempre de rodillas adorándote, cielo mio!

—No me apretes tanto!

—Está bien así?

—Sí, Lanas. Gracias.

—Y, cuando acabes de vestirte? quieres que demos un paseo? mandaré enganchar ¿quieres?

—Bien, bien: veo que te gusta complacerme en todo!

—Y, despues de almorzar ¿iremos á visitas?

—Como gustes. Lanas.

—Bien: y despues de comer? al paseo; y, luego, al teatro?

—Haz, Juan mio, lo que te parezca mejor.

—Oh ¡qué dias pasaremos! ¿quién? ¡quién mas feliz que yo!

- Mi amado Lanas....
—Qué deseas, mi angelito?
—Para no estar siempre incomodándote....
—Incomodarme á mí!
—Hazme el obsequio de asignarme *algo* para mis gastos, porque.....
—Si, entiendo: tienes, razon.....
—Porque tú sabes.... que hay tantas cosas....
—Si, mi cielo: tienes razon.....
—Que una precisa para.....
—Tienes razon: sí, sí....
—Para presentarse bien, y en relacion.....
—Oh, ya te lo digo: te lo repito, tienes mucha razon y.....
—Y en relacion al apellido que se lleva ¿eh?....
—Razon: mil veces razon tienes, mi ilustre Semiramis: ya tu ínclita madre me ha hecho conocer detalladamente todas las excelsas glorias que circuyen tu mirífico apellido.
—Bien: eres muy noble!
—Y mas desde que me he unido á tí, sol mio!
—Y ¿cuanto me asignarás?
—Cuanto? ¿y me lo preguntas? dime: ¿te bastarán veinte mil pesos?
—Si... si... creo que sí.
—Pues no hay mas: ahora mismo te los traeré para que puedas llenar tus necesidades. Voy *volando!*
—Espera! ven! Toma.....
—¡Dios mio!... ¡otro!.. ¡qué gloria!... ¡Un beso tuyo vale.....
—Otro tuyo, Lanas mio!
—Ah!
A.....h.....!

LA SIN MIEL

- Estás insoportable Lanas, con tus tonteras!
—Mis tonteras! mis tonteras! ¡siempre mis tonteras!
Y ¿cómo quieres que le llame entónces, á tus sermones sobre economía doméstica y otras mil sandeces que me dices á cada paso sobre tus negocios? ¿qué tengo yo que ver con eso? ¿acaso soy tu sócio ó tu depen-

diente? me he casado yo contigo para servirte de confidente comercial?... Bah, bah!...

—Pero Semiramis: escucha, hija mia: yo te...

—Nada, yo no sé nada: yo me casé con Vd. para gozar, no para sufrir, y, sobre todo, ¿crée Vd. que yo estoy dispuesta á mancillar el apellido de mi ilustre abuelo, metiéndome á *regatear* en mis gastos, como una cocinera? calle Vd!

—Semiramis, por Dios! te ruego que me escuches, y despues reflexionarás....

—Yo no reflexiono.

—Si, hija mia: reflexionarás cuando sepas que, si sigues gastando, como hasta aquí, no tendremos.....

—Qué?

—No tendremos, pronto, ni con que educar nuestros hijos!

—Y ¿qué yo no tengo nada?

—Tú tendrás; pero como no creo que tu padre esté en mejor estado que yo, difícil será que pueda darnos algo: al ménos, por ahora.

—Lanas: no hablemos mas de esto; sobre todo no quiero, no puedo, ni debo rebajar mis gastos: todos ellos son necesarios para el que lleva en sus venas sangre de un.... de un.... de mi abuelo!

—No, Semiramis, hija mia: no puede ser por Dios! No me obligues á contrariarte.....

—Qué dices? ¿que no puede ser? ja, ja, ja!

—Semiramis!

—Qué no puede ser! Pero ¿has pensado acaso que no he de tener las comodidades que siempre me has ofrecido? ¿crées que he de vender mis carruages? ¿que he de despedir mis criados? ¿que no he de mudar de vestidos una vez por semana, á lo ménos? ¿que no he de ir al club, al teatro, á paseo, en fin, como debo y quiero ir? ja, ja, ja! no me hagas reir!

—Puedes reir, ingrata: rie de mis debilidades, que me han llevado á la ruina, solo por complacer tu vanidad. ¡Pobres, hijos míos!

—Me insultas?

—Yo insultarte! no, Semiramis; te quiero demasiado y me estimo en mas para hacerlo; pero..... no sé que pensar de tu modo de ser.....

—Muy tierno, te pones, como si á mi me fueran á

engañar esas comedias. Lo mismo hacia mi padre, y lo hace aun, con mi madre, y todo era farsa, nada mas que farsa por asustarla con el porvenir mas espantoso; y, sin embargo, ni se ha arruinado, ni mi madre ha dejado de ser la mas elegante matrona de la sociedad porteña. Lo mismo haré yo; conqué, abur!

—Semiramis!

—Abur, Don Juan. Quédese Vd. con su mal humor; yo, voy á peinarme para salir, y mandar á los chicos á paseo. Hasta luego.

.....
.....
La escena anterior, como comprenderéis, amables lectoras y lectores, ha tenido lugar dos ó tres años despues, del matrimonio de Juan Lanás con Semiramis

Durante el tiempo trascurrido desde el enlace, la madre de Semiramis no ha dejado un solo dia de visitar á su hija, dándole lecciones de *despilfarro* práctico, y haciendo cometer al pobre Lanás, que está enamorado realmente de su mujercita, cada disparate pecuniario, que hacía temblar la caja de su sócio comercial.

Y para colmo de fiestas, tenía ya el infeliz, dos vástagos lozanos de la esclarecida estirpe de su mujer.

Con que atén Vds. cabos, y sigamos el camino de los sucesos.

LA DE HIEL.

I.

No habían pasado muchos dias desde aquel en que Juan Lanás notificó á Semiramis la necesidad en que se hallaba de disminuirle su *cuota* mensual, cuando una mañana, bien temprano, su sócio solicitó verle, con urgencia, cosa inusitada, pues se veían en su casa de comercio

Sobresaltado el pobre Lanás, saltó de su cama y vistiéndose á prisa, corrió á su escritorio, donde halló á Don Andrés, que así se llamaba su amigo; hombre formal y simpático.

—Querido Juan: te vengo á molestar á estas horas, porque tu sabes que en nuestra casa, los negocios no nos dejan un instante solos y tranquilos, como necesitamos estar hace algun tiempo.

—Amigo mio: á mí no me molestas nunca, pero, ¿qué puede traerte tan de madrugada, por aquí? vamos: sácame de la curiosidad.

—Amigo, malas noticias!

—Malas noticias?

—Sí.

—Dilas, dilas, pronto, amigo mio, ¡qué diablos! al fin las he de saber.

—Pues bien; ya que te muestras tan bien dispuesto á escucharme, te diré que, si no lo estamos ya, estaremos bien pronto arruinados.

—Qué dices!

—Como lo oyes, amigo mio; con la especialidad mas triste, para tí, de que tú serás probablemente el que quedarás peor parado.

—Porqué?.....

—Y ¿me lo preguntas?

—Y ¿cómo no?.....

—Te creía mas enterado de lo que te concierne; pero voy á explicartelo.

Cuando nos establecimos, los dos pusimos igual capital; y todo ha seguido bien hasta el dia de tu boda; porque tus gastos y los míos nunca sobrepasaron el límite de nuestras ganancias; pero, despues que fuiste hombre de *estado*, no has mirado atrás para gastar mas de lo conveniente, en lujo y futilidades de enamorado, que, naturalmente, no es la parte mia la que ha consumido, sino la tuya ¿lo quieres mas claro?

—Dios mio y ¿será cierto?....

—Tan cierto que vengo á prevenirte que, si no das un corte definitivo á tu situacion actual, es decir: si no disminuyes en dos terceras partes tus gastos, dentro de poco tiempo, no tendrás ni para comer; item mas: ni crédito, ni honor; solo lágrimas y desesperacion!

—Esto es espantoso!

—Lo creo; y, por lo mismo, he venido decidido á decirte estas verdades amargas, porque soy tu amigo leal, y no quiero verte morir entre la miseria y la verguenza. Ánimo, amigo mio: rebaja tus gastos, como te dije; vive modestamente, con el lujo sencillo de la honradez, y habrás salvado el porvenir de tu familia!

—Oh, sí, sí, Andrés: lo veo claramente: soy un in-

sensato; mas: un ¡criminal! y debo volver sobre mis pasos, cueste lo que cueste.

—Entónces, ya nada tengo que hacer aquí: he cumplido un deber sagrado, y espero que tu resolucion no quedará en promesas.

Energía, amigo mió, y hasta luego!

—Hasta luego, querido Andrés: te doy las gracias por tus consejos, que voy á seguir al pié de la letra!

II.

—Y está Vd. resuelto á hacer lo que dice?

—Como lo oyes, Semiramis; pero, por Dios, ten compasion de mí, no me hables en ese tono, á mi que tanto te amo; mira que no es culpa mia el que mis negocios no sean una mina inagotable!

—Dice Vd. que me ama, y trata de rebajarme, pretendiendo que cambie hasta el modo de pensar, por unos miserables pesos, que cualquiera mujer gasta sin tantos sermones? ¡Bonito modo de amar habia tenido Vd; señor Don Juan!

—Semiramis: no me vuelvas loco; si no es por mí, hazlo por tus hijos!

—Jamás, y le repíto á Vd: si persiste en sus insensatas ideas, yo me voy al lado de mi madre!

—Qué dices? ¿y tus hijos, desgraciada?

—Mis hijos? Mis hijos se quedarán con Vd!

—Es posible, Dios mio, que sea verdad lo que estoy oyendo! ¡Yo la creía un ángel á Vd, Señora!

—Yo le creía á Vd. un caballero!

—Y ¿que no lo soy? ¿que motivo te he dado infeliz, para que lo dudes? Dilos!

—Pues que ¿no basta lo que Vd. pretende de mí?

—Qué pretendo?

--Hacerme aparecer una mujer de la clase media, sin el esplendor que debe rodear mi ilustre apellido!

—Oh, esto no se puede oír ya! Pero, insensata. . . .

—Alto ahí, señor Lanás! A mí no se me insulta.

—Más que insensata ¡mujer sin corazon! ¡Madre sin alma!

—Calle Vd., miserable patan!

— Semiramis! ¡Señora!

—Todo se acabó entre nosotros! Queda Vd., satisfecho!

—Eso es mentira!...tú no puedes dejarnos....¡Semiramis! ¡amor mio!

—¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¡que comedia!...Señor Lanas, cuide Vd. de sus hijós, y que Vd. lo pase muy bien, me alegraré, que lo que es yo, me voy á casa de mis padres, en dónde me darán el lugar que me corresponde!

Semiramis lo hizo como lo dijo, dejando en el suelo sin sentido, al bueno y desgraciado Juan, que cuando volvió en sí, se halló rodeado de sus sirvientes y de sus dos tiernos hijos, que lo colmaban de caricias.

EPÍLOGO

Han pasado algunos años, de la separacion de Semiramis y de Juan Lanas.

Ese ha recuperado su fortuna y aunque enfermo y abatido, vive relativamente feliz, con sus dos hijos, que lo aman con ternura, y una anciana mujer, antigua sirvienta de sus padres, que lo quiere con noble desinterés, y le sirve de ama de gobierno.

Todo lo contrario sucede con Semiramis.

La inmensa fortuna de su padre, ha desaparecido con él, merced á las locuras de su familia, que aumentada de improviso con ella y sus despilfarros, dió al traste con su opulencia, humillando su fantástico orgullo.

Tal es el mundo!

Tal la influencia de la vanidad y la ignorancia!

III

Son las 8 de la noche.

Juan Lanas, muy enfermo, está en cama rodeado de algunos amigos y de sus hijos.

Un silencio sepulcral reina en la habitacion.

Juan Lanas dormita, pero una fatiga extraordinaria agita su pecho, y los movimientos convulsivos de su cuerpo, denotan grandes sufrimientos internos é intranquilidad moral.

Un golpe sonoro en el llamador de la puerta de calle, interrumpe el silencio, y hace abrir los ojos á Lanas, que pregunta:

—Qué hay?

—Nadal—contesta uno de sus amigos.

—Me pareció oír un golpe ...estaría soñando....
¡Dios mio! ¡cuánto sufro!

—Quieres algo papá?—le pregunta con cariño su hijo, besándole la mano que tiene entre las suyas.

—No, hijo mio: nada quiero....

—Sufres, mucho, papá?

—Poco, mi hijo; mas sufro por Vds. que no descansan...¿y tu hermana?

—Aquí estoy, papá—exclamó una niña rubia y bella, como un ángel, corriendo á besarle.

--Qué hacías, mi hija.

—Rezaba por, mamá, papá, y le pedía á Dios que te mejorase.

—Gracias, ángel mio: Dios ha de oírte,—dijo Lanas alzando los ojos al cielo, con dolorosa expresión.

Un nuevo golpe en la puerta de calle, se volvió á sentir con mas fuerza.

Todos guardaron silencio, sorprendidos, pues á nadie se esperaba, excepto al médico que entraba sin llamar.

Pocos instantes despues apareció el ama de gobierno, pálida como un cadaver y llamó á Don Andres, el sócio de Juan, que allí se hallaba tambien.

Salió este visiblemente turbado, pues un presentimiento le anunciaba alguna desgracia.

No habian corrido treinta segundos, cuando se oyeron gemidos y súplicas de mujer; y la voz ronca é imperiosa de Don Andrés, que ordenaba salir á alguna persona.

A tal ruido de voces y llanto, salieron corriendo los dos niños, sin que nadie tratase de impedirselo; mientras que Lanas, que habia escuchado con atencion, se ponía cada vez mas pálido, conteniendo la respiracion, con las dos manos sobre el pecho, y con la boca entreabierta y temblorosa.

—Hijos míos!!—gritó con acento desgarrador una voz demasiada conocida de Lanas.

—Salga Vd. de aquí!—esclamaba Don Andres.

—¡Salga, de aquí, Señora! ¡Vd. no tiene hijos!

—Mi mamá ha muerto!—dijo uno de los niños.

—Mi mamá ha muerto!—repitió el otro.

Y ambos corrieron á la habitacion de su padre.

Un ¡ay! indescriptible sé escapó del pecho de Semíramis, y el ruido sordo de un cuerpo al dar en el suelo llegó distintamente á los oidos de Lanas que lanzó un gemido y se desvaneció.

Semiramis habia muerto en efecto, al despertar el sentimiento de madre, y cuando arrepentida de sus culpas, acudia á su abandonado hogar, sinó por el amor y la felicidad, al menos por el perdon que todo lo borra.

Lanas curó, gracias á los cuidados de sus amigos y aleccionado por tantos dolores, educó á sus hijos en la modestia y en la humildad; virtudes que, fundidas en el amor, son los dones mas preciosos que Dios ha dado al hombre.

¡Cuidado con el engaño!

1878.

A LA PATRIA

América es la virgen
que sobre el mundo canta
profetizando al mundo
su hermosa libertad,
y de su tierna frente
la estrella se levanta
que nos dará mañana
radiante claridad.

Mármol.

Santo amor de la Patria! Tú del hombre
el corazón animas y confortas,
y de llamas celestes,
al alma prestas alas
para subir á la region ignota
á iluminar el pensamiento ciego
del bien supremo en el divino fuego.

Fuente de luz y vida, tus raudales
las selva del salvaje y sus desiertas
sábanas de esmeralda ardientes cruzan;
levantas las ideas adormidas
en el cerebro humano,
y, en grandes obras y en proezas grandes,
gigante te revelas y te expandes.

Noble es tu relijion y en tus altares,
desde el génesis sacro de la idea,
el incienso de su alma poderosa
rindente el génio y la razon hermosa.
Y, en ellos, de purpúreos combiantes
lanza sus llamas la flamante pira
del alma libertad, faro bendito,
guia resplandeciente de los pueblos,
que, en vano, los tiranos, en su ira,
impotente y reácia,
arrancar quieren de la cumbre altiva
del Sinái de la eterna democrácia.

La libertad! Espléndida centella
que el espíritu enciende
y fulgurosa los espacios hiende
desde el Gólgota santo,
rompiendo de los ciervos la cadena,
y, en negra noche de pavor y espanto
sumiendo al opresor en vil quebranto!

A tí mi musa llama fervorosa,
águila de los cielos poderosa!

A tí, madre de América gigante,
luz de su porvenir y su pasado,
que, en tu fúlgido carro de diamante
las cumbres has trepado
del Ande, hasta el Pichincha, victoriosa,
sellando en Ayacucho gloriosa,
alta la sien, ceñida de escarlata
la sagrada mision que te dió el Plata!

Sagrada, sí! Los pueblos, como el hombre
hacen la misma evolucion, fijada
del tiempo en las edades:
tienen su infancia y pubertad florida,
y, cuando alcanzan, nobles y viriles,
á tener de su fuerza la conciencia,
la razon misma, la razon ungida,
les proclama su propia independenciam.

Y, coincidencia rara:
razon, mas que razon, ejemplo vivo
le dió España á la América, preclara,
luchando con indómito heroismo
por recobrar su independenciam cara;
cuando el águila audaz, con arrogancia
hollar osó la pátria de Pelayo,
y, rápido y sublime como el rayo,
pulverizó las huestes de la Francia.

Oh, de la libertad el fuego intenso,
del Sud al Setentrion, en todos arde,
y si apóstoles de ella y de su patria,
hasta el martirio, fueron

los Daoiz y Velarde,
mártires nó, pero tambien lo han sido
en la region que baña
el Plata caudaloso y soberano,
los Moreno, Castellis y Belgrano!

De las naciones que sobérbias pueblan
esta esfera terráquea,
la integridad, su noble autonomía,
no turban la armonía
de la familia humana;
y menos en la América latina
dó nunca la conquista está en acecho,
y mútuos respetamos el derecho
que dió á los pueblos la sancion divina.

Y, ¡guay! de los Atila
que profanar osasen la tranquila
paz de nuestros hogares,
gloriosas tradiciones:
aun está viva el alma de los Juarez,
aun retumba el tronar de sus cañones!

Y de poséer, incólumes,
el poder del patricio,
la noble decision en el combate,
la abnegacion y fé en el sacrificio,
¿á quién debemos la brillante gloria?....
¡Alzáos, oh gigantes de la historia!

Venid á nuestra mente y de aquel Mayo
de heroica tradicion y excelsa lumbre,
mostradnos vuestras huellas en la cumbre
donde duermen los cóndores y el rayo!

Volved tiempos que fueron
y reanimad los hechos que pasaron;
los libres que ser libres nos hicieron, .
y, en el banquete universal, nos dieron
el puesto que á su génio conquistaron.

Sí: volved, en buen hora;
venid que, por desgracia,
azás lo necesita
el vírgen corazon de nuestra patrial

Debilidades hijas
de la torpe ambicion de los partidos
en que están divididos
los que unos debian ser en el trabajo,
en la paz y en la guerra siempre unos;
ya, el ardor sacrosanto de Castelli;
el noble patriotismo de Belgrano;
la culminante idea de Moreno;
de San Martin el brazo,
relajan, criminales, y amenazan
de la fraternidad romper el lazo,
y en estériles luchas despedazan
la enseña que flameó en el Chimborazo!

Mas no! jamás la conjuncion divina
de tantos pueblos bajo el mismo cielo
cuyo color refleja en su bandera,
desharán nuestras locas aventuras,
vil gérmen de ignoradas amarguras;
del amor fraternal negra barrera!

Son las últimas ráfagas
de tu sublime tempestad, oh Mayo
y.... ellas pasarán y mas felices
loaremos tu memoria,
sin criminal esceso;
y nuestra religion será tu historia,
despues de Dios, el manantial perenne
de libertad, de paz y de progreso!

. La América esplendente,
en el órden armónico del mundo,
es claro sol naciente
ancho horizonte luminoso y puro,
del viejo y orgulloso continente
Al dia nebuloso del futuro.

Y es su mision, en venidero dia,
guiar de la humanidad el paso incierto;
abrirles nuevas rutas á la ciencia;
al arte y á la industria nuevas vias;
y, elevando hasta Dios el sentimiento,
esencia de su esencia,
iluminar del hombre la conciencia,
hasta el ideal del libre pensamiento!

En nosotros está verla cumplida;
Está en nosotros ir ¡siempre adelante!
Con América ha sido exhuberante
el Dios de las bondades; de la vida
todos los elementos nos ha dado:
la tierra, el cielo, el clima,
génio, valor y espíritu elevado!

Mientras la Rusia, de la Europa al Asia,
levanta belicosa sus cosacos,
y oculta sus eternas ambiciones,
al voluptuoso alcazar otomano,
só la falsa piedad por el cristiano,
y vierte sangre aleve,
para templar su sempiterna nieve;

En tanto que Alemania,
ni el fruto goza de su infausta hazaña;
y siempre de reajo é intranquila.
armada hasta los ojos,
ni duerme temerosa de la Francia;
y ésta, mortificada en su arrogancia,
restaña sus heridas,
recobra y fortalece su esperanza,
y su mirada altiva y penetrante
dirije al porvenir, de fé radiante;

Y la Inglaterra, un dia indiferente
al tremendo infortunio de su aliada,
águila victoriosa en otro oriente:
en el Oriente de Inkerman y Alma;
herida hoy en sus caros intereses,
su mas vital y delicada fibra,
busca la alianza, huyendo los reveses,
del Austria poderosa,
la ilustre debelada de Sadowa,
á quien la Italia mira,
sino con sorda ira,
como el esclavo, libre de su pena,
el quebrado eslabon de su cadena,

La España de Isabel y de Fernando
que dos mundos rejía con sus leyes,
lucha, cansada, con su propia vida,
y llora su pasado siempre uncida
á la servil coyunda de los reyes.

Solo la invicta Suiza.
refugio de los tristes peregrinos
que la contienda colozal rezaga,
incólume conserva de la patria
el divino santuario,
y de la Europa en el inmenso osario,
al viento dá la flámula en que ondea
la libertad del hombre y de su idea.

Arriba! hijos de Mayo, y aprendamos
á conservar nuestra sagrada herencia,
y, en áras de la patria, depongamos
de nuestros ódios la fatal violencia.

Arriba! y ¡á la obra!
¡La fuerza con la fuerza se recobra!

Confianza y no temor ¡á la pelea!
Que hasta el bronce se funde con la idea! 1)

25 de Mayo de 1878.

(1) Este dístico de mi canto á Colon, escrito para el certámen literario que tuvo lugar el 13 de Octubre de 1858, ha sido tantas veces atribuido á distintos escritores, que conviniendo perfectamente á la idea dominante en la composicion, le devuelvo su legitima paternidad.

LA VERDAD

En vano sigo, con valor austero,
la senda recta que conduce al bien;
de ocultas penas ásperos abrójos
tuercen y sangran mí aterido pié.

En vano busco verdadera dicha
en el festin sobérbio del placer;
dentro la copa, en el elíxir grato,
siempre el sabor de ponzoñosa hiel.

En dónde está de la verdad preciosa,
sobre la tierra el anhelado sér?
—Ah, ¿lo buscáis en los placeres? ¡Nécio!
Solo se encuentra en el dolor crüel!

Buenos Aires, Julio de 1878.

A FILOMENA

Niña sin dulces amores,
á fe, que no se me alcanza,
porque es lo mismo que flores
sin perfume y sin colores
de bellísima esperanza.

Y siendo mujer y flor
sinónimos en el ser,
Filomena, sin rubor:
tú sientes el casto amor
en tu corazón arder.

Pues, si viera los destellos
que lanzan tus claros ojos,
sé que me dirían ellos
que, para nacer tan bellos,
Amor les dió sus enojos.

Y que ofrecer ó decir
á un alma de goces llena,
si amar, por Dios, es sentir,
es padecer y vivir
en el Cielo, Filomena?

Dicha ofrecerte, es locura;
decirte amor, necedad;
y pues no hay á tu hermosura
otra flor, acepta pura
esta hoja de la amistad.

Buenos Aires.

A LA MEMORIA

DE LA SEÑORITA MARIA BAEZ

.....

—
et rose elle a vecu ce que vi-
vent les roses: l'espace d' un
matin.

Malherbe.

—

Nada en la tierra, el sello perdurable
tiene de Dios. De la materia insana
el hábito vital es fuego fátuo,
meteórica ilusión de una esperanza,
 que, como bella,
 que, como mágica,
nos muestra los colores del arco iris,
entre el negro capuz de la borrasca.

De la plácida faz de la belleza
que solo vive eterna en nuestras almas,
no mas queda que sombra en la memoria,
que, efímera tambien, cual sombra pasa.
 Dulces amores
 y venturanzas
del *no ser* la famélica vorágine
á su profunda cima los arrastra.

Ah! pero nunca, no, la forma esbelta
que tu celeste espíritu velaba,
alcanzará á borrarse de la mente
do reflejaron púdicas tus gracias;
 porque en tus ojos
 de lumbre clara,
las delicias brillaban del futuro
á través del presente de las lágrimas.

Y en el éco armonioso de tu acento
que con suave ternura modulabas:
y en el límpido cielo de tu frente
tersa, como el cristal de la fontana;
y en tus ideas,
oh, vírgen casta,
la escelsa voluntad del Ser Supremo
con su eterno esplendor se revelaba.

Núncio bello de amor immaculado,
no era tu ser para la tierra ingrata,
y mariposa en el pensil mundano,
lucir quisistes tus brillantes galas,
y de sus flores
en la hojarasca,
como dorada estela, nos dejastes
el ténue polvo de tus níveas alas.

Feliz, María, tú, que en los espacios
de la luz inmortal, con ella irrádias,
y en vividos destellos nos envías
los tiernos sentimientos que te inflaman.
Goza, ángel puro,
que á tu morada,
Si las notas alcanzan de mi lira,
la amarga hiel de mi dolor no alcanza!

LA CONCIENCIA

Miradla! Poderosa se levanta
sobre argentada nube, cual la nave;
en espumoso mar; el porte grave:
altiva la cerviz; firme la planta.

Miradla! De sus ojos no quebranta,
la luz del Sol, la limpidez suave;
y en ancha hoja de bruñida clave,
místicos signos con su diestra imanta;

y, augusta, dulcifica su mirada,
del *bien* precioso á la gentil presencia;
ó muestra el ceño, á su pesar, airada,
herida por satánita influencia;
mas, siempre, por la gloria coronada
cuando triunfa del *mal*: es la CONCIENCIA!

Buenos Aires, Enero 14 de 1878

UNA LÁGRIMA

En el sepulcro de mi amigo José F. Murature.

Señores:

El silencio imponente de las tumbas vuelve á interrumpirse con el ruido fatídico de otra tumba que se abre prematura.

Permitid, pues, que antes que ella se cierre para siempre, repercutan en su bóveda sombría, los écos plañideros del mas intenso y sincero de los dolores.

Conozco palmo á palmo el camino de todas las desdichas humanas, y es grande la amargura del peregrino que ha salvado sus terribles escollos, cuando tiene que desandar fatigado y solo, estas penosas jornadas de la vida.

Ah, sí, fatigado y solo!

La mano férvida y fuerte que me levantó del abismo de mis concojas, está yerta é inmóvil como el corazón que la guiaba; el espíritu superior y generoso que, entazándose á mi espíritu abatido y mezquino, lo remontó en sus álas purísimas á las regiones de la razón y de la fé, ha volado solo tambien, buscando la esencia de su esencia, el santo imán de sus grandes afectos.

Ah, Señores: esos despojos inanimados del que fué, son todavía el aliento de mis esperanzas, porque ellos han gravado en mi memoria, con indeleble crueldad, el recuerdo bendito del amigo: la recordacion perenne de tanta nobleza y de tanta ternura es un faro espléndido de luz en las desiertas soledades de la existencia terrenal!

Ahora, Señores, que sabeis el hermoso sentimiento

que guía mi palabra, debeis perdonarme que solo me haya acordado de mi honda pena, cuando en este momento se desgarrá el corazon del noble y digno anciano que le dió el ser con sus virtudes al que todos amamos y lloraremos durante nuestra dolorosa peregrinacion sobre el suelo.

Desgraciado padre!

Pobre Madre!..... Pero, no: debe haber, hay un consuelo á todas las aficiones; una éjida para todos los golpes; un bálsamo para todas las heridas.

Si lo dudais, acordaos de Dios!

Dios es la bondad de las bondades, el bien supremo, la felicidad infinita!

Si á ese foco eterno de lumbre converjen las almas de los justos, allí estás tú, Pepe querido, hermano de mi corazon!

Descanse en paz la carne doleznable.

Yo te saludo espíritu inmortal!

Agosto 2 1878.

TRISTE CONTRADICCIÓN!

La vida es corta! desolado esclama
el sábio venerable, cuando piensa
que, ántes que acabe su tarea inmensa.
de su existencia espirará la llama.

La vida es corta! se repite y clama,
creciendo del saber su sed intensa,
por ¡un minuto mas! miéntra la estensa
vida inmortal su espíritu reclama.

Ah! ¡qué corta es la vida! tambien dice
la vírgen loca entre placeres nécios,
suplicándole á Dios que la eternice;
hasta que, envuelta en míseros desprecios,
perdida su belleza la maldice
á cada embate de sus golpes récios.

Noviembre 8 de 1878.

SIEMPRE TE VEO!

.....Cuando luce el día,
entre celajes de topacio y grana,
mi corazón te escucha enamorado
en el ave y la brisa perfumada.

Si el sol radiante de su eterna lumbre
lanza desde el cenit su blanco rayo,
allí, en el sol te veo luminosa
cual te miraba ayer, en tu regazo.

Si el crepúsculo triste con su velo
envuelve la gentil naturaleza,
los ojos cierro recojido y mudo
y á Dios y á ti mi espíritu se eleva. •

Si de la noche entre la sombra densa,
cual rendido gigante, el mundo duerme,
oh, entónces, como un ángel vaporoso,
presa en sus brazos mi ilusión te tiene.

Y cuando tiendo de mis ojos tristes
la lánguida mirada, en mi embeleso
hasta en la enseña de la pátria bella.
en su blando ondular, siempre te veo!

(*Cartas á mi esposa*)—Corrientes—Campamento
en « Iguapeyú », Octubre de 1865.

LA INOCENCIA Y LA VIRTUD

APÓLOGO

A mi hija Rosa.

El cielo azul y límpido y sereno;
blanda la brisa y fresca y perfumada,
y en el jardín ameno,
y en la verde enramada,
colúmpianse, de múltiples colores,
en su tallo gentil las tiernas flores.

En el gramíneo prado de ondulosas
sendas y sierpes de agua matizado,
vuela la mariposa,
y salta alborosado
el tímido cordero, á los suaves
y melódicos trinos de las aves.

En medio al cuadro, rozagante, viva,
alígera, graciosa creatura,
ni confiada, ni esquivada,
por la estensa llanura
corre cual la avecilla que, en su vuelo,
en giros varios se remonta al cielo.

Por nacarinas álas sustentada,
velado el cuerpo en gasa vaporosa,
tan bella como el hada,
tan pura como airosa,
deciende la Virtud y la Inocencia
liba en sus lábios la divina esencia.

Hijas ambas de Dios: del seno mismo,
sublime aliento la virtud aspira,
para hollar el abismo,
de la vanal mentira,
y la Inocencia, en su pristino encanto,
la ignorancia del mal y su quebranto.

A la hora en que asoma en el Oriente
La ténueluz del Alba; en esa hora,
 con el rostro sonriente,
 con gracia seductora,
al ángel bello del mundano suelo,
así le habla el querubin del cielo:

—Hermosa niña de las crenchas de oro,
como el naciente lirio, blanca y pura,
 ¿porque si triste, lloro,
 tú lloras con ternura;
y si, feliz sonrio, á tu mejilla
torna á asomar la lágrima sencilla?...

—Por qué, cuando me alejo de tu lado,
olvidadiza, de alborozo llena,
 desde el jardin al prado,
 ó á la enramada amena,
recorres el espacio descuidada.
la faz alegre, ardiente la mirada?...

—No sé—contesta la infantil creatura,
del carmineo rubor la sien pintada—
 mas hay tanta dulzura,
 oh, ángel, en tu mirada,
que á un tiempo mismo al contemplarte siento,
triste y feliz, la pena y el contento!

Y luego que tu vuelo presuroso
alzas á tu morada celestina,
 y todo silencioso
 en torno á mi reina,
como si un sueño fuera tu presencia,
vuelvo á seguir mi plácida existencia.

Pero en el grato aroma de las flores,
del arroyuelo en el murmurio blando,
 del ave en los primores
 cuando pasa cantando,
en todo á tí y hasta en mi ser te veo,
como el colmo ideal de mi deseo,

y al arrantar la púdica violeta
de entre el verde follaje; ó al gemido
de la torcaz sujeta
ya fuera de su nido,
por mi trémula mano arrebatada,
yo te veo tambien, mas...inmutada;

y oigo, me parece, que severa
al mirarme me dices quejumbrosa:
«Murió de la pradera
la flor mas olorosa;
y ya no cantará con voz sencilla
la mas simple y mas tímida avecilla! »

Y sin saber que fuerza me domina,
vuelvo á poner sobre sus anchas hojas
la violeta azulina;
y las dulces congojas
hago acallar de la torcaz; ¡que, libre,
su monótono canto siempre vibre!...

—Vén á mis brazos, hechicera niña
del deber y del bien, fulgente aurora!
oh, qué nunca se tiña
tu faz encantadora,
sinó con el color de la inocencia,
primer edad que fué de mi existencia!

Sigue del mundo el voluptuoso giro,
con el valor que infunde la pureza,
y al doliente suspiro,
de pena ó de tristeza,
responda tu alma, en su sagrado fuego,
con el bálsamo dulce del consuelo!—

Dijo así la virtud, y un casto beso
en su boca imprimió, con fuego santo,
y un místico embeleso
de arrobador encanto,
dejó sumido al ángel peregrino
que esparciéndolo vá por su camino

Buenos Aires, Diciembre 26 de 1877.

HAY!



I.

Sí, sí: hay doble vision.

Lo aseguro á fuer de Lázaro, y lo voy á probar.
Escuchad.

No recuerdo que dia, que año, ó que época vieron esto que por mí pasó, y lo que pasó, que fué, eso si recuerdo, un sueño, es lo que voy á contaros.

Pues, señor; una vez entré en mi cuarto de dormir, mas tarde de lo que aconsejan los principios de la honesta familia; sin que por eso se crea que mi tiempo lo habia lastimosamente perdido en un baile, en un café, ó en otros sinónimos, no, señor, se me habian pasado deliciosamente las horas en el seno, como se dice, de una selecta reunion de todos los sexos y edades; en la cual reunion, reinó la mas perfecta armonía, difícil *cosa*, sobre todo, en aquella en que cada uno pedia para su santo, es decir: pensaba y decia á su manera.

Y sino, oid

II.

—Vd. es muy jóven, caballero, y es por eso que confia demasiado en el porvenir: no es prudente fiar mucho en las ilusiones; mas sensato es examinar los sucesos, con calma; estudiarlos, clasificarlos y despues, apreciar las relaciones que los ligan entre sí, para formar una idea mas ó ménos exacta de lo que pueden producir sus evoluciones, en una época dada.

—Tiene Vd. razon, Señor: soy demasiado jóven aun, y procuraré dominar mi impaciencia por saberlo todo

y hacer pronósticos siempre á sabor de mis esperanzas. Gracias por sus consejos.

III.

—Mamá: tengo que confiarte un secreto.

—Tú, secretos para mí, hija mia!

—No, mamá: ha dejado de serlo, desde el momento en que te lo voy á decir.

—Así es como debes hacerlo siempre, hija mia. Una madre no debe ignorar, nunca, las penas ni las dichas de sus hijos.

—Mamá: un caballero que está en este instante con nosotras, y que me es muy simpático, me ha dicho con fina y tímida cortesía, que desearia obtener mi consentimiento para visitarme, con el laudable objeto de hacernos sociedad, algunas veces. Yo no he sabido contestar sino que pediria tu beneplácito. El me ha dado las gracias; y yo, despues que lo he pensado bien, mamá, te rogaria que dieses algun pretexto para no conceder ese permiso....

—Por qué, hija mia?

—Porque.... creo que le amaria, mamá, y que eso podria disgustarte....

—Dí mas bien que le amas ya, hija mia: el amor no se sospecha; y yo no veo porque seria ese un motivo para hacerle tal desaire. Es un caballero honesto ilustrado y galante: todo un hombre, en fin, que, aunque pobre, sabe el secreto de hacer producir al trabajo honrado, los ópimos frutos del bienestar.

—Oh, gracias, mamá: eres un ángel!

IV.

—Autonomista?

—Sí, señor, y Vd?

—Nacionalista.

—Me lo suponía.

—El motivo?

—Que siempre que hablamos en general nuestras ideas son divergentes.

—No me parece, sin embargo, una razon para que haya Vd. supuesto el partido á que pertenezco....

—Vds. trataron de federalizar la Provincia de Buenos Aires

—¿Y bien?..

—Y bien; que nosotros nos opusimos á ese pensamiento, porque veíamos en él un peligro para el porvenir de las instituciones.

—Y nosotros lo contrario.

—Bien, amigo mio: ambos tenemos el deseo del bien de la patria.

—Lo creo.

—Entónces, á otra cosa: cada individuo es muy dueño de elegir el camino que mejor le parezca, para llegar al fin honrado que ambiciona.

—Exactamente. Vea Vd. como no son tan diversas nuestras ideas.

V.

—Señora ¿me acompañaría Vd. á bailar este vals?

-Vd. se ha contestado, caballero.

—¿Cómo así, señora?

—Y lo repite!

—Yo!

—¿Pues quien?

—Vd. me confunde!

—No se confunda Vd; se lo explicaré: Vd. me llama *señora* y, sin embargo me invita á bailar. No es posible serlo y ocupar el lugar que corresponde de derecho á una señorita. Disculpe Vd. mi franqueza, pero es altamente ridículo que una señora casada pierda su tiempo y su atencion en vanalidades que mejor sientan en una niña.

—Señora: la invitaba á Vd. por encontrarme en el mismo caso.

—Doblemente ridículo! Cuidemos mejor de nuestros compañeros y de nuestros hijos; comuniquémonos en sociedad, séria ó alegremente, tanto vale, con el objeto de hacer ménos pesado el tiempo y mas suave la vida y. . . . pensemos que ya pasó nuestro turno.

—Señora: la leccion es severa, pero justa; y le aseguro á Vd. que ha doblado la simpatía que la profeso. Cuente Vd. con mi respeto y consideracion.

VI.

—Y ¿pronto?

—Pronto: dentro de un mes.

—Y ¿lo has pensado?

—Mucho!

—Y, no te asusta el *què dirán*?

—Asustarme, y ¿porqué?

—Porque ...

—Bah, bah; ya sé por donde vienes; y lo extraño en tí!

—Diego: no tengo la mas pequeña intencion de ofenderte. Conoces mi amistad y no debes dudar de mi corazon!

—Pero, ay! amigo mio: quizás tengas las mismas aprensiones de la sociedad en que vivimos.

—Ninguna: te lo aseguro.

—Y, ¿entónces á qué preguntarme sino me asusta el *què dirán*?

—Para probar la firmeza de tu resolucion?

—Has hecho mal. Tú me conoces bien á fondo y sabes que amo con pasion á la virtud, y, mas, á la virtud en el seno de la pobreza: por eso amo con idolatría á Isabel. ¿Qué acaso el amor puro, el sentimiento leal, la felicidad, en fin, necesitan de los oropeles de la opulencia, falsos muchas veces, para llenar las aspiraciones del alma, los deseos del corazon? ... *¿Qué dirán* despues que me case con Isabel?... ¿qué? ¿que es de humilde condicion? ¿que es pobre? ¿que trabaja para mantener á su anciana madre?... Dios mio! ¡pues si esa es precisamente la causa santa por lo que la amo con todo el fuego de mi pecho! Ay! Federico cuando pienses buscar una compañera para toda tu vida, olvida, haz á un lado el interés y las gerarquías: el tesoro y el blazon mas grande y mas noble es la virtud, doquiera la halles!

—Hablas como pienso y te admiro sinceramente. Diego serás feliz!

VII.

Y así, así por el estilo, fueron los pequeños episodios de aquella soirée, inolvidable para mí.

Pero la naturaleza me pidió lo que la debía, después de tantas horas de solaz, y... héteme entre dos sábanas... y me dormí como un *ángel*, y, durmiendo, soñé; no, no soñé, ví, ¿que os parece que ví?... todo al revés!

Ví á un mequetrefe que, con entonacion altisonante y atrevida, contestaba á las dulces incinuaciones de un hombre respetable por su edad y por su saber.

Ví á una madre furiosa con su hija, porque atendia con travesura á un *pelagatos*, estudiante de 4º para arriba, muy bueno, pero muy escaso de *recursos*; y á la hija que se reía en las barbas (¡qué barbaridad!) en la cara de su madre, haciendo lo mismo con el infeliz enamorado.

Ví á dos personas, al parecer, *sérias*, que, hablando de política, y encontrándose enrolados en distintos partidos; en un dos por tres, se llenaron de impropiedades (buenas razones!) y acabaron por darse de mojicones elevados á la 5ª potencia. (Argumento en bruto, como dijo Plácido.)

Ví á una señora que, dejando sus hijos pequeñuelos y nó, entregados á la vigilancia de una criada jóven y pizpereta, corrió presurosa al Cub B. y, allí, ella por un lado y su marido por otro, bailó hasta el cansancio, con cuanto pollo la invitó; y habló de amores y de jaleos, con la misma libertad y coquetería, la misma soltura y entusiasmo de una soltera.

Ví á un mancebo que, después de haber alucinado á una inexperta pero virtuosa jóven de la clase media (por su fortuna metálica), reía de sus pretensiones al haber aspirado á ser su esposa; siendo él un caballere que, aunque fátuo, como buen ignorante, poseía (no él, sino su padre, que viene á ser lo mismo) unos cuantos miles de vacas y de yeguas, y una aversión innata al *qué dirán*.

Y ví, por fin, que yo mismo, que me hubiese horrorizado, hacia pocos momentos, de un tal descabellamiento, aplaudia estruendosamente cambio tan repentino y divertido; gritando (creo que grité):—Viva el siglo! vivan las luces! viva la razon! viva el honor! viva el sentimiento! viva el *qué dirán*!!

Pero gritaba, sin duda, tan fuerte, que me desperté

hecho un títere: despierto todavía manoteaba y gesticulaba entusiasmadísimo.

Y ¿qué creis que ví, despierto: sí, muy despierto?

Nada; ó poco mas.

Vi un nuevo dia y lo mismo, lo mismito que habia visto en mi sueño.

¿Qué os parece?... ¿eh?.....

Y á mí tambien!

Abril de 1878

A MI MADRE

—

Arbol que toca con su copa el cielo
y llena el mundo de su inmensa
aroma.

Camprodon.

—

Cuando el primer color pintó mi frente
y mi rostro infantil iluminara
la primera sonrisa de los ángeles,
toda ternura y candorosa magia,
sobre mi cuna
siempre inclinada,
querias absorverme con los ojos
atrayendo mi alma con tu alma.

Cuando la luz de la razon bendita,
como el perfume de la flor temprana,
de mi ánima surgió sencilla y pura
y gozosa en tus brazos me estrechabas,
dos sentimientos
en tí luchaban:
el placer del presente y del futuro
la inquieta incertidumbre de faz pálida.

Cuando léjos de tí, cual ave errante
en huracan deshecho, me encontraba,
y ni el consuelo de morir tenia;
ó de vivir en apacible calma:
tú, madre ..madre...
¡mi madre y basta!
la mano me tendías amorosa,
lavando mis heridas con tus lágrimas.

Y, hoy, al volver á mi pristina senda,
de escollos y ruinas despejada,
al lado de mi noble compañera
y de las flores de mi amor, intactas,
 como María
 la vírgen sacra:
vén á mi corazon; cobra tu dicha;
ya he vuelto á tí feliz: *hoy* es mi páscoa!

Febrero de 1878.

JUANITA

A la inversa de Simplicia,
que es una flor delicada
que busca las brisas suaves
que juegan en las fontanas;
y jamás su pié de niño,
si no es en cespéd, resbala,
ni sus amores confia
sinó á la verde enramada;
ni se viste de percal;
ni sueña sinó con hadas;
ni sabe lo que es *puchero*;
ni se ha quemado en la *plancha*;
ni gríta, porque es grosero
y le irrita la garganta,
semejante á la del cisne
cuando navega en las aguas;
ni baila porque le pueden
salir call os en la planta;
ni canta cuando está alegre,
ni se alegra cuando canta,
es (ya creo que era tiempo)
la mas zandunguera Juana
que he conocido entre todas
las qué, como ella, se llaman.
Su cuerpo es el mismo mimbre
que diz que, á veces, se encarna
en la torneada cintura
de las porteñas del Plata;
y en ese cuerpo flexible
y airoso como la palma,
hay, segun dicen, mis ojos,
mas tentaciones que en su alma:
pero mis ojos no pueden

de sus ojos decir nada,
porque no son mira-soles,
y tienen miedo á las llamas;
aunque basta para hacerse
una idea aproximada
de lo que son esos focos
de radiaciones extrañas,
saber que amigo Márcos,
positivista de marca:
celibatario impertérito,
y, en amores, una estatua,
está, desde que la vió,
tan seco como una pasa
y tiene en el corazón
una verdadera fragua.

Quieren ustedes oír
armonías no escuchadas?
¿quieren perlas? ¿quieren tintes
de la mas límpida grana?
¿quieren perfumes que queman?
¿quieren aromas que embriagan?
pues todo hallarán ustedes
en la boquita de Juana;
que, para ocultar su rostro
de las miradas profanas,
de tornasoles, riquísimo
suelta el cabello en cascadas.

Y ¿podrán ustedes creer
que esta preciosa muchacha,
que envidia dá á las solteras,
y celos á las casadas,
no ha sentido aun en su pecho
bullir amorosas ansias;
ni ha pensado en las quimeras
de que Simplicia está ufana?
pues así es, aunque lo duden,
aunque parezca patraña,
como hubo de parecerme,
ántes de que la sondeara.
Es lista como la ardilla;
y es ágil como la gama;
y el tiempo en que no se emplea
en los quehaceres de casa,

sea en la ciudad ó el campo,
llueva, ó truene ó haya calma
¡si no puede con su génio!
canta, grita, salta y baila.
Y háblenla ustedes de brisas,
de cefirillos y de auras:
je, je! ¡le gustan los vientos,
cuando rugen, de la pampa!
En fin: se puede decir
de esta morena salada,
que es el alma del placer
en el cuerpo de las gracias.
Pero, ay! que tiene un defecto
esta prenda hermosa y cara...
¡quién lo creyera! ¡es ladrona!
¡y ladrona redomada!
En continua agitacion
tiene á toda la comarca,
y, aun pillándola infraganti
la justicia, mira y calla;
y lo mas raro del caso,
lo que mas asombro causa,
es, que no ha escapado un juez
á sus criminales mañas.
¡Que lástima de doncella
tan bonita! ¡qué desgracia!
¡y ya digna de la pena,
con que castigan la infamia!
Y si dijéramos: «tiene
necesidad: no le basta
ni su trabajo de mano»
que es primoroso y se paga;
pero no, Señor, es vicio;
es disposicion innata!
Aunque tenga lo que tenga:
aunque nade en la abundancia,
le roba á uno el corazon
con tan seductora gracia,
que, lo mismo que los jueces;
¡qué digo! que la comarca,
¡qué digo! que la justicia,
lo pierde uno, siente y calla.
Pero ya vendrá el remedio

¡ya la pagarás ¡oh Juana!
porqué, con los corazones
que has robado, bella ingrata,
y tienes aprisionados
en tu mismísima alma,
te hemos de formar estrecha
como tu boquita de ámbar,
una celda de deseos
en tu gran penitenciaría.

Buenos Aires, Diciembre 22 de 1878

LA GRATITUD

Hay íntimo placer, hay dicha, hay gloria
en loar de los héroes las proezas,
y celebrar, con himnos las grandezas
que esculpieron los siglos en la Historia.

Honar del justo la feliz memoria,
en medio á nuestras miseras flaquezas,
es descubrir incólumes bellezas;
luz en las sombras; flores en la escoria.

Pero hay mayor satisfaccion; mas pura
y honda felicidad, sin el suplicio
de la duda cruel, en esta oscura
mansion de la doblez, antro del vicio,
en elevar hasta la misma altura
la tierna gratitud y el beneficio!

Setiembre 6 de 1878.

MEDITACION

Nada hay mas noble que el trabajo, sea de la materia ó sea del espíritu; ni algo mas repugnante que la holgazanería.

Lo primero dignifica á la criatura, y ocupándole el tiempo y el pensamiento, dedicados, exclusivamente, á la labor cotidiana, le ahorran el malestar de la inercia, y le producen, con la dulce fatiga que convida al reposo, la satisfaccion inapreciable del deber cumplido.

Lo segundo, oh, lo segundo es la muerte moral; es la desmembracion que precede á la disolucion del sér material; es el caos de las ideas; la esterilidad maldita de la planta.

El trabajo es benéfico, es santo, es consuelo celestial.

La ociosidad es maléfica, es criminal, es veneno.

El uno espærcce en torno de sí las dulzuras del bienestar y de la dicha.

La otra se envuelve en sombras, y repele la luz, sembrando la tristeza del desencanto y del hastío.

Oh, bendito trabajo, cuántos momentos de grato solaz no proporcionas tú al hombre, cuando, despues de haberte rendido el culto de su sencilla adoracion, vuelve á su tranquilo hogar á saborear en compañía de los suyos, el dorado fruto de su incansable actividad!

Maldita, tú, mil veces, ociosidad dañina y tenebrosa, que no tienes pasado, ni porvenir, sino presente de miseria y de llanto; que no tienes dias de dulce y halagüeño descanso, sino noche amarga de sinsabor y postración fatigosa!

Dios mio: colmad siempre á mi espíritu de la pura y bella esperanza de un mañana de labor infinita, para menguar la distancia que me separa de vos, foco inmenso de trabajo perpétuo!

Padre de los débiles y de los humildes: iluminad la mente de mis hijos, y alejadlos, siempre, de la senda tortuosa y oscura que conduce á la *madre de todos los vicios*: la ociosidad!

5 DE JUNIO

Só el manto gris de la ceniza inerte,
el fuego condensado,
vive en brasa sutil, incandescente;
así, bajo aparente indiferencia,
en el altar del corazón, perenne,
la llama de mi amor, inmensa hoguera,
arde por tí, mi noble compañera.

De los días que fueron, la memoria
siempre amarga á la débil criatura,
es un nuevo incentivo al claro afecto
que llena mi alma pura;
y, ni llorar mi mal, en el pasado,
puedo, mí bien, teniéndote á mi lado.

La cándida terneza con que brillan
tus dulces ojos, para mi tan bellos,
en mi espíritu anima
todas las ilusiones del recuerdo;
y músicas serenas
del celeste concierto,
las notas de tu lábio me parecen
cuando traducen tu albo pensamiento.

La noble aspiración de mi deseo
tiene su fuente en tu ánima sencilla,
tan tierna, como bella,
tan casta, como pía;
y ella es la luz que al porvenir me guía,
del cielo de mi vida blanca estrella.

Oh, que siempre en tu pídico regazo
reposar pueda mi abatida frente,
rodeando tu cintura con mi brazo,
aunque ruja inclemente
el cierzo helado de mi triste suerte.

Nada, sin tí, mi espíritu ambiciona;
contigo, todo, hasta el dolor impio,
que ni de gloria la gentil corona,
el precio iguala de tu amor, bien mio.

Mas no temo del mundo los enojos,
ni los furores del destino ciego:
oiga tu voz, y mírenme tus ojos,
y es mio el porvenir y... muera luego!

LAS APARIENCIAS

(MEMORIAS DE UN. . . . TAL).

I.

Que digan que no es verdad
del tamaño de una plaza,
que engañan las apariencias,
como las monedas falsas,
pueden írselo á contar
é los tontos ó á las beatas:
á los unos porque son,
y á las otras porque. . . . ¡basta!
Y, sino, dígalo yo,
víctima, sencilla y mansa,
de las mas crueles mentiras,
de verdades disfrazadas,
que, de un jóven candoroso
y de las mas tierna pasta,
han hecho una fiera: un zorro
con mas astucia que garras.
Pues! Y seria bonito
qué, trás de tantas y tantas
decepciones, no tuviera
mas dobleces que una carta!
Entónces, merecería,
y aun es muy poco, caramba,
que me dieran una *soba*,
cuatro veces por semana.
Imagínense, Señores,
niños, viejas y muchachas,
si habré de las apariencias

tristes lecciones amargas,
que desde niño, creyeron,
porque, pronto, dije: *mama*,
que iba á ser una lumbrera,
un portento, una *monada*;
y, con el perdon de ustedes,
á la suerte ó á Dios, gracias,
audo en dos piés, no debiendo
andar sino en cuatro patas.
Diz que la razon, precoce,
alumbró mi senda ingrata;
no lo dudo; pero temo
que fué la opinion errada,
porque en nada puse mano,
ni pensé jamás en nada,
que no fuese un *desatino*,
en su acepcion mas galana.
Y el origen de estos *díceres*
que me dieron pronta fama,
fue la maldita apariencia
que, como tela de araña,
envolvía mis torpezas
en tan finísima malla,
que las gentes, cual las moscas,
en sus hebras se enredaban.

II.

Pasaron los bellos tiempos
de mi encantadora infancia,
y, con ellos perdí todas
las iluciones del alma!
Ah! Quien pudiera volver
á oír el canto de las ranas,
en los charcos que se hacian
en el patio de mi *estancia*,
y que, entónce, á mi oído,
tan armonioso sonaba,
qué, á veces, me parecía
el concento de las auras!
Ah! pero todo pasó,
como en este mundo pasa,
dejando sólo el recuerdo,
como si dijese: nada!

III.

De veinte años me quedé
dueño y señor de mi caso,
con mas pesetas que Creso,
y ménos seso que plata,
Hallé el mundo lisongero,
y en cuanto puse mi planta,
osado. en él, las delicias
me recibieron en palmas.
Oh, qué angélicas bellezas
sus favores me brindaban,
con los rayos de sus ojos
quemándome las entrañas!
Que innumerable cohorte
de amigos me festejaba!
qué festines me ofrecían!
qué cariño! ;Qué alabanzas!
Aquello no era vivir
si no en continua algazara,
haciendo del dia, noche
y de la noche, *mañana*.
Tomé por mi secretario,
consejero ó suple-faltas,
á un jóven de dulce aspecto
y tierno, como una malva;
y á este lo elejí entre tantos
de reputacion preclara,
por sus tímidas maneras,
y sus costumbres sin tacha.
Tenia el tal ¡que tesoro!
una madre y una hermana
como creí que no habia
dos en la tierra poblada.
Si la niña era un querube
la señora era una santa,
pues, dicen, que la virtud
las cubria con sus álas;
así es que, despues que habia
llenado la mision grata
de perder en la *carpeta*
unas cuantas *mexicanas*,

con la ilusion deliciosa
que alimenta la esperanza,
iba á conversar con ellas
de quisicosas del alma.

Mas . . . no quisiera acordarme
de aquellas horas pasadas
en tan ufanos placeres,
en tan dulce venturanza,
porque siento el corazon,
presa de tan negra rábia,
que soy capaz de volverme
un leon, una Santa Bárbara!
Oh, deslenguada mentira!
Oh, apariencia! ¡Eterna farsa
en que la verdad se cubre
con fria, impávida máscara!
Yo te. . . . nó: no te maldigo,
porque tu familia es tanta
que hasta á mí me maldijera,
y eso, sería bobada.

Conténteme con decir,
con boca como campana,
que el amigo y los amigos;
el querubín y la santa;
los niños y los ancianos;
las viejas y las muchachas;
el zapatero y el sastre
el mucamo y la mucama,
eran, todos unos pícaros;
unos. . . . casi digo ¡Cáscaras!

Mi *timido* secretario,
por poco, me deja en sábanas,
cuando, con finos ardidés,
me hizo casar con la hermana,
y ésta y su hipócrita madre
¡grandisísimas marranas!
si me han dejado *en espíritu*,
en cuerpo, no digo nada!
y yo que, necio pensé
que la franqueza y la cháchara
eran condiciones fijas
de las gentes casquivanas;
y que el rostro compungido;

y las voces apagadas;
y los ojos entornados,
y la lisonja estudiada,
eran indicio seguro
de la riqueza del alma;
signos de nobles verdades;
fuente de delicias, ancha! . . .
Eh! ¡Paciencia! y ¡mucho ojo!
que puedo decir por práctica,
que engañan *las apariencias*,
como las monedas falsas.

Buenos Aires, Setiembre de 1878.

A LA SEÑORITA PEPA MURATURE

Antes que ciña la nupcial corona
tu frente pudorosa y nacarada,
y el vuelo tiendas con tu amor sencillo
dejando solo tu memoria grata,
 escucha, amiga
 tierna y amada,
el triste acento del poeta triste
al presentir tu ausencia inesperada.

No pienses que á turbar voy la alegría
que arde en tu seno y brilla en tu mirada,
ni á presagiarle nubes á tu dicha,
ni desencanto impío á tu esperanza;
 Nó, bella Pepa:
 de la desgracia
son solo para mi las tempestades
envueltas en la lluvia de mis lágrimas.

En el desierto estéril de la vida,
los afectos dulcísimos del alma
son oasis deliciosos donde cobra
el peregrino pasagera calma,
 y do reclina
 su frente pálida,
para emprender de nuevo su camino
hácia otras regiones ignoradas.

Y puede, al fin, tras horas infinitas,
hallar la fuente do calmar sus ansias,
y embriagar el sentido en los perfumes
de alguna flor humilde y solitaria;
 mas siempre deja,
 en pos su planta,
la huella luminosa de una gloria
para correr trás la impalpable nada.

Yo que llegué por la fortuna mia
á respirar la atmósfera en que exhalas
de tu espíritu bello los efluvios,
de tu amistad la celestina llama,
 yo tambien puedo
 ¡no es forma vana!
conocer el tesoro de ternura
que el sentimiento de tu amor inflama.

Ah, quiera el cielo que al arrullo tierno
de tus castos amores, la bonanza
círcuya tu existencia bendecida;
como á las flores las ligeras auras;
 y que el recuerdo
 de horas pasadas,
si un instante te roba de ventura,
anime de tu mente la luz clara.

No olvides que en el pecho de tu amigo
el símil dejas de tu imágen cara:
reflejo de seráficas virtudes
que en el espejo de tu sér refractan;
 y que, siguiendo
 su senda ingrata,
va el poeta errante que á tu lábio pide
el himno celestial de una plegaria!

Junio 23 de 1878.

A SANTIAGO DE (1)

(Á PROPOS.)

Ese ardor desconocido
que causa tanto alboroto,
me tiene ya entristecido,
pues, sinó estas descocido,
me presumo que estás roto.

¿A qué vienen esas muecas?..
¿no quieres que te perfile?....
¿ó crées que somos babiecas?....
¿ó crées que estás en Batuecas?....
¿ó crées que estamos en Chile?

Cesa, Santiago, en tu orgullo:
deja tu costumbre fátua!
¡no metas tanto barullo!
¿ó crées que soy un zambullo?
¿ó crées que soy una estatua?....

No seas tan testarudo,
pues ya te lo he prevenido,
apesar de que estoy mudo:
que un roto ó un descosido
puede quedarse...desnudo!

Buenos Aires, 1878.

(1) Esta composicion fué escrita, con motivo del grosero insulto inferido en Chile, á la noble Buenos Aires

LA SOLTERONA

—Es imprudencia!!

—El qué, señora? ¡Explíquese Vd! ¡Vd. me asusta! ¡vea Vd. que soy muy pusilánime! ¿qué hay? ¡por Dios!

—Qué ha escrito Vd?

—Qué?... nada; ó menos que nada: recién voy á empezar.

—Pero ¿qué ha puesto Vd. ahí, con letras tan gordas?

—Señora; el título de un articulito de costumbres para la *Ondina*: un bosquejo á *calamo currente* de ese sér infernal y sin entrañas que me ha hecho el mas desgraciado de los bichos vivientes; el mas infeliz de los bípedos; el mas...

—Basta! ¡basta! ¡Vd. se perderá, Lázaro!

—Señora: ¿me hace Vd. el gusto de decirme por qué?

—Por que?... Oh ¡qué estupidez! ¡qué....

—Señora!...

—No hay mas! ¡Vd se perderá! ¡Adios, jóven insensato!

—Chist! chist! Señora! eh!... venga! explíqueme... ¡el demonio cargue con Vd! ¡Solterona había de ser!

—Cómo? ¿qué? ¡Infame! ¿como ha dicho Vd? ¿Quiere que le saque los ojos con mis uñas? ¡so pedante!

—Pero, por Dios, Doña Sinforosa: no se sulfure Vd! escuche.

—Yo escucharle? pícaro, indigno, atrevido! ¡Llámame á mí solterona, que puedo jactarme de haber tenido novios á millares y que, si no me he casado, ha sido ¡oiga Vd., cachafaz! ha sido porque no me ha da-

do la reverenda gana! Ah; ya me las pagará Vd! ¡ya me las pagará!

—Ja, ja, ja!... ja, ja, ja!

—Y se ríe el insolente!

—Pero, ¿cómo quiere Vd. que no me ría, si yo la he llamado á Vd. solterona, sin saber que lo era?... Ja, ja, ja!

—Ríe, ríe Vd. beduino, mal criado ¡pronto llorará!...

—Ufff, Señora!

—Escriba!...

—Escriba yo?..

—Sí, sí, escriba su artículo y le aseguro que el castigo será tremendo: ¡no se escapará de la hecatombe ni el último cajista de la *Ondina!*

Sopla!... se fué al fin esta arpía!... ¿y?... ¿escribo?... ¿Sí?... sí, sí, y mil veces sí: ¡aquí murió Lázaro con todas las solteronas!

II.

Por la señal de la Santa Cruz etc.

Empecemos lectoras amables, casadas y casaderas: ¿tienen Vds. relacion con alguna solterona? ¿conocen Vds. ese tipo, *suí géneris* que así se llama, y es el tormento eterno de las doncellas y de los mancebos; el enemigo malo de las almas sencillas; el espectro de los enamorados; el carcax de las flechas envenenadas de la murmuracion, de la envidia y de la calumnia?

No? pues ván Vds. á quedar enteradas.

Yo juro, por mi salvacion, que no voy á hablar de las santas mujeres que, por su gusto, no han querido cargar con la cruz dorada del matrimonio; pues conozco muchas, muchísimas señoritas, que permanecen solteras, á pesar de sus 30, y que son dignas del mayor respeto y simpatía, ángeles que gozan con el placer ajeno, y que jamás han causado una pena á sus semejantes, ni han hecho derramar una lágrima á su sexo, por indignas rivalidades de amor ó de belleza; nó: voy á referirme á esas mujeres que, ya sea por su educacion incompleta, ya por su fealdad, no han tenido nunca quien les eche un requiebro, ni les cante una serenata y han quedado *velis nolis*, para vestir santos,

y á quienes la rabia de las ilusiones perdidas, de las esperanzas frustradas, han acabado por hacerles odiosos todos los seres que, á su alrededor, se manifiesten superiores, física ó moralmente; y que gocen de la felicidad que ellas no han podido ni esperan alcanzar.

Hecha esta salvedad, *en avant*.

La solterona puede tener de 30 á 50 años. Generalmente, es fea, y lo parece mas por los afeites que emplea para parecer bonita ó agradable.

A través de todos sus artificios, siempre es repelente, y mas, cuando quiere hacerse la interesante por medio de su inseparable sonrisa, y de sus fingidos modales.

Nunca habla con la voz propia, y la suele afinar de una manera tan poco armoniosa, que el tímpano se resiste á la mas galante y amable de sus vocalizaciones, vulgo cumplimientos que *reventan*.

Sus amistades son contadas y, si las tiene, son falsas, pues ni ella sabe querer bien, ni nadie puede soportarla, sino por compromiso y, á veces, por conveniencia.

Fuera de las horas destinadas á su *compostura*, anda de casa en casa, por la vecindad, tomando noticia de lo que pasa en el barrio, ó fuera de él, ó se pone á pizpar desde su ventana, todas las elucubraciones cotidianas de sus convecinos, y de los que aciertan á pasar.

Ay! entónces, del prójimo! Ni la suela de sus zapatos escapa al escalpelo de su afilada lengua!

Ay! del galan que tenga que conversar con el dueño de su alma, sí, por desgracia, este vive al lado ó enfrente de la casa de la solterona!

Conozco muchas víctimas de su diabólica importunidad: de su maldad mejor dicho, y puedo asegurar que ella ha sido la causa principal de muchos, de muchos dolores y de mas casamientos frustrados; y entre esas víctimas á un notable poeta amigo mio, quien, en un rato de desesperacion, escribió y le mandó esta incomparable filípica:

A UNA SOLTERONA

Anoche soñé contigo!

¿no te asustas? ¿no te espanta-?

yo, que siempre te he mirado
ay! Adela, como á tantas:
como al peor enemigo;
como al demonio encarnado;
como á una horrenda quimera,
¿ni te sorprende siquiera?
Anoche soñé contigo!
No para aquí la función,
no: lo que debe asombrarte
y ponerte de una pieza;
lo que debe enderezarte
los pelos de la cabeza,
como púas de alfiler,
como espinas de escorpion,
es que ¡oh susto! ¡oh maldición!
soñé que eras mi mujer!!»

Cuentan las lenguas malas ó las malas lenguas, que fué el remedio mas eficaz que humana inteligencia haya aplicado á tan diabólica dolencia (léase solterona)

III.

Yo tenia palabras menudas con una chica que era la candidez y la dulzura encarnadas.

Por mal de mis pecados, ó mejor dicho, por bien, porque á fé que me los hizo purgar, la indicada dulcinea de mi corazon, se tomó en relaciones de puerta á puerta, con una tal Esciclepiades, cuarentona largui-tísica, con mas vueltas que un ovillo de hilo.

Era la tal un portento de habilidades; entre cuyas sobresalía la de pintarse con notable perfeccion, al extremo de qué era muy difícil conocer el engaño, tan difícil que mi chica se quedó embobada al mirarla tan fresca, tan bella y tan jóven, y, sin embargo, no distaba de ella, la primera vez que la vió, sinó la distancia de dos ventanas.

Qué maneras!

Qué jovialidad!

Qué dulces y amables, insinuaciones!

Oh, maldita Esciclepiades, cómo recuerdo y recordaré avergonzado, que, durante doce horas, estuve á guisa de mosca, euredado en la telaraña de tus artificios!

Pero vamos al hecho, único en su género, pero que

puede no obstante dar una idea de lo que es una solterona, cuando quiere hacer el mal, poniendo en juego todos los resortes de su maquinaria infernal.

Ocurrióseme una vez, ir de día á casa de mi consabida, cosa que no puedo hacer siempre porque soy empleado, y dió la casualidad que Esciclepiades, que recién establecía su domicilio al lado de la casa de mi novia, salió á la puerta en momentos en que yo pasaba como una exhalacion, en alas de un contento desconocido.

Le debió agradar mi figura, ó mi cara de satisfaccion, porque me sonrió y me miró de un modo tan tierno, que me hizo tragar la saliva.

Yo ofuscado por la belleza de aquella *pintura* debí tambien corresponder con igual moneda, porque me saludó con coqueteria, pronunciando mi nombre con dulcísimo acento; al menos así me pareció aunque bien pudo ser la sorpresa que me causó el saber que aquella beldad me conocía.

Correspondí al saludo desde la puerta de la casa de mi adorado tormento, y entré á esta lleno de alegres ilusiones.

Hecha mi visita, no tan larga como de costumbre, porque algo me faltaba, sin saber qué, salí á la calle y allí, es decir, en la puerta de su casa, allí estaba graciosa divina, la mujer que sabía mi nombre sin saberlo yo.

—*Hasta luego!*—me dijo al pasar junto á ella en voz tan baja, que seguí caminando durante unos segundos creyéndome presa de una ilusion; pero volví la vista, y entónces me convencí de que no lo era, pues me hacía señas y se ponía la mano en el corazon.

Oh felicidad! Era amado y amado por una deidad, por una diosa de la mitologia terrenal!

IV.

—Lázaro!

—Señorita!

—Qué dirá Vd. de mí!

—Yo?... oh, soy demasiado feliz!

—Verdad?

—Se lo juro á Vd. . .

—Esciclepiades!

—Esciclepiades! ¡qué nombre divino!

—Vd. no me conocia, Lázaro?

—No... es... no, Señorita. ¿Crée Vd. que si la hubiera conocido antes, hubiera....?

--Qué?

—Hubiera dejado de decir á Vd. con toda mí alma: Esci...

—Esciclepiades.

—Esciclepiades: yo la amo, yo la adoro, y yo me me muero por Vd?

--Ah, que feliz seria yo tambien, si fuese eso cierto?

—Y qué? ¿lo duda Vd?

—Y mi vecinita?

—Es... es una amiga de mi familia...

--Nada mas? ¿me lo jura Vd?

—Por Vd., por Vd. ángel mio, lo juro!

—Ah!... Dios mio... qué desvanecimiento!.....

—Oh, la felicidad!... mi amor-- murmuró Esciclepiades, dejándose caer en mis brazos.

Casi me vuelvo loco cuando sentí el contacto de aquella mujer encantadora!

Saque mi pañuelo del bolsillo y como estaba empapado en agua Florida se lo dí primero á oler, y, en seguida, empecé á pasarselo por la frente... ¡Maldición! qué habia hecho, yo, desventurada criatura? ¿qué? Todavía se me paran los pelos de la cabeza!... Habia sacado de la frente y de la nariz de aquella mujer divina, la capa de albayalde que las cubría, y á la luz moribunda del farol que habia casi encima de la puerta de calle donde estabamos, como unos tortolitos inocentes á la una de la mañana, á la luz del infierno, mas bien, ví ¿qué ví? ví... el demonio... una máscara... un espectro... y... huí... huí... y siguiera huyendo si no me hubiera detenido el sereno.

Oh noche terrible!

Pobres mis queridas ilusiones!

Infame! Yo que engañaba á mi noviecita! Pero bien la pagué y, *aindamais*, ya lo veréis.

V.

Muchos dias pasaron desde aquella noche fatal.

Yo seguía yendo á lo de mi candorosa chica pero

de noche; y desde la esquina de su casa, caminaba en puntas de pié, temeroso de que me sintieran las orejas de Esciclepiades. Un temblor convulsivo se apoderaba de mi misera humanidad cada vez que sentia algunos pasos en la acera, y cuando llegaba á la puerta de la casa de mi Lucrecia, daba un inmenso suspiro, como para exhalar todo el aliento comprimido de mis pulmones.

Todo siguió bien, durante algun tiempo.

Pero, cuando menos lo pensaba, me dió un *tabardillo* espantoso, que atribuyo y con razon, á las emociones violentas que habia soportado, con nunca vista heroicidad.

Qué hacer entónces?

Como comunicarme con mi *bella*?

Nada mas natural.

La escribi.

La hice una historia detallada de los padecimientos fisico-morales de mi humilde persona y le protesté mil veces, con descomunales juramentos, un amor eterno y devorador.

Lo que voy á referir lo supe despues de mi desgraciado desamor.

Un dia que mi mucamo, (un gallego, á quién Dios vuelva á hundir en Galicia, para bien de estas comarcas), fué con una de mis eróticas misivas á casa de mi Dulcinea; equivocóse ¡ah bárbaro! y en vez de entregarla á su direccion, la dió muy suelto de cuerpo y alma, á la terrible Esciclepiades que salia de hacer una visita á mi palomita: visitas que solo hacia de dia, por temor de encontrarse conmigo, á no dudarlo.

«No para aquí la funcion; nó:» despues de imponerse de su contenido; la *virginal* Esciclepiades, guardó la carta, y escribió otra, imitando groseramente mi letra: pero bastaba y sobraba para engañar á mi mas que inocente torcaz.

Hé aquí su carta, que pasó por mia, y á la que debo el no haberme arrobado con los dificilísimos trios de dos ó tres muchachos que tiene actualmente la querida de mi corazon, mi ex-novia:

«Bobeta:

«Tengo que dar un corte fatal á nuestros amorosos proyectos de casamiento.

«He variado de modo de pensar.

«Lo siento por tí, Bobeta.

«Esto que á tí te parecerá *tabardillo*, no lo és; es el espasmo que me causan mis ilusiones, que se me han quedado muertas dentro del alma.

«Si tu mamá pregunta por mí; dile que me has despedido, porque no te satisfago, ni crées en el fuego de mi pasión.

«En fin, manéjate, Bobeta como puedas; que lo que es por mi parte, trataré, desde hoy de olvidar las bellas horas pasadas á tu lado.

«Un secreto horripilante me hace tomar esta sublime determinacion: y ya verás si será horrendo, que te ruego, que: si te vuelvo á escribir hablándote de mi amor puro, santo, imperdurable, lo achagues á locura; y si me atrevo á ir á tu casa, me pongas de patitas en la calle, sin escuchar una sola disculpa de mis lábios.

«Adios, mi inolvidable, Bobeta: adios para siempre!!!

Lázaro.

Ah! Mi amada tragó el anzuelo!! pero cómo lo tragó!

A los tres dias era presentado en su casa por la vengativa Esciclepiades, un estudiante de..... no sé qué; el cual, oh feliz mortal, me sopló la dama en dos ó tres latines y cuando mohino y cabisbajo salí á la calle, el sacristan de la iglesia de mi parroquia, me dijo que Bobeta, la boba liconá Bobeta, se habia matrimoniado con el Señor de fuit, vidi, vinci.

Ah, Esciclepiades, Esciclepiades! ¡Te has de acordar de mí, novicidia espantosa de amantes de mi laya!

Junio de 1878.

¡VAYA UNA GLORIA!

(Á UN NÉCIO)

Nacer en rica cuna, y, en pañales
de finísima tela; haberse criado,
y, grandecito ya, niño mimado,
solo por dichos, conocer los males:

ser hombre y, con magníficos modales,
hablar de lo sabido é ignorado;
y, siempre entretenido y bien tratado,
tratar á los demás como animales;

pasear, comer, dormir á pierna suelta,
sin tener que pensar en *el mañana*,
conque tantas cabezas se dán vuelta,
¡esa es gloria! decis? ¡oh gloria vana!
gloria que muere en el olvido envuelta,
sin *mas allá*, ni en la region mundana!

Noviembre 20 de 1878.

GEMIDO

A mi noble amigo Juan Cruz Varela.

Horas benditas de mi hogar, si breves
pasais para mi bien ¿porqué cansadas
rodais ahora, cuando el hado fiero
la sed de su ira en mi dolor apaga?

Acaso el tiempo, cruel, con las angustias
de la doliente humanidad se embriaga,
y á las presta al placer, y á la desdicha
corta el negro plumage de sus álas?...

Horas benditas de mi hogar, si siempre
asi habeis de pasar en mi desgracia,
tomad cada una por distinta huella,
llevándoos los pedazos de mi alma;

Y ni memoria quedará en mi mente
de cómo el tiempo en los placeres pasa;
y en el pesado insómnia de la pena
con bárbara inclemencia se dilata.

Buenos Aires, Abril 16 de 1879.

¡ OH!

«Bella es la vida!—exclama el opulento,
colmado su deseo—«¡dulce y bella!
«Siempre radiante brillará mi estrella
«del mundo en el opaco firmamento.

«Nada me falta! En mágico concento,
«cabe el placer, la erótica querella,
«doquier dejando en mi triunfante huella,
«los signos luminosos del concento!»

Ayes, impercetibles á su oído;
lágrimas, frias á su planta inerte,
se oyen y corren: es el desvalido
de quien la vida clama por la muerte;
de la virtud el lúgubre gemido
hollada por el carro de la suerte!

Buenos Aires, Febrero 15 de 1879.

FLAQUEZA

«Todos se quejan
«de su desgracia,
«como de cosa
«descomunal;
«y si les hablo
«yo de la mia,
«se rien, dudan
«de mi hondo mal.»

Así exclamaba,
cuando impetuosa,
ruda tormenta
me combatió;
y ¿hoy?... hoy me rio
tambien, á todos
anteponiendo
mi humilde *yó*.

Buenos Aires, Marzo de 1879.

SIMILES DE LA VIDA

I.

—Como esa luz apacible
que baña el oriente, plácida,
así es la vida del hombre
en su primera mañana.

—Así, como ese crepúsculo
con que se despierta el alba,
así es la muerte del triste:
mas luz que sombra nefanda.

II.

—Brillante como ese disco
que rayos fúlgidos lanza,
así es la dicha del hombre
en el zenit de su fama.

—Así también es su pena,
en medio de la desgracia:
fuego ardiente que devora
consumiendo la esperanza.

III.

—Ay! Como el sol que se oculta,
mientras las sombras avanzan,
así es el postrer instante
de nuestras últimas ansias.

—Ay! Así como ese lapso
en que luz y sombras vagan,
así es la hora primera
de este camino de lágrimas.

VI.

Similes son de la vida .
que, si la verdad no encarnan,
tienen el sello y reflejan
los sentimientos del alma.

Buenos Aires, Abril de 1879.

•

— — —

AH, SI NO FUERA LA RAZON!

¡Qué tiempo há que en el cielo de la vida
la negra nube de mis ánsias flota,
como un giron de la esperanza rota;
como el crespon de la ilusion perdida!

Y hay límite al dolor?... ¡ó, sin medida,
ni se colma su fuente ni se agota;
y es fuerza que la lágrima que brota
esté siempre á los ojos suspendida?

¡Ah, si no fuera la razon, y á ella
no sometiera el hombre sus acciones,
solo creyendo en su funesta estrella!

¡Con que rudo furor nuestras pasiones
ay, matarían en el alma bella
las mas puras y santas afecciones!

Buenos Aires, Junio de 1879.

LA VIRTUD

(APÓLOGO)

A mi amigo A. F. Lértora.

Veis aquella doncella hermosísima en cuya frente inmaculada esparce sus tintes suaves la rosa naciente del pudor; en cuyos ojos brilla límpida y serena la llama interna de la conciencia sin mancha; cuya boca sonriente se entreabre dulcemente, para exhalar los perfumes de la inocencia; cuyas formas de puros y finos contornos, velados modestamente, hacen adivinar las maravillas de la naturaleza en su esplendor virginal; coronada, como por una auréola celeste de tornasoles por el joyante cabello cuyas hebras de oro se rizan al soplo de los céfiros enamorados?

La conocéis?...

Sigámosla.

En el palacio de la opulencia soberbia, se sienta al lado del humilde, y le hace ver lo efímero de las riquezas humanas; avisándole contra los amargos sin-sabores de la envidia malvada; y el grato bienestar del que se contenta con su suerte, sin desear mal al poderoso!

En la choza del menesteroso, se acerca al anciano venerable y besa sus blancos cabellos con respeto; enjuga las lágrimas del triste que desespera, y le habla de Dios, de la fé, de la esperanza; cubre con su manto los miembros entumecidos de la madre aterida, y, al estrechar contra su albo seno al niño inocente, le bendice y le conforta con dádivas y caricias bienhechoras!

La conoceis? .

Sigámosla.

Miradla! El soberbio ha caído y blasfema, y ella corre á levantarle; le habla de la resignacion: su hermana; de la esperanza inmortal: su alma, y el soberbio la rechaza y vuelve á caer; y ella vuelve á levantarle!

Miradla! La vírgen flaquea y el vil seductor rie con diabólica alegría ante las delicias impúdicas del triunfo próximo, y ella sostiene entre sus brazos á la vírgen casta, la comunica sus fuerzas y su espíritu celestial; y huye el malo, maldiciéndola; y el bueno la santifica en su corazon!

Miradla! El mísero labrador ha perdido su mezquina cosecha: la semilla fructificó y el insecto dañino se la ha devorado! ¡Adios pan para sus hijos! ¡Adios sueños dorados de sus pequeñas aspiraciones: tan pequeñas que harían reir al rico, tan grandes, para él, que, perdidas, le hacen desear la muerte, y ver, en su rústica simplicidad, un castigo del cielo, en un sencillo accidente de la tierra! Miradla! Enjúgale la frente pálida y sudorosa; levanta la azada mohosa; la limpia con sus manos: abre ella misma el zurco y esparce la semilla. La fé y la esperanza renacen en el alma del desgraciado; la paciencia santa orea el terron feraz, y el grano brota abundoso y bello, como las bendiciones del corazon, por la gratitud conmovido!

La conoceis ahora?... . . .

Ah! Miradla! El mundo la mira asombrado, primero; luego la insulta y se rie con irónica incredulidad de sus acciones, siempre iguales, siempre armónicas, lo mismo en el recinto bullicioso de las fiestas mundanas; que en el hogar tranquilo, aunque miserable, del desheredado de la fortuna; lo mismo entre las risas desacompañadas de los frenéticos placeres; que entre los gemidos y el llanto de la tristeza inconsolable; y ella mira al mundo grosero con la pupila trasparente y serena del justo, y, con palabras mansas, le avisa su maldad; y el mundo la llama hipócrita, y la calumnia y la repele, porque la envidia habló en el corazon del perverso: y ella sufre y llora silenciosamente; y todos la miran y la abandonan, con recelo—¡hasta la gratitud! y, al fin, muere sola, pero blanda y sosegadamen-

te, como un suspiro de la brisa en el cáliz de las flores perfumadas! En sus labios no hay señales de amargos reproches; en su rostro no hay huellas de remordimientos; sus bellos ojos se han cerrado solos, como la sensitiva, al contacto extraño de la parca fatal; y suspensa en sus largas pestañas, brilla la lágrima purísima que acompaña al espíritu que se vá, hasta el límite de la materia insana!

Ah! ¡Ahora que ha muerto la conoceis!

Oh, noble y augusta virtud! ¡Mil veces seas bendita de los míos; y en mi modesta mansion, donde tienes un altar en cada uno de sus corazones, las sombras fatales de la maldad y la impudicia, sean sombras de sombras á la lumbre sacrosanta de tu llama inmortal!

Buenos Aires, Marzo 5 de 1879.

LA RELIGION DE LA VERDAD

A MI AMIGO VÍCTOR F. SARMIENTO.

I.

«Emilio:

«Qué chasco vá Vd. á pegarse cuando lea estas líneas, en que retoza la mas franca y alegre naturalidad, al hallarse, en ves de reproches amargos; amenazas enérgicas, y protestas de llanto y desesperacion, con mis mas sinceras felicitaciones por el soberbio rol que ha desempeñado Vd. en mi comedia!

«Pues qué! ¿habia Vd. tomado á lo sério nuestras conversaciones? ¿Creía Vd. en verdad, que yo estaba perdida, loca de amor por su persona! ¡Será posible! Nó, nó! ¿No es verdad que nó? ¿Que habia Vd. de creer en semejante tontería, Vd. un jóven lleno de talento, de viveza, de imaginacion!

«Y.....No me entiende Vd?.....¿Y el mundo? ¿Y la sociedad? ¿Qué diria la *alta* sociedad, si realmente Vd. se hubiera enamorado de mí y yo de Vd? ¡Ja, ja, ja! ¡Ya me parece oír lo que diría. Diría:

«—Ese hombre está loco!

«—Ese hombre es un imbécil!

«—Ese hombre es un calavera, un insensato, un tonto!

«Enamorarse de una humilde jóven, hijã de padres pobres aunque honrados! ¡Desgraciado!

«Y sobrada razon tendría!

«Pues qué! ¡Asi, no mas, *rebaja* uno la dignidad de la familia; de sus amigos, de todos en fin, los que se

rozan con nosotros en las intimidades de la vida social!

«Emilio: ahora que ya nos entendemos, porque, creo que Vd. me entiende, dejemos rodar la bola, y á otros el trabajo de *pararla*.

«Tan amigos como ántes; y mas, si Vd. quiere; si Vd. es filósofo, sobre todo, como su afectísima servidora.

Cármén.»

Una lluvia de lágrimas purísimas caía de los hermosos ojos de la que esta carta acababa de firmar.

Parece mentira que una alma tan bella y tan casta pudiera espresarse del modo que lo hacía la dulce y amorosa Cármén al contestar á Emilio, su adorado Emilio, que hacia pocos momentos la escribiera en términos tan frios, tratando de eludir el cumplimiento de sus promesas, que no la dejaban la mas mínima duda sobre la cruel evidencia de su desamor.

Ah, pero era bien cierto!

Leído habia, por desgracia, la manera sarcástica con que ciertas heroínas de malas novelas, tratan á sus amantes desdeñosos, ya sea porque de ellos se han aburrido, ya por ver de atraerlos por medio de una falsa indiferencia; y, en su desesperacion, quiso poner en práctica las malas artes de que se vale la mentira, ó la corrupcion, para llenar sus aspiraciones malditas.

Pero Cármén era un ángel, y el de su guarda la levantó apénas caida!

Despues de un instante de angustioso sopor, pareció despertar como de un largo sueño. Enjugóse los ojos, y leyendo la carta que acababa de escribir, pasóse la mano por su frente límpida y pálida, la hizo mil pedazos, con indignacion santa, y la arrojó por la ventana de su aposento, en medio á los torbellinos del viento que azotaba con furia las flores de su lindo jardin.

—Dios mio!—exclamó con acento conmovido—¡qué iba yo á hacer! ¡Yo mentir! ¡Yo ocultar los sentimientos de mi apasionado corazon, de mi pobre corazon tan mal comprendido! ¡Jamás! Sin honradez, no hay alegría; no hay dolor sincero; no hay virtud, y la mujer honrada no debe manchar nunca el cristal de su espíritu con la ficcion de la verdad, que es la máscara de la mentira, siempre criminal!

Emilio, Emilio mio! ¡Si tu no me amas ya, no importa; tu amor será mi vida; en él vivirán mis ilusiones y mis esperanzas alimentadas por la luz pura de tu recuerdo querido! ¡Con él moriré y él me servirá de guía celeste á través de los espacios inconmensurables!

II.

En su elegante habitacion de soltero jóven, rico y á la moda, está Emilio leyendo, indiferentemente al parecer, un diario de la mañana.

Un sirviente entra en ese momento con un billeteito en la mano y se lo entrega, sin decirle de quien.

Emilio varia de postura, y tomando la misiva, la abre con precipitacion, quizás suponiendo de quien es, y la lee y la vuelve á leer, con creciente interés.

Una lucha interna parece tener lugar en su alma.

Su semblante; un minuto ántes sereno, tiene entónces, la espresion de un amargo sentimiento.

De pronto, se levanta, radiante de alegría; besa la carta, la oprime con ternura contra su pecho, y, dejándola abierta sobre el canapé en que estaba sentado, pónese delante del espejo: se arregla el cabello y el vestido; coje la carta; la vuelve á besar, ántes de guardarla y, tomando su sombrero y su baston, sale precipitadamente.

Qué ha causado tan violentas emociones, tan repentina salida?

Una carta.

De quién?

De ella: de la noble Cármen que le contesta asi:

«Estimado Emilio:

«Ya que no me encuentra Vd. digna de hacer su felicidad, hace Vd. muy bien en decírmelo con leal franqueza.

«Siempre, desde que le conocí á Vd. y lo amé, espontáneamente, con todo mi corazon, pensé que una dicha tan grande, como es la de ser amada por Vd. no era para mí, humilde y pobre niña, sin fortuna y sin un nombre igual al suyo, no era sinó una ilusion quimérica de mi espíritu inocente, casi infantil; pero así mismo, ilusion, nada mas, la acaricié y la alimento con mas vehemencia en mi pecho, por que ella es mi mis-

ma existencia; pues el amor que he profesado y profeso á Vd, jamás, ni un instante, ha sido contaminado con la idea grosera de la carne!

«Siento no haber sido yo la destinada á hacer á Vd. feliz. Oh! Yo que me creía capaz de llenar tan deliciosa mision en la tierra! Pero ¡qué hacer! Dios es justo y sabrá porque no me ha encomendado tan dulce tarea.

«Emilio: Si Vd. no creé que ello le sea dañino á su bienestar, siga Vd. siendo mi amigo, y, ¡quien sabe! puede un dia mi amor todo espíritu, iluminar su senda, con el consuelo, en este mundo tan lleno de ingratas amarguras y decepciones.

«Queda rogando á Dios por su felicidad, su amiga afectísima.

Cármén»

III.

Quince dias despues recibía, el que estas líneas escribe, una esquelita concebida en los siguientes términos:

«Emilio D. y Cármén B. tienen el placer de ofrecer á Vd. sus servicios, en su nuevo estado.

Apénas repuesto de tan agradable sorpresa corrí á saludar á mi amigo Emilio, para felicitarle tambien, pues sabia el tesoro de belleza y de virtudes de que se habia hecho dueño; y supe de sus mismos labios que, aunque ardientemente enamorado de Cármén, por sugeriones de males ú *oficiosos* amigos, habia tratado de olvidarla, pero al leer la carta en que le contéstó á su terrible *ultimátum*, habia adivinado en ella la compañera que le convenia para su dicha, y un ángel para guardian de su honor y de su porvenir.

Bellas lectoras: imitad siempre, en idéntico caso, la adnegada y noble conducta de la hermosa Cármén, su amor purísimo y, sobre todo, su religion por la verdad, fuente inagotable de dulces satisfacciones!

Octubre 31 de 1878.

TRISTE HISTORIA

I.

«La triste faz de tu árida existencia
«háme tocado el corazón, María;
«¿quieres libar la copa de ambrosía
«que nos brinda el amor y la opulencia?»

«Dí una palabra y á tu planta bella
«delicias brotarán, brotarán flores;
«y, al lánguido cantar de los amores;
«tú mi dueño serás, mi única estrella!»

II.

«Hija ingrata y cruel! ¿qué mal te ha hecho
«esta madre infeliz y desvalida,
«para trozar con zaña maldecida
«hasta la última fibra de su pecho?..»

«Amarte mucho? ¿concentrar su anhelo
«de tu existencia en la ideal ventura?...
«Ah, incauta y desgraciada criatura!...
«Yo te perdono!... !Te perdone el cielo!»

III.

«Nada reprocho, ni dirá mi acento
«el intenso dolor que me consume.
«De la virtud envenené el perfume:
«es justo, es mercedido mi tormento.

«Mas ya que, por un loco regocijo,
«hasta olvidé á mi madre ¡ah, si viviera!
«sea yo esclava de mi mal y muera;
«pero ¡tén compasión para mi hijo!»

Buenos Aires, Febrero 7 de 1879.

7 DE ABRIL DE 1879

A mi bella ahijada la Señorita.

MARIA ALVAREZ.

El armónico canto de las aves,
al primer rayo de la luz dorada,
alegra el corazón, y los sentidos
en deliciosos éxtasis embarga;
 pero esa música,
 tan dulce y grata,
nunca lleva en sus notas del poeta
el fuego intenso con que siente el alma.

Bella es la prosa: el sentimiento en ella,
como el lago en el prado, ancho se espacia,
y corona la idea de mil flores
que brotan puras de la lengua humana.
 pero es mas bella,
 pero es mas blanda
la cadenciosa voz de la poesía,
cuando las penas ó las dichas canta.

Por eso este año, como el otro, y siempre,
mientras sienta yo en mí la sacra llama,
el éco escucharás de mis canciones,
como el éco inmortal de la esperanza,
 siempre diciéndote,
 mi amor sin mancha:—

*No te importen los años pasajeros;
si tu virtud, ni los que te aman, paean!*

Buenos Aires.

•

ESPERANZA

Cómo alimenta la esperanza al hombre!
de segundo en segundo, hora tras hora,
¡adelante! le dice seductora,
con doble encanto y con poder sin nombre.

É impávido, salvando la barrera
que el acaso le opone en su camino,
creyendo oír la voz de su destino,
adelante se lanza en su carrera.

Bella ilusión! Aliento de heroísmo
del espíritu audaz sobre la suerte,
que aun en el mismo instante de la muerte
nos muestra un cielo en el profundo abismo.

Oh, si no fueras tú, bendita lumbre,
que la senda iluminas escabrosa
del mísero mortal, y alzas piadosa
nuestra frente del polvo hasta la cumbre!

¡Cómo el aliento y la viril pujanza
con que el hombre en el mundo predomina
serían ilusión pobre y mezquina,
eterno desconsuelo y malandanza!

Ah, no me faltes tú, fiel compañera
de mis horas de afán y desventura,
ya que en el alma te conservo pura
la gratitud que el sinsabor no altera.

Contigo y con la fé que inquebrantable
todos los actos rige de mi vida,
he de alcanzar la cúspide ó vencida
solo será la carne delenzable.

Buenos Aires, Abril de 1880.

AL HÉROE DE IQUIQUE

(Improvisacion.)

No tiene pátria el heroismo santo
que de cristo en la cruz brilla inmortal.
Primero que argentino, hijo y soldado
de la América soy, madre de Prat!

Y ante el reflejo de la excelsa gloria
que circunda la sien del adalid,
bullir mi sangre de entusiasmo siento;
siento de orgullo el corazon latir.

Y ¡quién nó!... De la fé rasgo sublime,
ese supremo esfuerzo del valor,
hace extender la admiracion del alma
desde la tierra á la ideal region.

Que allí está, sombra ilustre, con tu espíritu,
de tu auréola la fulgente luz,
como eterno apoteosis de tu nombre
iluminando el Setentrion y el Sud!

Y no importa que míseros recelos
rechacen mi fraterna vanidad:
no tiene pátria el heroísmo santo
que de Cristo en la cruz brilla inmortal!

Buenos Aires, Junio 21 de 1879.

A MAYO

Ya triste y silenciosa,
con invisible mano;
plegando vá la noche
su lóbrego capuz;
y, espléndida, su velo
dejando en el Océano,
levántase en Oriente
la veneranda luz:

La claridad celeste
con que alumbróse un día
la idea más gigante
de nuestra concepcion,
llevando en sus reflejos,
hasta la cumbre fría,
el génesis sagrado
de nuestra redencion.

Ah! ¡cómo se conforta
con tu recuerdo santo,
oh, inmarcesible Mayo,
la cívica virtud,
y el alma se dilata,
como tu gloria, tanto,
que estrecho le parece
para tu gloria, el Sud!

Qué mucho, si, argentinos,
llevamos en la frente,
lo mismo que en las armas
de nuestro pabellon,
el lustre de haber sido,
de medio Continente,
la diestra poderosa
de la emancipacion!

Qué mucho, si alcanzamos,
con varonil aliento,
cien lauros por combate,
del Plata al Ecuador;
llevando victorioso
y altivo el pensamiento,
que fué de tantos pueblos
el nuevo redentor!

Oh!, génios inmortales,
perdon para mi orgullo,
que es digno de vosotros,
como lo siento yó;
¿acaso, hasta las flores
no rompen su capullo,
para aspirar el aura
que nuestra sien rozó?

¡Quién fuese, de los héroes,
que, en eternal desmayo,
reposan en los cóncavos
del lúgubre panteon,
intérprete un momento
para cantarte, oh, Mayo,
en cada aniversario
de tu revolucion!

¡Qué luchas! ¡Qué batallas
del ideal moderno
con el absolutismo
de la realista grey!
¡Qué rasgos de elocuencia!
¡Qué furias del averno!
¡Qué espléndida victoria
del Pueblo sobre el Rey!

.....
.....

Cain! ¡Detén el arma
que esgrimes fratricida:
no más sangre de hermanos
derrame tu acritud;

ó sea para siempre
tu prole maldecida,
borrándose del mapa
de la region del Sud!

Y tú, faro bendito,
que distes á Belgrano,
á Vieytes y á Moreno
sublime inspiracion,
no alumbres la discordia
del mundo americano,
ó cúbrase tu disco
de fúnebre crespon!

1879.

PÁRRAFOS

- “..... y yo escuchaba.
- Lo creé Vd?
—Vaya, si lo creo!
—Desde cuando?
—Desde que la conocí.
—Pues, amigo, se ha engañado Vd. de medio á medio.
—Vd. es el que lo está.
—Don Cipriano!...
—Don Delfín!.....
-
- Pero dígame Vd. ¿porqué le parece á Vd. así? ¿qué pruebas tiene Vd?
—Vd. es ciego?
—Nó, señor, segun veo.
—Y no ha visto Vd. nada?
—Nada!
—Pues entonces, me parece inútil querer demostrar á Vd. la verdad; y quizás le sea á Vd. mas agradable el ignorarla.
—Es Vd. capaz de volverme loco!
—Yo! ¿cómo?
—Con sus reticencias, con sus
—Con mis verdades amargas, querrá Vd. decir.
—Don Cipriano!...
—Don Delfín!

En esta acalorada controversia se hallaban los dos, mi querida Emilia, cuando para sacar de dudas á Delfín, me presenté, repentinamente, en el salon.

No vayas á creer que haciéndome otra de lo que soy,

alegre, bulliciosa, loca, si te place; nó. Me dirigí á mis amigas y las besé y abracé, llena de contento, corri, se puede decir, al encuentro de mis amigos y los saludé, estrechándoles la mano con franqueza y con efusion, y, por último, me paré en frente de Don Cipriano, y, en su propia cara,, lancé una sonora carcajada, tomando el brazo de mi Delfin, á quien me llevé á saludar á mamá.

No te puedes imaginar la algazara que produjo esta escena rápida de mi natural vivacidad, ni el despecho de Don Cipriano, ni la estupefaccion de mi Delfin. Y no era la cosa para ménos.

Todos, hasta ese momento, me habian tenido por una mogigata, callada tímida. santulona, incluso mi mismo prometido, á quien, como tú sabes, solo veía cada mes cuando iba con su familia á visitarme al Colegio; ménos Don Cipriano, del cual nunca dejé de reirme con franqueza, cada vez que tenía la simpleza de hacerme, lo que él llamaba, *sus amorosas confesiones*.

Pobre Don Cipriano!

Pero ya ves tú, querida Emilia, que yo no podia proceder de otro modo con el buen Señor á quien tantas veces le había sacado la peluca.

Pues como te iba diciendo: llevé á mi Delfin á saludar á mamá, y la dije:

—Señora: este caballero que, pronto, será mi dueño y señor, ha creído que yó no era yó; es decir: que la niña que siempre veía en el Colegio llena de tímideces, no podía ser la jóven alegre decidora y franca que soy y he sido siempre, fuera de esa cárcel disimulada que llaman los franceses *Pensionnat*; en lo que no han andado muy errados, si es que se han querido referir á la *pension* del espíritu. Tenga Vd., pues, la bondad de certificar que soy una buena muchacha, y no una buena *coqueta*, como alguien ha deseado hacerle creer, abusando de su remarcadísimo candor!

Mi madre me besó sonriendo; y mi futuro, vuelto en sí de su primera impresion, me juró y me protestó, mil veces, que había ganado en el cambio, pues me encontraba ¿te digo la palabra... la lisonja, mas bien? ¿sí! ¿qué me importa que me creas una tontuela, si sé que me quieres? *encantadora!*

Y bien? dirás.

Y bien: que, por la primera vez, en mi vida, he pensado seriamente; lo que me ha valido sacar, en limpio, estas consecuencias, de lo que me ha acontecido con Don Cipriano.

Que los padres hacen mal en *enclaustrar* á sus hijas en un Colegio, de la manera que me han tenido á mí, comprimiendo el fuego natural de mi alma expansiva y ufana.

Que hacemos mal en dominar los arranques de nuestras inocentes alegrías, queriendo aparecer mujeres serias, ántes de saber lo que somos y á lo que vamos.

Pero, sobre todo, mi Emilia querida, que *somos* unas fátuas!

Qué me hizo permitirle á Don Cipriano, cada vez que me veía, esas *confesiones* tan inadecuadas á su edad, aunque despues me riese en sus barbas! la fatuidad!

Todos me habían hecho creer que era una *monada*, y él, entre todos, y me halagaban sus rancias lisonjas, por mas que ahora sienta lo contrario.

Lo mejor, Emilia, y sírvate esto de leccion para en adelante, lo mejor es que, si por desgracia te hallas alguna vez frente á frente con un Don Cipriano, le atiendas con calma y con respeto sus eróticas manifestaciones y, en seguida, con muy buenas palabras y razones, lo hagas entrar en vereda diciéndole que: «no se hizo la miel» ¿eh?

Con que así, hasta la otra, que te la escribiré despues de casada, pues lo estaré dentro de diez dias, y, entónces, como pienso pasar la vida muy divertida con mi Delfin, te haré partícipe de todas mis impresiones, á tí mi querida amiga, tortolita enjaulada, que pronto tomará el vuelo hácia las desconocidas regiones del gran mundo.

Luisa.»

Y yo, autorcillo de ogaño,
por mas que sienta el desastre
que sufre el hombre de antaño,
diré que: *no es malo el sastre*
que, tan bien, conoce el paño.

Setiembre 17 de 1878

1º DE AGOSTO

A la memoria del que fué, mi amigo

JOSÉ P. MURATURE.

Si no tu imágen viva, ni tu acento
remedo de seráfica ternura,
en el fondo del alma tengo pura
tu memoria querida y mi tormento.

Y, cual un resplandor del sentimiento
que aun emana de tí, desde la altura,
siento, con melancólica tristura,
resbalar por mi sién tu pensamiento.

Tu pensamiento generoso y tierno,
imán que fué de goces tan prolijos
en el recinto de tu hogar paterno,

que, cual lumbré de ideales regocijos,
baja, templado en el amor eterno,
á iluminar la senda de tus hijos.

Buenos Aires, 1879.

A MI HIJO TOMÁS

(EN SU BAUTIZO)

Iris de paz, en medio á la tormenta
de este mundo de negros sinsabores,
esparce, con tus rítidlos colores,
la calma que al espíritu alimenta.

Y quiera Aquel que todo lo sustenta
con su divino amor de los amores,
sembrar tu senda de las gayas flores
que la virtud immaculada ostenta.

Que los goces, las dulces realidades,
los placeres y dichas de la vida,
ensueños é ilusiones virginales,
todo, en su albor, la juventud anida,
con sus rayos de sol primaverales
y el azul de su cielo sin medida!

Buenos Aires, Agosto 16 de 1879.

NOBLESSE OBLIGUE

SONETO.

Al distinguido poeta venezolano

DON JUAN A. PEREZ BONALDE.

Ya que el bardo del Guáire al del Pampero
sus «Estrofas» magníficas revela,
y en su idéal amor á Venezuela
confunde su amistad, noble y sincero.

Cual broche de ese lazo duradero
que el infortunio del dolor consuela,
reciba en esa imágen, sin cautela,
la prueba de su afecto verdadero.

No tiene mas. El ábrego inclemente
de sus pasadas penas y dolores,¹
arrebató, una á una, de su frente
las mal tejidas y silvestres flores,
y no conserva de su aroma ausente
sino dispersas hojas sin colores.

Buenos Aires, Agosto 8 de 1879.

A QUIEN LE GAIGA EL SAYO.....

Plegando el tul vaporoso
que circunda tu albo cuello,
llevas el retrato bello
de tu enamorado esposo;
cualquiera al verlo radioso
sobre tu seno ondeante
te creará, dulce y amante,
de las esposas modelo.....
¡Nécios, que no vén del cielo
sinó la estrella brillante!

Buenos Aires, 1879.

LA LIBERTAD

Un día fué en el mundo la libertad hermosa
martirio de los buenos que hubieron su vision:
un pálido destello de aquella luz preciosa
llevaba en sus fulgores la muerte ó la opresion.

El hombre era del hombre; su vida del mas fuerte;
no habian afecciones, derecho, ni razon;
el pensamiento humano se removia inerte,
y, á impulso de la sangre, latía el corazon.

Surgieron otros hombres; pasaron las edades;
lucieron otros dias de fúlgido esplendor;
y se pobló la tierra de villas y ciudades,
y en ellas se anidaron las artes y el amor.

Intérpretes las unas del idéal divino;
el otro núncio tierno de la fraternidad,
tornaron al esclavo señor de su destino,
haciendo al pensamiento cobrar su libertad.

De entónces, siempre en lucha, la idea peregrina,
los ámbitos del mundo recorre con ardor;
y en la conciencia humana su imágen se ilumina,
rompiendo las tinieblas del crimen y el error.

Y el hombre sus derechos conoce y dignifica,
y el odio á los tiranos le llena el corazon:
y noble, y abnegado, su vida sacrifica
en áras de esa idea que fué su redencion.

Oh, Pátria, quiera siempre tu númen inspirarme
un himno en holocáusto de tu felicidad;
y un puesto entre las filas de tus legiones darme,
el día que peligre tu cara libertad!

MI FÉ

En el mar borrascoso de la vida
juguete fui de todas las pasiones:
ya mecido por blandas ilusiones;
ya con el alma á su dolor rendida.

He llorado; he cantado; y, sin medida,
envuelto en encontradas emociones,
el cáliz apuré de las ficciones:
dulce miel en acíbar convertida.

Y, en medio á ese va-y-ven indescrípible;
á esa marea eterna de mi suerte:
grata; amarga; violenta; bonancible,
en que rompió el timón mi nave fuerte,
jamás perdí la fé, que incommovible,
me sostendrá en la vida y en la muerte!

Buenos Aires, Febrero 28 de 1879.

CANTO

*Al 22º Aniversario de la Inauguración
del Ferrocarril del Oeste.*

I

Arca del porvenir es el presente
que en piélago de luz gigante flota,
donde forja su sόlio prepotente
la Libertad, con su cadena rota.

Y la ciencia inmortal, cual la paloma
emblema de la gloria immaculada,
bate sus álas y en Oriente asoma
como el nuncio feliz de ctra alborada.

Dos facas del diamante ya pulidas:
dos columnas del templo levantadas;
un mundo de conciencias redimidas:
la Libertad, la ciencia consagradas.

Y al oír el hosanna sacrosanto
que levantan los pueblos de la tierra,
el ángel de la paz alza su canto,
sobre la inmensa tumba de la guerra!

II.

El pensamiento, prisionero un día,
su vuelo audaz en la extensión dilata,
y, cruzando del Norte al Mediodía,
vino á bañar sus álas en el Plata.

Santa inmersión, que, en poderosas olas,
al dormido titan alzó del lecho,
trayendo á sus riberas, antes solas,
con la luz del espíritu el derecho.

Y las sombras huyeron del pasado;
brilló la luz y germinó la idea,
y, en campo del progreso y del arado,
el campo se tornó de la pelea.

Y la distancia, rémora que, fria,
separara los pueblos en mal hora,
con doble lazo de acerada via,
estrechó la primer locomotora.

Bendita la primera, que, vibrante,
la señal de partir dió en este dia,
y su penacho de humo flaméante
al viento de la pampa sacudía.

Dia feliz! Veinte y dos años hacen
y aun brilla en nuestra mente su memoria,
que hay fechas que los siglos no deshacen
porque el símbolo son de alguna gloria.

Y fué gloria, y serálo prolongada,
mientras ondée el pabellon celeste,
mas que los triunfos que nos dé la espada,
la férrea línea que se extiende al Oeste.

Que ella vá con su diestra misteriosa
llevando al hombre á sus distantes lares,
del comercio la sávia generosa
que infunde el bienestar en los hogares.

Infatigable obrero del progreso
que el tiempo en su labor jamás distrajo,
dá incremento y valor y pronto acceso
á los nobles productos del trabajo.

Doquier sus brazos acerados tiende,
de la moral las fuerzas centuplica,
y en los ánimos débiles enciende
el fuego de la union que fortifica

Y el tierno afecto manteniendo vivo
que amor y ausencia con la paz concilia,
es de las almas mensajero activo
y confidente fiel de la familia.

III.

Un año mas, y en rápido camino,
como eslabon de nuestras obras grandes,
su extremo tocará en el Pergamino
y, mas tarde, en la planta de los Andes,

Y entónces ¡plegue al cielo! oh, si, entónces,
al traspasar la endurecida sierra,
tronarán en la altura alegres bronces,
fundidos con los bronces de la guerra.

Y, al fin llenando, con su ideal primero,
el vasto plan de un porvenir magnífico,
ligará con sus músculos de acero
las márgenes del Plata y el Pacífico!

Buenos Aires, Agosto 30 de 1879.

CANCION A LA ESCUELA

De la lumbre perenne del alma
que el cerebro del hombre ilumina,
una chispa radiosa y divina
de la Escuela es la idea inmortal.

Concepcion majestuosa y sublime
de la ignota armonía celeste,
que del sér primitivo y agreste
otro sér nos devuelve cabal.

Es la Escuela aquel fuego divino
con que Dios á su pueblo guiára;
y hasta el cauce escondido alumbrára
del Jordan, en su bella mision.

Porque es ella y sus dignos apóstoles
Rivadavia, Gutierrez, Sarmiento,
los que guían al patrio talento
del saber á la ideal promision.

Hasta el cielo elevemos la mente
y á la Escuela en el alma loemos,
que á su sombra bendita crecemos,
como flores del verde pensil.

Y, con noble y alegre entusiasmo,
escuchemos la voz del maestro,
y cantemos con célico estro
de la Escuela el feliz porvenir!

Abril de 1878.

BOCETO DE UN DRAMA

Al Sr. Dr. D. Luis Telmo Pintos.

Por los años de 1808 á 1810, vivia en la calle de la Paz, (hoy Reconquista), un jóven llamado Fernando Alvarez, en compañía de su madre, señora enferma y sexagenaria.

Fernando, tendría veinte y cinco años, y su figura simpática, adornada por elevadas cualidades morales, herencia única que le dejó su padre y que aumentó el caudal precioso que poseía su madre, dechado de virtudes y amor cristiano, le hacian en todas partes un lugar distinguido, aunque modesto.

Desde temprano habia la desgracia labrado su corazón y, naturalmente, todas sus manifestaciones exteriores revestian el carácter de una suave melancolía; lo mismo en la sociedad bulliciosa del mundo, que en la íntima de su casa.

Sus únicos recursos para hacer soportables las necesidades de la vida material, se reducian al sueldo que gozaba como dependiente de la casa de comercio del señor H., rico negociante español; hombre honrado, pero apegado á las rancias costumbres del siglo en que habia nacido.

El señor H. participaba de la atracción que ejercia Fernando sobre todo el que le trataba, y en él depositaba la mas ciega confianza.

Después de la muerte del padre de nuestro protagonista, ninguna nube habia cruzado por el cielo de su vida; y decimos ninguna, porque las dolencias crónicas

de su madre no le molestaban, gracias á la prudencia y al valor maternal, y estaba, á mas tan acostumbrado á soportarlas con resignacion santa, que aquella situacion siempre igual de de sus mas tiernos años, era para él lo que para otros una existencia regular, y, sin embargo, en el alma de Fernando iluminaba pura y radiante, la llama de un inmenso pero apacible amor.

Fernando amaba á su prima Elena, bellísima jóven de 18 años, y huérfana de padre como él; pero con ese amor sencillo de los séres superiores: sin violencia, sin fantasía, sin hiperbólicas manifestaciones. ¿Y ella? ella le correspondía con todo el fuego de su virginal corazon.

Las horas de Fernando eran metódicamente distribuidas entre sus deberes y su amor; entre la sociedad y su madre; entre Dios y su espíritu.

El señor H. tenia una hija única, dotada de todos los esplendores de la juventud y la hermosura; pero esclava de sus pasiones y de sus caprichos, que acompañados de una ligereza innata, solo la hacian interesante á los ojos del ciego de espíritu, y de otros caracteres análogos y, por desgracia, superabundantes en la esfera que ocupaba por su fortuna.

En los tres años que contaba de dependiente de la casa del señor H. había visto diariamente á Matilde, que así se llamaba la jóven, y jamás sus conversaciones ni aun sus miradas, revelaron otras relaciones que la natural entre dos personas conocidas y de distinto rango; por el contrario, en ella, notaba Fernando, con doble tristeza, cierta altanería, desusada para con los otros dependientes de la casa.

Uno de estos últimos, jóven fátuo y de sentimientos dudosos, pretendia atraerse la preferencia de la jóven, y mas y mas lo estimulaba á ello, las sonrisas traviesas y las coqueterías estudiadas de Matilde. Y llegó á tal extremo la vanidad del compañero de tareas de Fernando, que un dia tuvo este que advertirle que, delante de él, no volviese á mentir descaradamente amores y citas imaginarias, mentir que llegó una vez hasta el punto de que Fernando usase con él de un medio enérgico, para hacerle callar sus insolencias.

Esta última escena tumultuosa alcanzó á los oidos de Matilde, y desde ese dia se trocó en amables é in-

sinuantes miradas, la altivez grosera de otro tiempo.

Fernando lo notó, pero tuvo bastante tacto para no darlo á conocer, y siguió su vida acostumbrada.

Mas ay! el amor que no es amor, sinó una pasion de fuego devorador en ciertas naturalezas, dominó el orgullo y la cabeza; nó el corazon de Matilde.

--Fernando!--lo llamó una tarde que este se retiraba del escritorio de su padre, cuya puerta daba frente á la puerta de la sala en que ella estaba siempre-- Fernando, venga Vd. un momento.

Fernando obedeció contrariado, pero sin manifestarlo.

--Siéntese Vd. un momento. Estamos solos y quiero me conteste Vd. con verdad á una pregunta, ó dos, ó mas; no sé cuantas tengo que hacerle.

--Estoy dispuesto, señoraita.

--Fernando, ¿por qué es Vd tan sério conmigo? ¿qué motivo he dado á Vd. para que me trate con ese modo indiferente y glacial que tan mal sienta en un joven de las aptitudes y de la edad de Vd? Contésteme Vd!

--Señorita, ¿quiere Vd. la verdad?... no sé como contestarla. Me confunde Vd., créalo. Pensaba hacer llenado con Vd, siempre igual, los deberes que nos imponen en sociedad, la cultura y la buena educacion. Si he faltado á alguna de sus reglas, perdóneme Vd: lo habré hecho contra mi voluntad.

--Fernando, acabemos pronto, esto no puede durar mas tiempo: Vd. es un hipócrita conmigo; si, un hipócrita y, é mas, un cobarde.....

--Señorita!--exclamó Fernando asombrado, y mirando á su alrededor, como quien teme ser oido.

--Sí, sí, lo repito: un cobarde porque..... Vd. me ama y no se ha atrevido á confesármelo, temeroso ¿de qué? ¿de que yo desechase su amor? ¿de que es Vd. pobre y yo rica? ¿de qué.....?

--Señorita, Matilde--dijo Fernando inmutado--Calle Vd. por Dios; alguien puede oirnos, y creer que yo he tenido la osadía y la avilantez de aspirar á su corazon!.....

En ese mismo instante el señor H. que venia por las piezas interiores, se detuvo en silencio detrás de las cortinas de la puerta que daba á la antesala y pudo escuchar las últimas palabras de Fernando; hizo un

movimiento instintivo para avanzar, pero se detuvo y siguió escuchando.

—Callarme ¿y por qué? ¿quien manda aquí? No, no Fernando, es preciso que Vd. me diga lo que yo he adivinado. Dígame Vd. que me ama, que por mí, es capaz de todo, de todo, y verá Vd. si tengo amor que darle en recompensa de su amor. . . . No, no se levante Vd; nada tema. Si Vd. sabe que mi padre ha prometido mi mano á otro hombre, y por eso duda, oh, no pase Vd. miedo; yo desharé ese compromiso aunque el mundo me execrace, y me maldijese mi padre! Fernando! Fernando! dígame Vd. que me ama, y, si es necesario, huiremos muy léjos, y seremos felices!

—Dios mio! que situacion terrible!—murmuró Fernando, levantándose de su asiento y pasándose la mano por las siénes.

—Fernando, contésteme Vd!—exclamó fuera de sí Matilde —¿me ama Vd?...

—Señorita, cálmese Vd. Piense Vd. en su padre. . . , yo no me pertenezco. . . y. . .

—¿Qué? . . . ¿qué dice Vd? . . .

—No me pertenezco: soy de mi deber como hombre honrado, y. . .

—Y? . . .

—Y ha mucho tiempo mi corazon pertenece á otra mujer. . . . Señorita, por Dios, ¡qué tiene Vd! . . . voy á llamar! . . .

—No!—dijo Matilde irguiéndose con rigidez y amargura—no tengo nada. Puede Vd. retirarse, pero jamás vuelva á presentarse ante mis ojos!

—Señorita, Matilde—contestó Fernando con dignidad —si para la tranquilidad de Vd., es necesario ese sacrificio, lo haré: mañana mismo buscaré un pretexto laudable, para obtener mi retiro del lado de su señor padre. Lo siento por él, á quien respeto y quiero demasiado, y por mi madre que no cuenta mas que con mi humilde sueldo; pero eso es nada ante la conciencia de un hombre honrado! A los piés de Vd.—agregó, y salió precipitadamente.

El amable lector calculará el martirio del padre de aquella jóven, ante le revelacion insensata que hizo; de un padre como él que, como buen español, daría su propia vida por llenar un compromiso contraido for-

malmente, sobre todo, en aquella época en que todo se subordinaba al estricto cumplimiento de la palabra dada.

La escena que se siguió fué violenta por demás, y nada pudieron las lágrimas ni las súplicas: el señor H. resolvió apresurar el enlace de su hija.

II.

Volvamos á Fernando.

Después que salió de casa del señor H. vagó por algunas horas por las calles; hasta que habiendo cobrado la serenidad habitual, se dirigió á la suya, en dónde lo esperaba ansiosa su pobre madre

Dió allí algunas excusas que su madre creyó, porque era la primera vez, quizás, que Fernando mentía ¡noble mentira, que ahorra algunas lágrimas á la pobre anciana!

Comió el jóven á penas, y pasados algunos momentos al lado del sér mas idolatrado de su corazón, salió á ver á su amada Elena.

Ah, allí no tenía Fernando porque mentir: allí estaba la mitad de su alma virgen y pura, y fuerte en las contrariedades de la vida.

Elena supo todo, y lloró, pero lloró de gratitud y de amor, y bendijo á Dios que le había deparado para su felicidad en la tierra, aquel hombre, caballero y sin tacha.

—Y ahora. Elena mia, tendrás paciencia para esperar mas tiempo? .

—Fernando, amigo mio ¿y me lo preguntas? ¿qué acaso no soy tuya? ¿es acaso el amor y la dicha la union efímera de la materia; ó el lazo indisoluble del alma? Fernando mio: esperaré hasta la eternidad, porque esperar es el fuego santo del amor verdadero, del amor infinito!

—Siempre la misma, Elena! ¡Cómo no amarte, ángel mio!

III.

Al otro dia Fernando cumplió lo prometido.

A las diez de la mañana, hora de entrar á su es-

critorio, estaba en su puesto: arregló sus libros, puso todos sus papeles en orden, y se dirigió á un criado, preguntando por el señor H. Le dijeron que estaba y pidió que lo anunciassen.

A los pocos momentos lo recibió el señor H., en su gabinete particular, con las muestras del mas cordial cariño y consideracion.

—Qué tráe Vd. de nuevo, D. Fernando? Buenos dias y siéntese.

—Buenos dias, señor. Vengo á despedirme de Vd...

—A despedirse!—exclamó el señor H. fingiendo sorpresa.

—Sí, señor: se me ha proporcionado un negocio, fuera de Buenos Aires, en que probablemente, haré fortuna en poco tiempo, y como pienso formar una familia.....

—Ah, piensa Vd. casarse.

—Es verdad, señor, pero para eso aun falta tiempo.... Quien sabe, quizas.... si me sale bien mi especulacion.

—Y ¿qué clase de especulacion es esa, si se puede saber?

—Señor, no me es posible complacerlo; mi sócio me ha encargado silencio.

—Pero yo ...

—Es verdad, señor; sé por experiencia que Vd. es un hombre recto é incapaz de... pero, he dado mi palabra.

—Ah, entónces, amigo mio, silencio; pero ¿y qué le vá á Vd. mal en mi casa? ¿he dado yo algun motivo para que me abandone el mejor de mis dependientes, diré mejor, de mis amigos?

—Oh, no, señor; se lo juro á Vd. por mi madre: despues de ella y la mujer que será mi esposa, es Vd. la persona que aprecio mas: yo no tengo para Vd. sino respeto y gratitud.

—Yo que pensaba dejar á Vd. la casa, dentro de algunos años!... pero, en fin, si Vd. ha encontrado otra colocacion mejor, y que le dé un resultado mas rápido y mas fecundo, hace Vd. muy bien, y le deseo felicidad. Cuente Vd. conmigo.

—Gracias, señor!

—¿Cuanto debe á Vd. la caja, de sus haberes; es decir, de sus ahorros?

—Mil pesos, señor.

—Bien, ahora no puedo tocar ni un peso de ella, porque Vd. sabe que mañana tenemos algunos vencimientos. Dentro de cuatro ó cinco dias los tengo á mi favor, y entónces

—Cuando Vd. guste, señor.

—Adios, D. Fernando, valor y crea que Dios lo protegerá como merece.

—En él espero, señor. A las órdenes de Vd.

—Otra vez adiós, amigo! vengan esos cinco!—dijo el señor H. tomando la mano de Fernando y estrechándosela con efusion.

IV.

Pocos dias despues, y á la misma hora, tenian lugar dos escenas diametralmente opuestas, en casa de Elena, y en la de Fernando, pero ántes de bosquejarlas, vamos á encontrarnos con Matilde y otro personaje de nuestro Boceto.

V.

Matilde no era mujer de dejar impune un ultraje, y lo era y terrible, segun su modo de ver las cosas, el que le habia inferido Fernando con la confesion franca de su amor: doblemente terrible para ella, porque veia pospuesta su vanidad y su hermosura, á la de otra mujer que, como ella pensaba, debia estar muchas escalas abajo de su condicion y fortuna.

Rugia, pues, sordamente en su corazon, el huracan infernal de la mas innoble de las pasiones: la venganza y á fuerza de meditar en ella, no tardó en encontrar los instrumentos que necesitaba para llevarla á cabo.

Recordó la reyerta que por ella habia tenido con otro dependiente de la casa, á quien Fernando infirió una bofetada, y acto continuo, sin reflexionar, llevada siempre de sus pasiones salvajes, lo llamó y sostuvo con él el siguiente diálogo:

—Luis,—que así se llamaba el jóven fátuo,—yo sé

que, por mí, ha sufrido Vd. una grosera ofensa de Fernando: ¿está Vd. dispuesto á que tomemos la revancha, pues á mí tambien me ha ofendido, pretendiendo iria Vd! nada menos que mi amor?

—Señorita: mi corazon y mi brazo están dispuestos á obedecer la mas pequeña insinuacion de sus deseos; y ay! del miserable que ha ultrajado á Vd. villanamente!

—Bien; pero ántes dígame Vd: conoce Vd. á la jóven que ama Fernando?

—Sí.

—¿Cómo es? ¿de qué condicion?

—Es bella; pero Vd. es una diosa, en comparacion; es de humilde cuna y muy pobre y.....

—¿Nada sabe Vd. de su virtud... es decir... algo que la comprometa á los ojos de Fernando?

—Oh, en cuanto á eso, no sé nada....

—Nada, eh?... No importa: tengo lo bastante. ¿Dígame Vd.: mi padre le ha mandado un dinero hoy ¿no es cierto?

—La verdad!

—¿Y á cuanto asciende?

—A cinco mil pesos, lo que no ha dejado de extrañarme, porque, por lo que he oido á Fernando, él no poseía en nuestra caja de ahorros, sino mil pesos.

—Muy bien; ya tenemos demasiado.

—Veamos, señorita, en Vd. confio: hable Vd; comuníqueme su plan y será ejecutado fielmente.

—Mire Vd: en el momento vá á escribir una carta anónima á la querida ó novia de Fernando, en la cual, despues de mostrar un interés especial por su felicidad, la hará la revelacion de que Fernando, que me ama hace mucho tiempo, habia tenido la osadía de declarármelo, por lo cual ha sido despedido de mi casa; y que, revisando los libros y dando un balance general á la caja, se han encontrado que faltan cinco mil pesos. Que aunque mi padre tiene la certidumbre de que él es el ladron, lo ha perdonado; ó al menos, no dá paso alguno por ahora, en atencion á que lo ha querido mucho, y, sobre todo, al estado de su pobre madre. Eh? ¿qué le parece á Vd?

—Oh divino! ¡tiene Vd. un talento envidiable, bellísima Matilde. Ahora mismo, doy manos á la obra!

- Corriente, ¡oh yo se lo pagaré á Vd!
- Matilde, una sola mirada de Vd. me basta!
- Bien: hasta la vista.
- Que sea pronto, es mi deseo!

VI.

Serian las cuatro de la tarde del mismo dia en que tuvo lugar la escena anterior.

—Madre mia—decía Fernando á su madre, abrazándola con ternura—¡qué felices vamos á ser pronto!

—Hijo mio, Dios protege la virtud!

—No lo dudo, madre mia, y sino, te lo voy á probar. Nada he querido decirte ántes, por no causarte una pena. Escúchame, y entónces se arraigará mas en tu alma la santa conviccion de que Dios es justo y misericordioso.

Y Fernando reveló entónces á su madre, lo que le había pasado con Matilde, y su separacion de la casa del señor H.

Hubo nuevos abrazos y lágrimas de satisfaccion.

—Pero qué jóven osada, por Dios!—exclamó la madre de Fernando—Y él tan noble, tan generoso! Dios lo bendiga!

—Oh, su carta lo revela, ¡quieres que te la lea?

—Con mucho gusto, hijo mio.

—Escucha: «Querido Fernando: Vd. me dijo cuando «se despidió de mí que sus ahorros ascendían solo á «mil pesos; estaba Vd. equivocado: agregue Vd. un «cuatro á la unidad y tendrá lo que le pertenece de «derecho, y lo que le remito, deseándole buen empleo «y distribucion.

«Para que no tenga Vd. ningun inconveniente en disponer de esa suma, le explicaré como es que ha aumentado tanto su capitalito.

«Vd. ahorra del sueldo que creía tener; pero sepa Vd. que yo, por otra parte, le ahorra del sueldo que le asigné en silencio, por los servicios activos «y honorables de Vd.

«Creo que esta manifestacion franca y leal, le hará comprender, cuanto habrá sido el aprecio en que lo tenía, siendo mi dependiente, y en el que lo tiene y «lo tendrá su servidor y amigo.»

H.

—¿Qué te parece, mamá?

—Hijo mio; ese hombre tiene derecho á ser feliz; pero creo que su hija lo hará muy desgraciado. ¡Alabada sea la voluntad de Dios!

VII.

El llamador de la puerta sonó con violencia y Fernando acabándose de poner el saco, salió á saber quien era.

—¡Mi segunda madre!—exclamó Fernando desde el zaguán al ver á la de Elena—Adelante! ¡qué placer para mamá.

La madre de Elena penetró silenciosamente en la habitación de la enferma; la besó y la saludó con tristeza y se echó, mas bien que se sentó, al lado de esta.

Fernando que notó al punto la trasfiguración que se habia operado en el semblante de la madre de su amada, detúvose sorprendido delante de ella, y la preguntó con ansiedad.

—Qué hay?....

—Ah, déjeme Vd. descansar. . . . ¡Dios mio!..estoy muy fatigada. . . .deseo hablar con Vd. solo. . . .

—Señora, por Dios, ¿qué misterio es ese? ¿acaso tengo yo secretos para mi madre?.. De una vez, señora, diga Vd. lo que pasa: ¿está enferma Elena?.. de una vez!....

—Todavía no puedo. . . .pero es horrible!.....

—Pero Señora, diga Vd á mi hijo lo que hay; lo vá Vd. á volver loco!—dijo con dolor la madre de Fernando.

—Ah, señora! Si es un gran mal lo que pasa, no lo puedo comprender en la bondad de Dios; porque hace pocas horas era el hombre mas feliz: pronto me iba á unir á Elena, á mi adorada Elena!

—Sí! y ¿cómo? ¿no ha quedado Vd. sin empleo? ¿no tenia Vd. que buscar trabajo de nuevo?... Explíquese Vd.

—Señora; soy dueño de cuanto me hace falta, para empezar mi nueva vida, si la desgracia de que Vd. es portadora, no trunca mis esperanzas: soy dueño de cinco mil pesos!

—Ah!!!—gritó, mas bien que exclamó la madre de

Elena, tomándose las sienes con las dos manos; y, saliendo precipitadamente, dijo con dolorosa desesperación—¡Es cierto! ¡es cierto! Desgraciada Elena!

Fué tal la sorpresa de Fernando y su madre, que se quedaron largo rato con los ojos extraviados y la boca entreabierta como para soltar un grito.

VIII.

Vuelto en sí, iba á salir tras la madre de Elena, cuando un segundo golpe en la puerta de la calle le detuvo momentáneamente, hasta escuchar un nuevo llamamiento, al cual salió.

Dos caballeros preguntaron por su nombre, y habiendo contestado afirmativamente, le entregaron una carta, que abrió allí mismo y leyó.

Apénas le hubo pasado vista, se volvió con dignidad y fiereza á los portadores de aquel mensaje y les dijo:

—Esperad!

Corrió al cuarto en que estaba su afligida madre, la dijo que pronto estaría de vuelta y volvió á donde estaban los dos desconocidos esperándole.

—Vamos, señores, á convesar en otro lugar, pues no quiero que mi madre trascienda nada de esta trama infernal.

—¿A qué llama Vd. así?

—¿A qué? ¿pues qué otro nombre merece este maquiavélico enredo, en que un hombre que apénas conozco, me provoca á un duelo, sin motivo?

—Eso lo dice Vd.,—dijo uno de los desconocidos—pero razon le sobrará á quién le hace á Vd. el honor de querer medir sus armas con las suyas.

—Caballero, Vd. me insulta sin conocerme: á mi nadie me hace honor.

—Miserable!!—gritó una voz que salió de atrás de la esquina de la acera, presentándose otro personaje desconocido.

—Yo, miserable?

—Tú, vil canalla, cobarde! y...toma!—y junto con la palabra, la mano de aquel hombre se estampó en las mejillas de Fernando.

Furioso como un tigre iba á hacer pedazos á su insultador, pero lo contuvieron, y entónces afrontándolo le dijo con sordo acento:

—Ahora, sí, vamos ahora mismo, y Dios nos proteja!

IX.

Hé aquí explicada la escena que precede.

Matilde no contenta con la infame carta que hizo escribir á Elena; escribió ella misma á su prometido, que recién llegaba de Montevideo, dónde había permanecido quince dias, por sus negocios, la siguiente carta:

«Mi adorado José: Has llegado á tiempo de mostrarme tu amor. Sin la *prueba* que exijo de tí, no seré tuya, «porqué te creería indigno de enlazar tu nombre con el mío.

«Un hombre osado y orgulloso, á pesar de no ser «mas que un triste dependiente de mi padre, me ha ofendido cruelmente; mas bien dicho, te ha ofendido á tí; «pues valiéndose de tu ausencia, ha tenido el descaro «de declararme su amor, amenazándome con matarte, «sinó accedía á su pasion, y pintándote con los coloridos mas vergonzosos.

«Yo que tanto te amo, lo despedí indignada de mi «presencia, sin decir nada á mi padre, aunque creo que «algo ha sóspéchado, pues ha dejado de pertenecer á «la casa.

«Este *canalla*, es Fernando; tú lo conoces, pues siempre me has hablado muy bien de él, engañado por las «apariencias de que se rodeaba hipócritamente.

«José; ese hombre debe morir; ó no seré jamás tu «compañera y amada.—

Matilde.»

El lector comprenderá el efecto que esta carta maldita produciría, y convendrá con nosotros, que el resultado tenía que ser lamentable.

X.

Volvamos á Elena.

Su madre ha entrado hace dos horas.....

¡Adios felicidad! ¡Adios sueños divinos de amor y arrobamiento celestial! ¡Adios dulces y tranquilos coloquios! ¡Adios mundo!

Elena está en el mismo lugar.

Después de la vuelta de su madre, un nuevo síncope ha hecho inclinar su encantadora cabeza sobre un brazo que tiene extendido en el costurero, y sus ojos y su boca entreabierta acusan la fatiga del espíritu y el dolor de la materia: las penas del amor tienen siempre predominio sobre ambos.

Su madre llora silenciosamente á su lado.

Pero aun no habia apurado la copa de hiel!

Un ruido tumultuoso y de voces confusas. se oyó de repente en el zaguán de la casa, y acto continuo, sendos golpes en el llamador.

Elena se estremeció, sin variar de postura, pero su madre acudió presurosa á informarse de lo que pasaba, enjugándose antes las lágrimas.

Oh, qué espectáculo se presentó ante sus ojos!

Cuatro hombres traían en una camilla á Fernando cubierto de sangre, y con el rostro cadavérico.

Apénas pudo extender la mano helada á la madre de Elena, y perdió el sentido.

Al grito de horror lanzado por su madre, Elena recobró la elasticidad de sus miembros adormecidos, y corrió como el pensamiento á su socorro.....

X.

— Señora, déjeme Vd. entrar, se lo suplico!...

— Oh, no, Señor, Vd. le acabaría de matar: perdónelo Vd. por la desgraciada de su madre; por mí, por mi hija!

— ¿Pero de qué lo he de perdonar? Quiero ver á ese jóven á quién estimo mucho.

Acabo de saber que le ha ocurrido una desgracia y vengo á ponerme á su servicio; y ¿qué hay en esto que merezca perdon? Vd. sabe que ha sido mi dependiente muchos años....

— Sí, Señor, lo sé; pero él ha pagado tan mal á Vd... Oh qué vergüenza!...

— ¿Qué dice Vd., Señora? ¡pagarme mal á mí! está Vd. loca! Si ese jóven es querido por mí, ¡como un hijo!

— ¿Y los cinco mil pesos?...

Y?—los cinco mil pesos! ¿qué hay con ellos? Yo se los mandé á su casa, porque eran suyos: los habia ganado con su trabajo!

—Ah!!

—Déjeme Vd. entrar!

Este diálogo fué sostenido con toda vehemencia, por la madre de Elena, que creyendo culpable á Fernando, creía tambien que el Señor H. venía á proceder en consecuencia, y este, que, por una casualidad, supo el desgraciado accidente de su pobre amigo, venia á saber su estado y ofrecer sus servicios.

XI.

Dos horas mas tarde, sino hubiera sido la herida de Fernando, aquella casa no hubiera presentado aspecto mas risueño: la reaccion se habia operado felizmente en todos los ánimos, y la justicia de Dios se habia hecho.

EPÍLOGO.

Un mes despues de los sucesos que acabamos de referir, Fernando curado de su herida, leía en un libro, al lado de su madre y de su Elena, que no habia querido separarse de él, cuando entraron á anunciarle que el Señor H. y una Señora, deseaban saludarle.

Hízolos entrar, y su sorpresa fué grande cuando se encontró frente á frente de Matilde que, habiéndose levantado el velo, se adelantó estendiéndole su mano de marfil.

—Fernando! Mañana parto con mi padre para España, en donde pienso desposarme con Dios! ¿Quiere Vd. darme su perdon, para entrar pura y sin remordimientos á esa nueva vida de la soledad y del espíritu? No me lo niegue Vd. que yo, en cambio, rogaré durante mi vida por la felicidad de Vd. y de todos los seres que ame.

—Matilde, tome Vd. mi mano; mi perdon lo tenía Vd. ya: mis padres me enseñaron á ser bueno, y á no dudar de la misericordia de Dios.

—Oh, gracias! gracias! Ahora partiré contenta!

—Adios, Fernando, le dijo el Señor H. adelantándose, Adios. Ya no nos volveremos á ver mas, pero cuente Vd. conmigo, donde quiera que me lleve mi mala estrella!

Pronto quedaré solo en el mundo! Pronto moriré!

Adios, noble amigo mio: conozco su digno proceder, y deseo que sus hijos imiten su ejemplo generoso.

Dicho lo cual, despidiéronse con ternura de los presentes, y al dia siguiente, un bergantin zurcaba las aguas del Plata llevando á aquellos dos desgraciados.

El prometido de Matilde, que rompió su enlace, cuando conoció su infamia, fué despues amigo sincero de Fernando y de Elena, que vivieron felices largos años!

CARLOTA

A la bella Señorita Alejandrina Castellani.

La modestia es el alma de la virtud:
la virtud es el alma de la verdadera
felicidad; el orgullo es la negacion de
ambas preciosas joyas de mujer.

Lázaro.

Estamos en el año de 185...

La digna Señora de A., viuda de un opulento comerciante de Buenos Aires, á quien han quedado, como fruto de su primer amor, dos niñas preciosas, tanto por su belleza física, como por las distinguidas prendas de su alma; tiene en los alrededores de la ciudad, una casa-quinta, que con frecuencia, es el alegre *rendez vous* de una parte escogida de la sociedad bonaerense, en la estacion de los calores.

La música, el baile, el paseo por los jardines, que son la pasion especial de la Señora de A., y las mil dulces trivialidades de que se forman asuntos galanos, en esta clase de reuniones campestres, hacen inolvidables los momentos que allí se pasan, con tanta rapidez, á veces, sobre todo, para los jóvenes de los dos sexos.

Entre las lindas señoritas que concurren á la quinta, se encuentra, de poco tiempo á esta parte, la hija de una antigua amiga de la Señora de A., viuda como ella, que ha residido largos años en Montevideo, y que ha venido á fijarse definitivamente aquí, donde ha nacido y se ha criado, hasta la época en que su esposo, y sus

padres, *salvajes unitarios*, de pura sangre, tuvieron que huir de la cuchilla del tirano.

Carlota es el nombre de la jóven que ha entrado á engrosar las filas de aquella falange encantadora, que, día á día, pone en derrota las huestes de los solteros, sometiéndolos luégo al sagrado yugo del matrimonio; derrotas, qué, sin embargo, alegran mas y mas aquel campo de luchas deliciosas.

Pero no hay cielo sin nubes.

La nueva amiga de Elvira y de Maria, las hijas de la Señora de A, es una hermosa niña de diez y ocho años, que esparce en torno suyo el perfume magnético de la simpatía espontánea.

Su educacion ha sido esmerada, en la parte ilustrativa, y, en cuanto á su alma, pocas jóvenes de su edad alcanzan á tener, como ella, con ideas propias, ni mas recto criterio moral, ni mas benignidad, acompañado todo de la modestia con que los ángeles deben manifestarse á los ojos de Dios.

La aparicion de esta bella jóven en la sociedad de la Señora A, fué un verdadero triunfo para ella. Instantáneamente adquirió cierto predominio misterioso y agradable, sobre cuantos la conocieron, y llegó á ser tan interesante su presencia en aquellas fiestas que, alguna vez que faltaba á ellas, su ausencia era notada con marcado sentimiento de disgusto.

Había una persona, sobre todas, que se hacia notar por su malestar, cada vez que ocurrian estos pasajeros eclipses de Carlota.

Ya sabremos quien es.

II.

De las que frecuentaban la quinta de la Señora de A., resaltaba por su hermosura y su elegancia, la señorita Adela Z; que, á un nombre muy conocido, unía un nécio orgullo de raza, si así se puede decir.

Adela estaba comprometida desde dos años atrás, con un caballero de estimables cualidades, que asistia tambien á las tertulias de la quinta, y el cual, por ignoradas razones, aplazaba, de mes en mes, la consumacion de su enlace.

Hasta la llegada de Carlota, Adela habíase impuesto

siempre en todo hasta en la moda; merced a su carácter dominante y al de las dueñas de casa y sus tertulianos, gentes todas distinguidas y de una bondad ilimitada; sin decir, por ello, que muchas veces, las exigencias de su refinada coqueteria y audaz desenvoltura no les produjese violencias en su modo de ser, naturalmente sano y sin ficcion; pero apareció Carlota, y todas las consideraciones fueron para ella, como lo fueron todas las simpatías, incluyendo en ellas, tambien, las del prometido de Adela. Alfredo, que así se llamaba este, había encontrado en Carlota el ideal de sus ensueños!

Su amor por Adela, mas bien dicho: lo que el creyó amor, no habia sido sinó un capricho voluptuoso de los sentidos; que, ante la realidad de sus aspiraciones fantásticas, se desvaneció como todas las pasiones que no se apoyan en la verdad de su origen.

Hay que advertir, para que resalte mas el mérito de la súbita variacion obrada en el corazon de Alfredo, y el del prestigio fascinador de Carlota, que esta con Adela eran los polos opuestos en las dos mas grandes locuras de las sociedades modernas: la moda pomposa y exigente, y el lujo desmesurado y corruptor, que es su consecuencia.

Si Adela era un figurin de París; Carlota lo era de su gusto, por naturaleza elegante, sin alejarse por completo de la moda.

Si Adela gastaba á sus padres ingentes sumas en sedas, encajes y piedras preciosas; Carlota solo necesitaba para embellecerse, sencillas telas de hilo, tules y flores perfumadas.

III.

Es la tarde de un dia risueño de primavera.

Háse concluido el placer de la mesa, y los tertulianos salen á respirar el ambiente embalsamado de los jardines.

Las parejas de los alegres jóvenes, recorren en distintas direcciones las floridas sendas de la quinta, conversando con lijereza y franca expansion, unas; con misteriosa y dulce pausa, otras.

La señora de A, aunque jóven y bella todavia, hacia sociedad siempre agradable y placentera, á las personas

que, por su estado y su edad, estaban ya fuera de aquel combate de las primeras emociones del corazón; de las nacientes ilusiones de la vida del alma.

Sin saberse el motivo, Adela formó parte de este último grupo, y, cosa singular, Alfredo no lo notó ó fingiólo, corriendo presuroso á ponerse al lado de Carlota.

—Señorita: ¿quiere Vd. hacerme el honor de permitirme que sea su compañero de paseo?—dijo Alfredo; dirigiéndose á la bella niña, con la galanteria peculiar del hombre de mundo bien educado.

—Porqué nó, caballero! Pero ¿y Adela? ¿la deja Vd. sola?

—Yo no la dejo, Señorita: probablemente, estará fatigada, ó nó se encontrará dispuesta á acompañarnos.

—Qué! ¿acaso estará enferma?

—No lo sé, Carlota: permítame Vd. que la llame así, —dijo, con afectuosa voz, é inclinándose con respeto, agregó—Quizás: suele padecer lo que vulgarmente, llamamos jaqueca, y, los ingleses, *spleen*.

—Si?

—Verdad es, Carlota...pero...¿me perdonaría Vd., bella Carlota, que, aprovechando este inefable momento en que estoy á su lado, sin testigos, haga saber á Vd. *algo* que puede decidir de mi felicidad futura?—dijo Alfredo conmovido y rebozando ternura en los ojos y en la palabra.

La joven no contestó, sorprendida, y deteniéndose un instante, miró á su interlocutor con marcada extrañeza y como dudando de lo que oía. Jamás se habia imaginado, en su candor, que el prometido de otra mujer, pudiera espresarse con otra de aquel modo, pues sospechó instintivamente *el algo* á que se iba á referir.

Despues de un corto silencio, en que se aproximó mas Alfredo.

—Sabe Vd. caballero—le dijo con modesta dignidad y cubierta de rubor—que Vd. me llena de confusion! Le aseguro á Vd. que nunca pensé que pudiera yo ser el árbitro de su dicha; sin embargo, no creo que deba negar á Vd. lo que me pide: puede Vd. hablar.

—Carlota en el nombre de Dios, le aseguro á Vd. que lo que voy á decir es tan verdadero como lo siente mi alma, desde que vd. se presentó por vez primera ante mis ojos.....

—Caballero, creo que no debo seguir escuchando á Vd.;

—Dios mío! Escuchéme Vd. bella Carlota; sepa Vd. al ménos, que mi vida está en sus lábios, sí: está en una palabra suya! Seré un loco, un insensato, lo que Vd. quiera, pero, Carlota, yo la amo á Vd. con todas las potencias de mi espíritu; sin Vd. no quiero ni deseo nada en el mundo, porque Vd. es la realizacion divina de la mujer soñada, del ángel presentido en mis sueños mas puros de amor y venturanza! Carlota, no me niegue vd. aunque solo sea la esperanza de merecer su cariño celestial; tenga vd. compasion de mí!

Pocas veces se ha demostrado mas estupefaccion que la de Carlota.

Muda, pálida, unas veces, y otras, encendida como la grana; sin saber que postura tomar. desconcertada, en fin; luchó un momento consigo misma, pero fué vencida por la ruda impresion que le produjo la súbita revelacion de Alfredo, y desvaneciéndose, iba á caer, cuando este, estendiendo rápidamente sus brazos, la sostuvo entre ellos, y loco, quizás, como lo había dicho él, pero loco de amor, estampó un beso en la frente límpida y pura de aquella vírgen delicada.

Un grito salió del pecho de la jóven que, recobrando instantáneamente sus fuerzas, se enderezó indignada, pasándose la mano por la frente, cual si quisiera borrar la huella candente de aquella profanacion.

Inmediatamente acudieron todas las parejas al sitio en que se hallaban Alfredo y Carlota, sitio cuyos altos rosales los habían ocultado á la vista de los demas, en los momentos en que tuvo lugar la escena referida.

Adela fué la primera que se presentó ante los dos jóvenes, cuya posicion era difícil y cruel, sobre todo, para Carlota.

—Qué les ha pasado á Vds. señores? ¿Ha picado á Vd. algun reptil, Señorita Carlota?—dijo al verlos la orgullosa Adela, con un acento tan incisivo y tan mordaz, que hirió dolorosamente á los que la escuchaban.

—Creo que sí—balbuceó Carlota, presa de una agitacion indescriptible: pero serenándose un tanto, y haciendo un esfuerzo supremo, exclamó, señalando á Alfredo.

—Ese hombre es un mal caballero!

Nueva sorpresa en todos los circunstantes, y un rumor confuso de palabras, lágrimas y suspiros, porque Carlota volvió á caer sin sentido en los brazos de su madre que lloraba, sin saber la causa de tan extraña exclamacion.

IV.

—Mamá: ¿has mandado á saber de Carlota?

—Temprano lo he hecho, María. Me ha contestado ella misma, que vendrá á darme una explicacion del desagradable suceso de ayer.

- Luégo, está buena!—exclamó Elvira con tierno alborozo.

—Sí, hija mia, al parecer; pero si, como me supongo, ella es inocente, debe sufrir horriblemente esa bondadosa niña, lo mismo que su pobre madre ¡que disgusto, Dios mio!

—No te aflijas, mamá!—dijo María tratando de sonreír, aunque su semblante acusaba una tristeza profunda.

—Hija: mi afliccion no proviene tanto del hecho ocurrido, por lo que respecta á los demas, por mas que á todos los estime igualmente; mi malestar tiene su causa principal en que, tan inesperado acontecimiento haya tenido lugar en mi casa y en presencia de Vds. se puede decir, ángeles míos!

—Pero ¿porqué mamá? ¿qué mal puede resultarnos de lo sucedido?—preguntaron ambas jóvenes.

—Ah, hijas mias, el mal ejemplo es siempre pernicioso y dañino para la juventud, y, particularmente para los séres que, como Vds., hijas mias, no han experimentado aun otro sentimiento que el de mi amor y mi amistad.

—Yo no te comprendo, mamá—dijo Elvira, pensativa, reflexionando, sin duda, sobre el alcance de las palabras de la Señora de A.

—Quizás, sea mejor, hija mia..... Un carruaje!... ¡llaman!—dijo al mismo tiempo, y exclamó en seguida—¡Ella debe ser!

La señora de A. no se equivocaba: era la bella Carlota, mas bella todavía que la víspera, merced á la palidez que cubría sus delicadas facciones.

Elvira y María, no pudieron contenerse, por mas que su madre las miró significativamente, y corrieron á enlazarse al cuello de su interesante amiga.

—Estás buena ya?

—Ya estás bien?

—Carlota!

—Señora! ¡Mis queridas amigas! Ya me veis: como siempre—contestó Carlota sonriéndose y besando á las tres.

—Tú mamá, Carlota?—preguntó la Señora de A. indicándole un asiento.

—Bien, Señora: envía á Vd. sus afectuosos recuerdos.

—No vendrá?

Hoy, no lo creo; siéntese mal, y he tenido que dejarla sola, porque tengo que hablar á Vd. Señora, si me lo permite.

—Bien sabes, Carlota, que te quiero como á mis hijas, y que nada te negaré; pero ¿quieres hablarme á solas?

Carlota dudó un instante, pero dijo despues con firmeza.

—Lo mismo me sería, Señora, hacerlo delante de mis amigas pero..... nó: mejor es como Vd. me le pregunta.

María y Elvira se levantaron á una señal de su madre, y despues de besar nuevamente á Carlota, salieron de la pieza de recibo, en que se hallaban siempre reunidos los tertulianos de la quinta.

V.

En la casa de Adela se nota un movimiento inusitado: los criados van de un lado á otro removiendo muebles y trasportándolos á dos grandes carretas que desde temprano, están paradas frente á la puerta de calle.

Por las conversaciones de algunos, es fácil adivinar que los dueños de casa se van al campo.

Ya se comprenderá el motivo de esta repentina resolucion, que no podia ser de otra persona que de la hermosa Adela, que hacia y deshacia en su casa, donde su voluntad era una ley inexorable, hasta para sus mismos padres, que la adoraban.

Esta jóven vanidosa habia experimentado tan violentas emociones, desde el dia anterior, que estuvo á punto de ser víctima de un ataque cerebral, si no es tan pronto sangrada por el médico de la casa, el que, conociendo el estado de aquel espíritu altanero, la aconsejó hacer, inmediatamente, un viaje que la distrajera de las penas ocultas que él adivinaba, indicándole como el punto mas apropósito á que pudiera dirigirse, una de las lejanas *estancias* de su padre.

En pocas horas, habian quedado rotas para siempre las relaciones de Alfredo y su prometida.

Despues del lance ocurrido, no se cruzó una sola palabra entre ellos, pero ni lo pudieron hacer: él habia quedado sumido en un abatimiento moral tan extraordinario, que apénas pudo balbucear algunas excusas y despedirse silenciosamente, cual si temiera escuchar de nuevo la cruel acusaacion de Carlota; ella, presa de un temblor convulsivo tal, que hubo de degenerar en una grave congestion á la cabeza, no volvió á abrir sus lábios despues de las palabras primeras que dirigió á los causantes de aquel trastorno general; solamente despues de algunos minutos de lucha entre su orgullo humillado y sus esperanzas perdidas, pudo recobrar su viril entereza y prestando necesidad urgente de volver á la ciudad, se retiró con la frente erguida y una forzada sonrisa en sus lábios pálidos, no sin lanzar ántes una mirada de desden y menosprecio á la inocente Carlota.

Llegado que hubo á su casa, se dirigió á sus habitaciones, y encerrándose en un elegante gabinete, quiso llorar, pero no pudo, sintiendo arder un volcan en su pecho.

Largo rato pasó con la cabeza entre las manos, sumergida en terribles cavilaciones, hasta que levantándose, al parecer tranquila, abrió su pequeño escritorio y se puso á escribir.

Concluido que hubo, plegó la carta y poniéndola en un sobre, llamó.

—Luisa—dijo estendiendo el billete á la sirvienta que entró inmediatamente—llévala sin tardanza: es para Alfredo.

Apénas salió la jóven, cuando Adela cayó de nuevo en una agitacion espantosa, viéndose obligada, al fin,

á llamar á su madre; despues de lo cual se dirigió á su dormitorio tambaleándose.

VI.

—Se lo juro á Vd. Señora, por la memoria sagrada de mi padre!—decía Carlota, llena del fuego santo y de la satisfaccion plena que dán la virtud y la conciencia, sin mancha.

—Te lo creo, hija mia, te lo creo!—exclamó la Señora de A, besando en la frente á Carlota y estrechándole las manos efusivamente.

—Ahora, Señora, solo me queda pedir á Vd., haga saber á Elvira y María, que soy digna de ellas.

—Oh, hija mia: ellas son tan buenas como tú, y las almas puras se adivinan. Antes que yo, ellas sabían que tú eras un ángel immaculado.

—Ah, gracias! Pero, Señora: no basta que mi madre, Vd. y sus hijas sepan que soy inocente, y ¿los demas? ¿las personas que ayer estuvieron aquí?..... Dios mio!..... Jamás, creí encontrarme en situacion tan amarga! y todo... todo. por la insensatez de un hombre de quien no esperaba tanta osadía, conociendo su educacion y sus nobles sentimientos, tantas veces admirados por todos! Yo no comprendo como puede haberse desviado así, tan bruscamente, de su bella conducta anterior para conmigo!.....

—Carlota, ¿me vas á perdonar que te saque de esa duda?...

—No me lo pregunte Vd, Señora: hable cuánto ántes! —repuso Carlota, con ansia.

—Ese hombre, que ha sido y es, apesar de todo, un caballero, no ha amado nunca á Adela; y lo sé, porque lo he observado desde que te conoció, que eres tú la que ha dominado su alma con un amor inmenso y puro.....No te sorprenda, hija mia, lo que te digo, pero el corazon que es siempre leal, me ha hecho esta revelacion que ha pasado desapercibida para tí.

Carlota, se estrameció ligeramente, y su rostro se encendió con un color de graná suavísimo, como el de las hojas de la naciente rosa.

No se ocultó esta emocion á los ojos de la Señora de A.; pero se contentó con exclamar para sí—¡Le empieza á amar!

Y, verdad era.

Alfredo, sin sospecharlo Carlota, no había esparcido en vano las semillas de su ardiente pasión en aquella alma virgen hasta entónces.

Las palabras de su fogaosa declaración, vibraban todavía en los oídos de la jóven inocente y candorosa, y á sus ecos, latía precipitado su corazón, sin darse el motivo verdadero.

La Señora de A., removi6 la tierra fecunda y el g6rmen incubado, brot6 espont6neo y bello como el principio de todo ser, calentado por la exquisita sensibilidad de la virgen p6dica.

VII.

«Caballero:

«Creo inútil darle á conocer el motivo que me obliga á dirigirme á Vd, por última vez, sí: por última vez!

«Pero esta misma circunstancia me proporciona la ocasión de hacer á Vd. una confesión que, quizás, no le sea agradable, lo que sentiré sinceramente.

«Después del suceso de hoy, en que Vd. ha aparecido ante mis ojos, en todo el esplendor de sus ridículas aspiraciones á hombre distinguido y honrado, he hecho un exámen prolijo de mis sentimientos mas íntimos, tratando de hallar en ellos el vacío que, naturalmente, debía Vd dejar en mi corazón, y ¿creerá Vd? en vez de él, como un tesoro escondido, solo he hallado la satisfacción infinita del esclavo redimido, de la libertad recobrada, en fin.

«Así es, caballero, que puede Vd. disponer, como soy yo la primera en hacerlo, de esa palabra empeñada, en mala hora, para mí.

»Respecto á la que, sin duda, se creará una rival afortunada, y que supo representar tan bien la comedia, al verse sorprendida en su liviandad; á esa, la desprecio como se merece, pues no es ella ni digna de mi atención, aunque lo sea de la de Vd, que al fin, como dicen generalmente, «tal para cual, y «Dios los cria y ellos se juntan.»

«Desde este momento las puertas de mi casa solo se abrirán para las personas que lo merezcan.

«Por lo que á Vd. respecta, siempre hallará en la dortería alguien que le informe de mi contento, al ver-

me salvada del abismo á que corria, llevada por la corriente fatal del destino caprichoso.

Adela Zuñiga.

Esta carta leia Alfredo la misma noche del dia, en que, arrebatado por su inmenso amor, salvó todas las conveniencias sociales, comprometiendo la reputacion de la encantadora Carlota.

Cuando concluyó de leer aquella exposicion del despecho y del orgullo, una sonrisa irónica iluminó su semblante pálido.

Bien sabía él que toda aquella manifestacion era el producto lógico del orgullo tradicional de Adela.

Dobló la carta tranquilamente, y poniendola á un lado, siguió en su tarea interrumpida.

El tambien escribia la siguiente carta:

«Señora de mi mayor respeto:

«Créame, Vd. que tanto me conoce, que me veo en un serio apuro para disculparme á los ojos de Vd., por el suceso ocurrido ayer en su casa.

«Pero mejor es decirle á Vd. la verdad desnuda, pues, de ese modo me rehabilitaré, ante su opinion, y podré pedirle el servicio mas grande que creo tendré que solicitar en mi vida.

«Yo no he amado jamás á Adela.

«Si he suspendido de plazo en plazo mi enlace con esa jóven, ha sido porque conocia que, ella y yo, íbamos á ser desgraciados, por el capricho de un momento de alucinacion.

«Su carácter duro y dominante, su vanidad exagerada, se podian avenir mal con mi modo de ser.

«No soy un modelo; pero soy un hombre honrado en toda la amplitud de la palabra, y mis sentimientos participan mucho de la sensible virginidad del hombre primitivo: soy apasionado, diré mejor: idólatra por las bellezas del alma, que en la mujer, son las prendas mas preciosas de la felicidad.

«Vd. comprenderá, pues, que, haciendo un parangon entre Adela y la señorita Carlota, hubiera sido un ciego para no ver en la última la encarnacion divina de mis aspiraciones. Asi es que, desde que hice mi eleccion, no he vivido un instante tranquilo, pensando en

ella y en el modo de romper mi compromiso con Adela.

«Llegó un momento en que, ciego de amor, salvé todos las vallas é hice saber el estado de mi alma á la mujer mas pura, mas bella y mas modesta, salvo hermosas excepciones de que es Vd. dueña, que hasta el dia en que conocí á Carlota, había sido solo un mito para mí, un sueño bello de mi apasionada fantasía.

«Señora: cumple á mi deber, como caballero, declarar á Vd. que esa niña inocente no es culpable de nada que pueda hacerla indigna del concepto en que Vd. la haya tenido hasta ahora, en prueba de lo cual, Señora, ruego á Vd. en el nombre de Dios y de nuestra antigua amistad, me salve de la idea horrible que se ha posesionado de mí; sí, merced á su intercesion, no consigo que esa niña me perdone y crea que estoy dispuesto á ser el enamorado compañero de su vida!

«Oh, Señora: deme Vd. una esperanza, una solo vislumbre de que puedo aspirar á esa dicha suprema, y no sabré nunca como compensar tamaño favor!

«Presente Vd. mis respetos cariñosos á los ángeles de su hogar, y reciba mis nuevas protestas de consideracion y cariño, con que tengo el placer de ponerme á los piés de Vd.

Alfredo Lermille.»

«Postscriptum:

«En este momento recibo una carta de Adela, por lo cual soy declarado libre de todo empeño.

«Soy libre, Señora, y puedo ya, sin remordimiento alguno, ofrecer mi alma entera á la mujer que amo: á esa criatura celestial que Dios ha puesto en mi camino para ser ó mi ventura eterna, ó mi amargura infinita.

«Interceda Vd. por mí, Señora, y envíeme pronto una palabra de aliento, pues quedo entre los dos estremos fatales del sér: la vida y la muerte;

Lermille.»

Esta carta fué recibida por la Señora de A. una ó dos horas despues de la entrevista que tuvo con Carlota. Inmediatamente pidió su carruaje, y se dirigió á la ciudad con sus dos niñas.

Allí supo la partida de Adela, por una cartita que la entregó un criado de su parte, al preguntar por ella, y momentos mas tarde, entraba á lo de Carlota.

—No sé que contestar á Vd.—decía toda confusa y lleno de rubor el rostro, la preciosa heroína de nuestro romance, dirigiéndose á la Señora de A. que se hallaba sola con ella hacía media hora, en tanto sus hijas conversaban con la dueña de casa que permanecía en su dormitorio, todavía indispuesta.

—Yo te aseguro, hija mia, mi querida Carlota, que ese caballero te ama con todo su corazon, y que debes olvidar por completo lo que te ha parecido un atrevimiento, y no ha sido otra cosa que una ráfaga tempestuosa de ese amor que ha nacido violento y espontáneo, como es siempre el primer amor del alma.

—Y, Señora, ¿no conoce él mi humilde posicion? ¿sabe él que yo no le llevaría á su hogar sino?.....

—Sino tu amor celeste! concluye, hermosa mia. Pues eso es lo único que él ambiciona.

—Y ¿Adela?.....

—Qué! ¿temes de ella?

—Mucho, Señora: pienso que ella no ha de conformarse nunca con que yo haya sido la causa, aunque inocente, de su rompimiento con Alfredo y ménos....

—Sí, te comprendo: y ménos que seas su esposa.

—Oh, sí!

—Pues nada debes temer: su orgullo mismo la condena al suplicio de tener que devorar su despecho en silencio, y mostrarse en sociedad indiferente y alegre. Tu no conoces su carácter.

—Lo he adivinado, y la creo por eso capaz de todo.

—En fin, Carlota ¿es verdad que tú amas á Alfredo? Tén confianza en mí, hija mia, como en tu misma madre.

—Ah, Señora, creo que sí!—exclamó echándose en los brazos de la Señora de A. que la recibió en los suyos con ternura, besando los dorados rizados de su cabellera.

—Lo sabía ya Carlota: hoy he tenido al ménos la certidumbre de que le empezabas á amar. Serás feliz, hija mia: Alfredo es un noble caballero.

—Ojalá pueda él decir siempre lo mismo!—dijo Carlota exhalando un suspiro de dulce satisfaccion, y agregó—Pero nos olvidamos de mamá, Señora: ella no está muy bien predispuesta hácia ese caballero, despues de lo ocurrido.

—Por eso, pierde cuidado. Voy á hablarle ahora mismo.

—Quién sabe si en su estado sería bueno.....

—Al contrario: la noticia la curará, pues ántes de ahora he escuchado de sus propios lábios, la ingénua confesion de que con un esposo como Alfredo, cualquiera señorita, hallaría la parte de felicidad que nos está reservada en la tierra.

—Ah! entónces, haga vd. como quiera señora, y permita Vd. que la vuelva á estrechar entre mis brazos, con la santa y purísima gratitud que ha hecho Vd. nacer en mi pecho, con este amor que empieza á crecer en todo el poder de la verdad.

VIII.

«Albricias, estimado Alfredo.

«Carlota le ama á Vd., ó, por lo ménos, comienza á amarle, que viene á ser lo mismo en una alma tan bella como la suya.

«Mañana temprano lo espero en la quinta.

Ella tambien estará? me vá Vd. á preguntar: si ella tambien lo espera.

«Hasta mañana, y no vaya Vd. ahora á pensar en locuras que están mal en un hombre de su modo de sentir.

«Su amiga:

Dolores A.»

IX.

Querer pintar las dulces é inefables expansiones de dos almas que se comprenden, y abrazan el mismo horizonte de esperanzas é ilusiones, teñido con el claro rocicler del primer amor, es tarea mas fácil de llenar para los enamorados, que para el sencillo narrador de este pequeño drama de la vida.

La madre de Carlota, asintió á la resolucion y amor de su hija, convencida por las expresivas manifestaciones que le hizo su amiga, la señora de A. y tambien concurrió á la quinta al dia siguiente.

Elvira y Maria, criaturas llenas de bondad y candor, cuando supieron de lo que se trataba, no cabian en sí, de placer y alborozo.

Carlota se mostró ese dia mas bella, mas pura, y mas digna del amor de Alfredo.

Alfredo era otro hombre: bello como puede serlo un hombre, jóven é inspirado por la pasion de las pasiones que enaltecen y sublimizan el corazon de la humanidad, hubiera querido en medio á tanta venturanza, blasonar su amor inmenso y santo, con uno de esos hechos gloriosos que asombran al mundo, para aparecer ese dia ante su amada, con todo el esplendor de su resurreccion moral.

Y, por fin, la señora de A. y todos los tertulianos de la quinta, que habian sido invitados para aquella fiesta del amor, saborearon, sin el torpe y mezquino egoismo que domina, á veces, la flaca progénie de Adan y Eva, la satisfaccion indescriptible de aquellos dos seres de tan privilegiados sentimientos é ideas.

X.

Un mes despues de los sucesos narrados, en un dia magnífico de luz del mes de Octubre, el mes de las rosas, la casa de Carlota ofrecia en su interior el aspecto siempre halagüeño de las grandes fiestas de familia.

¡Y cómo no!

Carlota, la bella y dulce niña, la modesta y virtuosa jóven que ayer conocimos libre como las mariposas doradas que juguetean en el pensil, acababa de unirse á su adorado Alfredo, al Alfredo Lermille que al principio de esta historia, conocimos como el prometido de Adela.

Pero ay! ya lo dije al empezar: no hay cielo sin nubes.

Apénas han gozado de los primeros trasportes del contento comunicativo de dos almas recién unidas para siempre en la tierra, por el lazo de amor que Dios santifica con sus bendiciones, y la sociedad ó el mundo, mas bien dicho, con su consentimiento tácito, una triste

noticia empezó á circular conmovedora, entre los asistentes á las fiesta nupcial.

Adela, la desgraciada Adela, cuyo carácter imperante y áspero no pudo enlazar en sus simpatias el corazón de Alfredo, dando ocasion á este de conocer el triste porvenir que le esperaba con su proyectada union, sobre todo, cuando la comparó con Carlota, toda bondad, toda amor, toda espíritu, Adela estaba muriendo en esos mismos instantes consumida por el dolor de la humillacion y el desencanto.

Ni los aires del campo; ni los viajes; ni los placeres que trataban de proporcionarle sus padres, nada pudo curarle la herida de su corazón, cuando conoció lo que habia perdido con su necia vanidad, ella que, rica, hermosa y jóven, si hubiera sido indulgente, cariñosa y humilde, habria alcanzado el apogeo de la felicidad en la tierra.

Cuando esta triste nueva llegó á oídos de Carlota, una mortal palidez cubrió su semblante, y, la cabeza inclinada sobre el pecho y los ojos velados por las lágrimas, cogió el brazo de Alfredo que inmóvil la observaba, y, llevándole dulcemente, fué con él á postrarse de rodillas ante una imágen crucificada del Hombre-Cristo, á rogar al Sér Supremo, por su sagrado intermedio, recibiera en su seno de amores y bondades el alma de la que iba á morir.

Oh, vírgen mil veces casta y noble! ¡Dios siempre bueno, siempre justo y misericordioso ha de haber escuchado tus ruegos, porque desde la tierra pertenecias ya al número de sus ángeles elegidos!

Mas no hay dolor eterno en la vida, y pronto volvió á brillar el sol de la felicidad para los dos nuevos esposos, mas bello y mas radiante aun.

Ya lo he dicho en otra parte:

«Sin las sombras la luz es sombra vana;
«Sin lágrimas no hay risas infinitas».

EN LA TUMBA

DE LA SEÑORA CAROLINA V. DE VILLALONGA.

....Mais elle etait du monde, où les plus belles chose
ont le pire destin;
Et, rose, elle a vécu ce que vivent les roses,
L'espace d'un matin.

Malherbe.

Tiempo de descender tiene la piedra,
insensible al dolor—tenedla un tanto—
que es necesario humedecerla en llanto
ántes que cresca á su alrededor la yedra.

Estéril llanto que á la flor perdida
no volverá sus galas ni su esencia;
pero.es fuerza llorar: en la existencia,
sin lágrimas, no hay calma bendecida.

Que son la lluvia cristalina y pura
que, al nacer, nos infiltra tierna maga,
con la que siempre y sin cesar apaga
nuestro própio dolor su desventura.

Vertámosla sobre la flor segada
con cuyo aroma, en invisible vuelo,
ha remontado de la tierra al cielo
de Carolina el alma immaculada.

Alma sencilla de ternura llena,
sin vanas altíveces ni rencores:
súave, como las hojas de las flores;
blanca, como la flor de la azucena....

Es la ley inmortal de lo creado
nacer para morir; y es ley cruenta
que, en un instante, en nuestro amor sustenta,
lo que otro basta para ser llorado;

Pero hay un fiel severo en la balanza
de la vida en los ágríos sinsabores.
y es la Fé, con sus claros resplandores,
madre, inmortal también, de la Esperanza.

Y ella nos dice con su voz divina,
dentro del corazón y en sus latidos:—
«Hay *mas allá*, mortales descreídos,
y allí está y os espera Carolina!»

Buenos Aires, Marzo 2 de 1880.

7 DE ABRIL

—

Á MARÍA.

Cada año que se cumple de la vida,
es una hoja del libro, que se cierra,
dónde ván consignados de la tierra
los goces, y las penas, sin medida.

Ay, del que en ella una ilusion despida,
ó, para siempre, una esperanza encierra,
sí en lo hondo de su pecho no se aferra,
á la cruz de la Fé, nunca caida!

Ah, quiera el cielo que en el libro santo
de tu existencia virginal, María,
jamás grave tu suerte el desencanto;

Y, en sus páginas bellas, la poesía
alce á tu dicha un sempiterno canto
en los claros albores de este día.

Buenos Aires, 1980.

—

AL HOMBRE

Qué fuego indefinible hay en tus ojos?
¿qué poder infernal en tu pupila,
que de la virgen en la faz tranquila
hacen nacer los púdicos sonrojos?... .

¿Acaso mira en ellos los enojos
de la fiera que ataca y aniquila,
y, en su inocente timidez, vacila,
creyéndose ya víctima y despojos?... .

Ah, no es temor el que pintado veo
en el espejo de su alma pura,
exenta de ficticio desvaneó;

Es que el calor de tu mirada impura
envuelve siempre el criminal deseo
que trae el deshonor y la amargura.

Abril de 1880.

EL TRIUNFO DE LA LUZ

EN EL CENTENARIO DEL GRAN CIUDADANO
DON BERNARDINO RIVADAVIA

Al fuego intenso y al poder del yunque
témplase la hoja de brillante acero,
sin que al pujante golpe del guerrero
su vibradora lámina se trunque.

Así al travéz de la batalla cruenta
de los ódios del hombre contra el hombre,
surge mas puro y esplendente el nombre
de aquel que solo la verdad sustenta.

Y así, cobrando generosa sávia,
de su época en las mismas disenciones,
ha traspasado tres generaciones,
la memoria inmortal de Rivadavia.

Y eterna vivirá! que hay en la tela
del cuadro de su gloria y su civismo,
las sombras, á sus piés, del fanatismo,
los rayos, en su frente, de la Escuela!

Rayos de eterno amor con que destella
de su alma grande la virtud tranquila,
alumbrando á la infancia que vacila
del porvenir la tortüosa huella.

Oh, como el génio en su labor constante,
si el bien le guia de su própio hermano,
puede trocar las formas del gusano
en las soberbias sombras del gigante!

Y atleta poderoso de la idea
que fecunda al espíritu en su vuelo,
levantar en sus brazos hasta el cielo
los huérfanos que deja la pelea!

Varon ilustre, perennal lumbrera
que alumbras de tu gloria el própio templo,
¿por qué no prolongaste, para ejemplo,
los años de tu fúlgida carrera? . . .

Tu mano firme y tu genial prudencia
habrían roto para siempre el lazo
que, para negro y ominoso atrazo,
aun ata de las masas la conciencia;

Y los pueblos del Plata soberano,
libre el brazo y la mente de cadenas,
hubieran convertido sus arenas
en maravillas del progreso humano . . .

Pero faltaste tú, noble patriota,
y veinte años de sangre y despotismo
nutrieron otra vez el fanatismo
sobre su mismo campo de derrota . . .

Y no canto otra gloria de tus glorias,
cual Gobernante paternal y sábio,
por que le basta enaltecer al lábio
la mas trascendental de tus victorias:

El triunfo de la luz siempre bendita
que ahuyentó las tinieblas del espacio,
desterrando del ánimo reácio
la doctrina perversa del Jesuita!

Ah, la razon esclava en otra hora
de la pérvida y vil hipocresia,
fué desde entónces, aunque austera y fria,
del hombre la benéfica mentora. . . .

Honor y gloria y tí, gran ciudadano,
que, para lustre de la patria mia,
ha un siglo que de mayo el sol te ungia
como génio del mundo americano!

Mayo 20 de 1880.

UNION!

—

*En la Inauguración de la 1ª Sección
del Ramal al Pergamino.*

—

I.

Al fin, la idea que el progreso encierra
vuelve á trepar la magestuosa cumbre,
de dónde irrádía su preciosa lumbre
sobre la faz inmensa de la tierra.

Al fin, el hombre, transformando el suelo
en campo fértil de la mies dorada,
ha trozado, magnánimo, la espada
que siembra el llanto y el funesto duelo,

Dulcísimo espectáculo que infunde
la dicha al alma; al corazón aliento,
elevando hasta Dios el pensamiento
que en los eflúvios de amor se hunde.

Y el brazo impulsa del eterno obrero
de su propio dolor ó de su gloria,
mostrándole bajo la inerte escoria
de ixóticas riquezas el venero.

II.

Hoy, bajo los auspicios de la ciencia
y la fé en nuestro próspero destino,
otro ramal ligamos al camino
que fecunda en el Oeste la existencia.

Nuevo lazo de acero que pregona
el bienestar á la region del Norte.
facilitando el rápido transporte
de los ricos productos de su zona.

Vínculo nuevo de la union que debe
congregar á los pueblos en buenhora,
teniendo en la veloz locomotora
su mensajero fraternal y breve.

Y, del tiempo en un dia memorable,
mas fuertes por la paz que por la guerra,
cubriremos de rieles esta tierra
que hizo Dios una mina inagotable!

III.

Es nuestro el porvenir que se dibuja
y dá de su grandeza el testimonio
trocando en línea ferrea, á San Antonio,
el magnético rumbo de la aguja.

Ojalá no se trunque mi esperanza,
y, de la Pátria sobre el ancho plano,
solo se escuche el éco del hermano
saludando al hermano en lontananza;

Y de esta via en el potente brazo
que unifica la luz y el pensamiento,
reunidos bajo un solo sentimiento,
santifiquemos la obra en un abrazo.

Oh, pueda la razon mas que el insano
que nos provoque á la fatal contienda,
y la union celestial su mano extienda
sobre la heroica cuna de Belgrano!

Buenos Aires, Mayo 30 de 1880.



